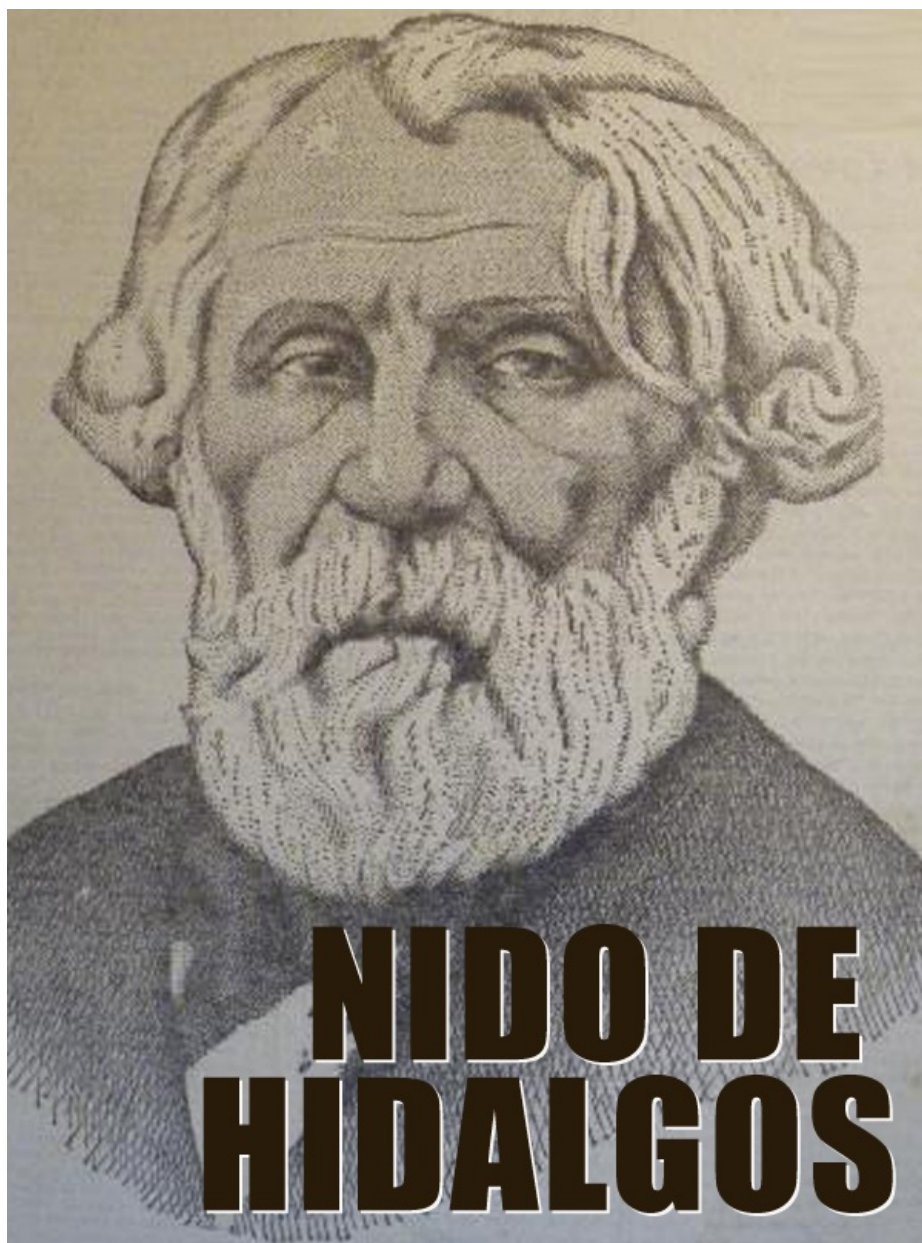




NIDO DE HIDALGOS

IVAN S. TURGUENIEV

Ivan S. Turgueniev

Nido de Hidalgos

bajalibros.com

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las

sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-940-0

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

I

Era al declinar de un hermoso día de primavera; acá y allá flotaban en las altas regiones del cielo nubecillas de color de rosa, que parecían perderse en las azules profundidades, más bien que cernerse por encima de la tierra.

Delante de la ventana abierta de una linda casa situada en una de las calles exteriores de la capital del gobierno de O... (la historia pasa en 1842), estaban sentadas dos mujeres, una de las cuales podía tener cincuenta años, y la otra setenta. La primera se llamaba María Dmítrievna Kalitine. Su marido, exprocurador del Gobierno, conocido, en su tiempo, como hombre muy listo para los negocios, carácter decidido y emprendedor, de un natural bilioso y obstinado, había muerto hacía diez años. Recibió una buena educación e hizo sus estudios en la Universidad; pero, nacido en una condición muy precaria, comprendió desde muy pronto la necesidad de hacerse una carrera y conquistarse una modesta fortuna. María Dmitrievna se casó con él por amor; no era feo, tenía talento y sabía, cuando quería, mostrarse muy amable. María Dmitrievna (Pestoff por su nombre de soltera) perdió a sus padres en temprana edad. Pasó muchos años en un colegio de Moscú; y, a su vuelta, fijó su residencia en su aldea hereditaria de Pokrofsk, a 50 verstas de O... con su tía y su hermano mayor. Este no tardó en ser llamado a Petersburgo para entrar en el servicio, y hasta el día en que murió repentinamente, tuvo a su tía y a su hermana en un estado de humillante dependencia. María Dmitrievna heredó Pokrofsk, pero no vivió allí mucho tiempo. Al segundo año de su matrimonio con Kalitine, que había logrado conquistar su corazón en algunos días, Pokrofsk fue cambiado por otra posesión de rentas más considerables, pero sin nada que la hiciera agradable, y desprovista de habitación. Al mismo tiempo compró Kalitine una casa en O... donde se fijó definitivamente con su mujer. Junto a la casa extendíase un gran jardín, contiguo por un lado a los campos que rodean la población. «De este modo había dicho Kalitine, poco aficionado a disfrutar el tranquilo encanto de la vida campestre,- es inútil ir al campo.» María Dmitrievna echó mucho de menos, en el fondo de su corazón, su lindo Pokrofsk, con su alegre torrente, sus vastos prados, sus frescas sombras; pero jamás contradecía a su marido, y profesaba un profundo respeto a su talento y al conocimiento que tenía del mundo. En fin, cuando él murió, después de quince años de matrimonio, dejando un hijo y dos hijas, María Dmitrievna estaba ya acostumbrada de tal modo a su casa y a la vida de la ciudad, que ni siquiera pensó en salir de O...

María Dmtrievna había pasado, en su juventud, por una linda rubia; a los cincuenta todavía tenían encanto sus rasgos, aunque hubiese engruesado algo. Era menos buena que sensible, y conservaba en edad madura los defectos de una colegiala; tenía el carácter de un niño mimado, era irascible, y hasta lloraba cuando se trastornaban sus costumbres; por el contrario, era amable y graciosa cuando se satisfacían sus deseos y no se le contradecía. Su casa era una de las más agradables de la población. Poseía una bonita fortuna, en la que entraba por menos la herencia paterna que las economías del marido. Sus dos hijas vivían con ella; su hijo estaba educándose en uno de los mejores establecimientos de la corona, en Petersburgo.

La anciana señora, sentada a la ventana al lado de María Dmitrievna, era aquella misma tía, hermana de su padre, con la cual había pasado antes algunos años solitarios en Pokrofsk. Llamábase Marpha Timofeevna Pestoff. Pasaba por una mujer singular, tenía un espíritu independiente, decía a todo el mundo la verdad cara a cara, y, con los recursos más exigüos, organizaba su vida de tal modo, que hacía creer que podía gastar millares de pesos. Había detestado cordialmente al difunto Kalitine, y así que su sobrina se casó con él, se retiró a su aldea, donde vivió diez años en la casa de un campesino, en una choza ahumada. Su sobrina le temía. Pequeña, de aguda nariz, cabellos negros y ojos vivos, que aún conservaban su brillo en la vejez, Marpha Timofeevna andaba de prisa, se mantenía erguida, y hablaba clara y rápida-mente, con voz vibrante y aguda. Llevaba constantemente un gorro blanco y un casaquín blanco también.

-¿Qué tienes, hija mía?- preguntó de pronto a María Dmitrievna.- ¿Por qué suspiras así?

-No es nada- respondió la sobrina.- ¡Qué hermosas nubes!

-¿Te gustan, eh?

María Dmitrievna no contestó.

-¿Por qué no viene Guedeonofski?- murmuró Marpha Timofeevna, moviendo rápidamente las largas agujas. -(Trabajaba en una gran banda de lana hecha a punto de media.) Suspiraría contigo o diría alguna tontería.

-¡Qué severa es usted con él! Serguei Petrowitch es un hombre respetable.

-¡Respetable! -repitió con acento de reproche Marpha Timofeevna.

-¡Cuánto quería a mi difunto marido!- dijo ¡María Dmitrievna- ¡No puedo pensar en ello sin enternecimiento!

-¡Hubiera estado bueno que obrara de otro modo! Tu marido lo sacó del fango por las orejas -refunfuñó la anciana.

Y las agujas aceleraron su movimiento.

-¡Tiene un aire tan humilde! -continuó Marpha Timofeevna.

-Su cabeza está completamente blanca; y, sin embargo, no abre la boca más que para decir una mentira o un chisme. ¡Y siendo así, es consejero de Estado! Por lo demás, ¿qué se puede esperar del hijo de un sacerdote?

-¿Quién está sin pecado, tía mía? Convengo en que tiene ese lado débil. Serguei Petrowitch no ha recibido educación; no habla el francés, pero, dispénseme usted que se lo diga, es un hombre encantador.

-¡Sí, te lame las manos! Que no hable el francés, no es gran desgracia... Yo misma no estoy muy fuerte en ese dialecto. Valdría más que no hablase ninguna lengua, pero que dijera la verdad. Bueno, por ahí viene; tan pronto como se habla de él, asoma -añadió Marpha Timofeevna, echando una mirada a la calle.- ¡Míralo como viene a grandes zancadas tu hombre encantador! ¡Qué largo es! ¡Una verdadera cigüeña!

María Dmitrievna se arregló los bucles. Marpha Timofeevna la miró con ironía.

-¿Qué te pasa, querida? ¿Acaso un cabello blanco? Hay que reñir a tu Pelagia, para que vea mejor.

-Siempre será usted la misma, tía- murmuró María Dmitrievna con despecho.

Y comenzó a repiquetear con los dedos en el brazo del sillón.

-¡Serguei Petrowitch Guedeonofski!- anunció con voz aguda un lacayito cosaco de coloradas mejillas, apareciendo en la puerta.

II

Entró un hombre. Era alto, llevaba una levita limpia, pantalones un poco cortos, guantes de gamuza grises y dos corbatas, una negra encima, otra blanca debajo. Todo en él respiraba decencia y corrección, desde el rostro agradable y los cabellos alisados sobre las sienes, hasta las botas sin tacones que no rechinaban bajo la presión del pie. Saludó primero a la dueña de la casa, después a Marpha Timofeevna, y, quitándose lentamente los guantes, se acercó a María Dmitrievna y le besó respetuosamente la mano dos veces. En seguida se sentó, sin apresurarse, en un sillón, sonriendo y frotándose las puntas de los dedos.

-Y la señorita Isabel, ¿está bien?- dijo.

-Sí- respondió María Dmitrievna- está en el jardín.

-¿Y la señorita Elena?

-Lenotchka está también en el jardín. ¿Hay algo de nuevo?

-¿Cómo no haberlo?- respondió el visitante, entornando lentamente los ojos e inflando la boca.- ¡Hum! He aquí una noticia, y una noticia de las más extraordinarias... Lavretzky Fedor Ivanowitch ha llegado.

-¡Fedia! -exclamó Marpha Timofeevna.- Elso es una invención de usted, querido.

-De ningún modo, señora. Lo he visto con mis dos ojos.

-Tampoco es eso una prueba.

-Ha engruesado mucho- continuó Guedeonofski, fingiendo no haber oído la observación de Marpha Timofeevna. -Está más ancho de hombros, y sus mejillas tienen más color que nunca.

-¿Cómo? ¿Todavía más grueso?- dijo acentuando cada palabra María Dmitrievna- Me parece, sin embargo, que no ha tenido motivos para engordar.

-Es cierto- dijo Guedeonofski: -otro en su lugar se habría mirado mucho antes de mostrarse en sociedad.

-¿Y eso por qué?- interrumpió Marpha Timofeevna- ¿Qué locura está usted diciendo? Un hombre vuelve a su provincia: ¿adónde quiere usted que vaya? ¿De qué es culpable?

-Un marido es siempre culpable, señora, permítame que se lo diga, cuando su mujer no se conduce bien.

-Habla usted así, caballero, porque jamás ha sido casado.

Guedeonofski sonrió con embarazo.

-Dispense usted mi curiosidad - dijo después de algunos momentos de silencio:- ¿a quién destina esta bonita banda?

Marpha Timofeevna alzó bruscamente los ojos hacia él.

-Está destinada -respondió,- al que no ha andado nunca en chismes, al que no ha recurrido a la astucia y no ha inventado nada a costa del prójimo; pero no sé si existe un hombre así. Fedia, bien lo sé, no tiene más que un defecto, y es haber mimado a su mujer. Y luego, que se casó por amor, y de esos matrimonios de amor jamás resulta nada bueno -añadió la anciana lanzando una mirada de reojo a María Dmitrievna; y levantándose: -Ahora, querido -dijo, -puede clavar sus dientes en quien bien le parezca, hasta en mi; yo me voy, no quiero estorbarles.

Y Marpha Timofeevna se alejó.

-¡Siempre la misma! -murmuró María Dmitrievna siguiendo con los ojos a su tía- ¡Siempre la misma!

-A su edad, ¿qué quiere usted?... -observó Guedeonofski. -Mire usted, acaba de hablar de astucia; pero, ¿quién de nosotros ha acudido a la astucia?... Así está hecho el siglo. Uno de mis amigos, hombre muy respetable, y hasta añadiría que pertenece a un rango muy elevado, decía: «En nuestros días, una gallina, para coger un grano entre mil, se acerca sesgadamente y trata de pillarlo por la astucia». Y cuando la miro, señora, veo en usted una naturaleza verdaderamente angélica. Déjeme, se lo suplico, besar su mano de nieve.

María Dmitrievna sonrió débilmente, y tendió a Guedeonofski su mano regordeta, doblando con gracia el dedo pequeño. El la besó, mientras que ella acercaba su sillón y preguntaba en voz baja, inclinándose ligeramente:

-¿De modo, que lo ha visto usted? Y en efecto, ¿está bien de salud? ¿No demuestra tristeza?

-Sí, está alegre y bueno -respondió Guedeonofski en el mismo tono.

-¿No ha oído usted decir en dónde está su mujer?

-Últimamente estaba en París; ahora acabo de saber que ha ido a Italia.

-Es verdaderamente horrible la situación de Fedia. No concibo cómo puede soportarla.

Cada cual, es cierto, tiene sus desdichas, pero se puede decir que su aventura ha sido esparcida por toda Europa.

Guedeonofski suspiró.

-Sí, sí, se decía que ella trataba muchos artistas, muchos pianistas, y *leones* y otros animales, como se les llama por allá. Ha perdido todo pudor.

-Es cosa bien triste- dijo María Dmitrievna; -yo estoy disgustada por ello como pariente. Ya sabe usted que Fedia es sobrino mío.

-Sí, lo sé. ¿Cómo quiere usted que yo ignore algo referente a su familia? ¿Es eso posible?

-¿Vendrá a nuestra casa? ¿Qué le parece a usted?

-Sí, creo que sí. Por lo demás, se dice que se propone irse a vivir al campo.

María Dmitrievna alzó los ojos al cielo.

-¡Ah, Serguei Petrowitch, Serguei Petrowitch! Cuando pienso en ello... ¡Cuánto necesitamos, nosotras las mujeres, conducirnos con prudencia!

Todas las mujeres no se parecen, María Dmitrievna. Las hay desgraciadamente que tienen el carácter ligero... Y luego la edad... Y además, que no todas han recibido en su infancia principios sólidos.

Serguei Petrowitch sacó de su bolsillo un pañuelo azul a cuadros y comenzó a desdoblarlo.

-Ciertamente hay mujeres así.

Serguei Petrowitch acercó a sus ojos, una después de otra, las puntas de su pañuelo.

-Pero, en general, sí se considera... es decir... Hay un polvo horrible en la población... - concluyó.

-¡Mamá, mamá! -exclamó precipitándose en la habitación una preciosa niña que podía tener once años, - Vladimiro Nicolaewitch llega a caballo.

María Dmitrievna se levantó; Serguei Petrowitch se levantó también y saludó.

-Mi más respetuoso saludo a la señorita Elena - murmuró.

Y retirándose discretamente a un rincón, se puso a sonarse su nariz larga y regular.

-¡Qué magnifico caballo tiene! -continuó la niña -Acaba de pasar por delante de la puertecita, y nos ha dicho a Lisa y a mí que iba a acercarse a la escalinata.

Se oyó ruido de herraduras, y un elegante caballero, montado en un hermoso caballo bayo, apareció en la calle y se paró delante de la ventana abierta.

III

-¡Buenas tardes, María Dmitrievna -gritó el jinete con voz sonora y agradable.- ¿Qué le parece mi nueva compra?

María Dmitrievna se acercó a la ventana:

—¡Ah, soberbio caballo! -dijo. -¿A quién se lo ha comprado?

-Al oficial de remonta. ¡Caro me lo ha hecho pagar el brigante!

-¿Cómo se llama?

-¡Orlando!... Pero este nombre es tonto, y quiero cambiárselo... ¿Qué es eso, hijo mío? ¡No .quieres estar quieto!

El caballo relinchaba, piafaba y sacudía sus narices cubiertas de espuma.

-Lenotchka, acarícialo... No tengas miedo...

La niña sacó la mano fuera de la ventana; pero Orlando se encabritó de pronto y se tiró de lado. El jinete no perdió la cabeza, oprimió al caballo con las rodillas, le dio un latigazo en el cuello, y, a pesar de su resistencia, consiguió volverlo al pie de la ventana.

-¡Tenga usted cuidado, tenga cuidado! -repitió María Dmitrievna.

-Lenotchka, acarícialo -repitió el caballero: -no le permitiré que haga su gusto.

La niña sacó de nuevo la mano y rozó tímidamente las narices temblorosas de Orlando, que se estremeció y tascó el freno.

-¡Bravo! -exclamó María Dmitrievna; -y ahora, apéese usted y entre en casa.

El jinete volvió bruscamente el caballo, picó espuelas, y atravesando la calle al galope, entró en el patio. Un minuto después se precipitaba en el salón blandiendo el látigo. En el mismo instante, en el umbral de otra puerta aparecía una joven, alta, esbelta, de hermosos cabellos negros. Era Lisa, la hija mayor de María Dmitrievna; tenía diecinueve años.

IV

El joven que acabamos de presentar al lector se llamaba Vladimiro Nicolaewitch Panchine, y estaba empleado en el ministerio del Interior. Había sido enviado a O... con una comisión oficial, y se encontraba a la disposición del gobernador, el general Sonnenberg, de quien era pariente lejano. El padre de Panchine, capitán retirado, jugador conocido, de apagados ojos, de aspecto fatigado, atacado de una contracción nerviosa en los labios, se había rozado durante su vida con los hombres de alta posición; frecuentaba los clubs ingleses de las dos capitales y pasaba por hombre listo, agradable, buen vividor, pero de poco fondo. A pesar de su habilidad, estaba casi siempre en vísperas de la ruina, y dejó a su hijo una fortuna mediana y enredada. Se ocupó de la educación del joven a su manera; Vladimiro Nicolaewitch hablaba el francés a la perfección, el inglés bien y el alemán mal. Esto estaba en el orden; ¿no es vergonzoso para gentes elegantes hablar bien el alemán? Pero es bueno soltar de cuando en cuando una palabra tudesca a manera de broma; esto es hasta *trés chic*, como dicen los parisienses de Petersburgo. Desde la edad de quince años, sabía Vladimiro Nicolaewitch entrar en un salón con el mayor desembarazo, moverse en él con todo' desahogo y marcharse a tiempo. Su padre le había formado muchas relaciones; barajando las cartas entre dos *rubbers* o bien, después del éxito de un gran *cheleni*, no descuidaba nunca la ocasión de pronunciar una frase en honor de su Volodkia y de hablar de él a cualquier importante personaje aficionado al *whist*. Por supuesto, Vladimiro Nicolaewitch, durante su estancia en la Universidad, que había dejado con el rango de estudiante efectivo, hizo el conocimiento de muchos jóvenes de alto vuelo. Fue admitido en las mejores casas, y en todas partes lo recibían con placer; era de muy buena figura, alegre, divertido, siempre sano y de buen humor, dispuesto a todo, respetuoso donde era preciso serlo, arrogante cuando podía, perfecto camarada; un mozo encantador, en fin. Ante él se abría la tierra prometida. Comprendió bien pronto el secreto de la ciencia del mundo, supo penetrarse de un respeto leal a sus leyes, ocuparse en futilidades con aire de importancia mezclado de ironía, y aparentar que consideraba las cosas importantes como fútiles; danzaba admirablemente y se vestía a la inglesa. En muy poco tiempo adquirió la reputación de uno de los hombres más amables y más listos de Petersburgo. En efecto, Panchine era muy listo, tanto como su padre, y además estaba mucho mejor dotado. Todo le salía bien; cantaba con gusto, dibujaba con facilidad, hacía versos y representaba con alguna discreción. A la edad de veintiocho años era ya gentilhombre de cámara y tenía un rango bastante elevado. Muy seguro de sí mismo, de su talento y de su perspicacia, iba hacia adelante con seguridad y con todas sus fuerzas; su vida se deslizaba agradablemente y sin sacudidas. Habitado a complacer a todos, a los viejos y a los jóvenes, se vanagloriaba de conocer a los hombres, y mejor todavía a las mujeres; había hecho un estudio particular de sus debilidades. Como hombre que no es extraño al arte, sentía en sí el fuego sagrado, el arranque, el entusiasmo, y se permitía, a este título, más de una temeridad, se atrevía a muchas licencias, mantenía relaciones fuera de la sociedad en que vivía, y mostraba maneras descuidadas y . un aspecto un poco libre. Pero en el fondo era frío y astuto, y, aún en lo más fuerte de sus excesos, lo observaba y lo notaba todo: aquel joven libre y atrevido jamás se olvidaba de sí ni se dejaba arrastrar. Hay que decir en honor suyo, que nunca se gloriaba de sus conquistas. Fue introducido en casa de María Dmitrievna desde su llegada a O... y en ella se encontró bien pronto como en la suya. María Dmitrievna estaba prendada de él.

Panchine saludó graciosamente a las personas que estaban en el salón, dio la mano a María Dmitrievna y a Lisaveta Michailovna, golpeó ligeramente en el hombro a Guedeonofski, y haciendo una pirueta sobre sus talones, cogió a Lenotchka por la cabeza y la besó en la frente.

-¿Y no le da a usted miedo montar en caballo tan fogoso? -le preguntó María Dmitrievna.

-¡Cómo! Si es muy dulce, al contrario. ¿Quiere usted saber qué es lo que me da miedo? Jugar con Petrowitch; ayer, en casa de los Belenitzni, me despojó por completo.

Este se echó a reír; en aquella risa había astucia y bajeza; Serguei Petrowitch quería estar en buenas relaciones con el joven y elegante empleado de Petersburgo, con el favorito del gobernador. En sus conversaciones con María Dmitrievna hacía con frecuencia alusión a las notables facultades de Panchine.

-¿Cómo -decía,- no hacer su elogio? Es un joven que triunfa en las altas esferas de la sociedad, y que a pesar de esto sirve de una manera ejemplar y no tiene ningún orgullo.

Por lo demás, aun en Petersburgo pasaba Panchine por un funcionario entendido; el

papel se agotaba bajo sus dedos; trataba el trabajo en broma, como conviene que haga todo hombre de mundo que no da gran importancia a sus ocupaciones, pero era un hombre de ejecución. Los jefes gustan de tales subordinados; en cuanto a él, ni siquiera dudaba de que con un poco de buena voluntad llegaría a ser ministro algún día.

-Acaba usted de decir que le he ganado -murmuró Guedeonofski; -pero ¿quién me ganó la semana pasada diez pesos? Y aun...

-¡Ah! ¡El pérfido! - interrumpió Panchine con una indiferencia graciosa, pero ligeramente despreciativa.

Y sin poner más atención en él, se acercó a Lisa.

-No he podido encontrar aquí la obertura de *Oberon* -le dijo.- La señora Belenitzni se jactaba diciendo que tenía en su casa toda la música clásica. En resumen, no tiene nada más que polkas y valsos; pero ya he escrito a Moscú, y dentro de una semana tendrá usted la obertura. A propósito - continuó,- ayer compuse una nueva romanza. La letra también es mía. ¿Quieren ustedes que la cante? No sé bien qué efecto produce. La señora Belenitzni la ha encontrado bonita, pero su opinión no tiene importancia. Querría conocer la de ustedes. Por lo demás, creo que es mejor que cante después.

-¿Por qué después y no ahora? -observó María Dmitrievna.

-Obedezca -dijo Panchine con una sonrisa dulce y serena, que aparecía y desaparecía con la misma rapidez.

Acercó una silla, se sentó al piano, y después de haber preludiado con algunos acordes, cantó, acentuando claramente cada palabra, esta romanza:

Cuando la luna sus plateados rayos
esparce sobre el mar,
brillan y tiemblan las inquietas olas
con viva claridad.
En el mar de mi amor, también el alma,
trémula de pasión,
refleja de los rayos de tus ojos
el dulce resplandor.
Mas tú, como la luna blanca y fría,
contemplas ¡ay! mi mal,
y te burlas del alma que soñara
una ilusión fugaz.

Panchine cantó la segunda estrofa con una fuerza y una expresión particulares; el acompañamiento hacía un murmullo confuso, semejante al de las olas. Después de las palabras: «el alma trémula de pasión» suspiró ligeramente, entornó los ojos, y bajó la voz *morendo*. Cuando concluyó, Lisa alabó el motivo. María Dmitrievna dijo:

-¡Es encantadora!

Guedeonofski exclamó:

-¡Sublime! ¡Los versos y la música son igualmente admirables!

Lenotchka contemplaba al cantante con infantil admiración. En una palabra, todos los asistentes habían quedado igualmente encantados de la obra del joven aficionado; pero detrás de la puerta del salón, en la antecámara, estaba un hombre ya viejo que acababa de entrar, y al que, a juzgar por la expresión de su cara, inclinada al suelo, y por el movimiento de sus hombros, la romanza de Panchine, por otra parte muy linda, no había causado ningún placer. Después de haber oído un instante, y haber sacudido el polvo de sus botas con un pañuelo de algodón grueso, aquel hombre frunció las cejas, se mordió los labios con aire sombrío, encorvó aún más la espalda, naturalmente encorvada, y entró lentamente en el salón.

-¡Ah! ¡Buenas tardes, Christophor Fedorowitch! - exclamó Panchine levantándose vivamente de la silla -Si hubiera podido sospechar que estaba usted ahí, no me habría atrevido a cantar mi romanza. Sé que no le gusta la música ligera.

-No he escuchado -respondió en mal ruso el personaje que acababa de entrar.

Y saludando a todo el mundo, se detuvo con cierto embarazo en medio de la pieza.

-¿Ha venido usted a dar la lección de música a Lisa, señor Lemm? -preguntó María Dmitrievna.

-No a la señorita Lisa, sino a la señorita Elena.

-¡Ah, bien! -Lenotchka, sube con el señor Lemm.

El anciano echaba a andar detrás de la joven, cuando lo detuvo Panchine.

-No se vaya usted después de la lección, Christophor Fedorowitch - dijo; - la señorita Lisa y yo queremos tocar a cuatro manos una sonata de Beethoven.

El anciano murmuró entre dientes algunas palabras, y Panchine continuó en alemán

con una pronunciación detestable:

-La señorita Lisa me ha enseñado la *cantata espiritual* que le ha dedicado usted -¡Cosa preciosa! No crea que no sé apreciar la música seria., al contrario. Algunas veces aburre; pero en cambio es muy útil.

El anciano se puso muy colorado, miró de reojo a Lisa, y salió rápidamente del salón.

María Dmitrievna rogó a Panchine que repitiera su romanza, pero él dijo que no quería ofender los oídos del sabio alemán, y propuso a 'Lisa comenzar la sonata de Beethoven -A estas palabras, María Dmitrievna suspiró e invitó a Guedeonofski a dar una vuelta con ella por el jardín.

-Deseo -le dijo,- pedirla su opinión sobre nuestro pobre Teodoro.

Guedeonofski sonrió con agrado, saludó, cogió con dos dedos el sombrero, sobre cuyas alas había colocado cuidadosamente los guantes, y se alejó con María Dmitrievna. Panchine y Lisa se quedaron solos en el salón; la joven trajo y abrió la sonata; y ambos se sentaron en silencio al piano. Del piso superior llegaban débiles sonidos de escalas ejecutadas por los dedos poco ejercitados de Elena.

V

Cristóbal Teodoro Gottlieb Lemm había nacido en 1786, de una familia de pobres músicos que vivía en Chemnitz, en el reino de Sajonia. Su padre tocaba el óboe, su madre el arpa. El, antes de cumplir cinco años, tocaba tres instrumentos. A los ocho años quedó huérfano; a los diez comenzó a ganarse el pan de cada día. Durante mucho tiempo llevó una vida de bohemio, tocando en todas partes, en las posadas, en las ferias, en las bodas de campesinos, hasta en los bailes; al fin logró entrar en una orquesta, y, de grado en grado, llegó a ser director. Su mérito, como ejecutante, se reducía a bien poca cosa; pero conocía a fondo el arte. A los veintiocho años emigró a Rusia, llamado por un gran señor que, aunque detestaba cordialmente la música, se había dado, por vanidad, el lujo de una orquesta. Lemm permaneció cerca de siete años en su casa como maestro de capilla, y lo abandonó con las manos vacías. Aquel gran señor se había arruinado; le ofreció al principio una letra de cambio a su orden, luego mudó de parecer; y en resumidas cuentas no le dio ni un centavo. -Algunos amigos le aconsejaron que se marchase; pero él no quería volver a su patria como un mendigo, después de haber vivido en Rusia, en aquella gran Rusia, el gran país para los artistas. Nuestro pobre alemán buscó fortuna durante veinte años. hizo estancias en casa de diferentes patronos; vivió en Moscú y en las capitales de gobierno, sufrió y soportó mil males, conoció la miseria y recurrió a todos los expedientes imaginables. Sin embargo, en medio de todos sus sufrimientos, no le abandonaba la idea de volver a su país natal, y esto era lo único que fortalecía su valor. La suerte no quiso concederle este último y único consuelo. A los cincuenta años, enfermo, decrepito antes de la edad, llegó por azar a la villa de O..., y se estableció allí definitivamente, pérdida toda esperanza de abandonar el suelo detestado de Rusia, y viviendo miserablemente del producto de algunas lecciones.

El exterior de Lemm no prevenía en su favor. Era pequeño, encorvado, con omoplatos salientes, vientre hundido, grandes pies aplastados, uñas azuladas en los dedos duros y rígidos, y coloradas manos de venas siempre hinchadas. Su rostro estaba arrugado, sus mejillas hundidas, y sus plegados labios, que movía constantemente como si masticara alguna cosa, así como el obstinado silencio que guardaba ordinariamente, le daban una expresión casi siniestra. Sus cabellos caían en mechones grises sobre su frente poco elevada; sus ojos, pequeños e inmóviles, tenían el apagado brillo de los carbones sobre los cuales se acaba de echar agua; y andaba pesadamente, moviendo a cada paso todas las partes de su cuerpo desgraciado y deforme. Sus movimientos recordaban a veces los del búho que se columpia en la jaula cuando nota que lo miran, sin poder ver nada con sus pupilas dilatadas, amarillas, asustadas y temblorosas. Una larga e implacable pena había puesto su marca indeleble sobre aquel pobre músico, y desnaturalizado su fisonomía ya poco atractiva; pero una vez disipada la primera impresión, se descubría algo honrado, bueno, extraordinario, en aquella ruina ambulante. Admirador apasionado de Bach y de Haendel, artista en el alma, dotado de esa vivacidad de imaginación y de esa osadía de pensamiento propias de la raza germánica, Lemm habría podido -¿quién sabe? -llegar al nivel de los grandes compositores de su patria, si la casualidad hubiera dispuesto de otro modo su existencia. ¡Oh! ¡Había nacido bajo mala estrella! Había escrito mucho, pero jamás tuvo la alegría de ver publicada ninguna de sus obras: no sabía manejarse; no tenía el talento de hacer una reverencia o de dar un paso necesario. Una vez, hacía ya de esto muchos años, uno de sus amigos y admiradores, alemán y pobre como él, se atrevió a publicar a sus expensas dos de sus sonatas; -pero después de haber estado empaquetadas en los almacenes, habían desaparecido sordamente, sin dejar rastros, como si alguien las, hubiera echado clandestinamente al río. -Lemm acabó por tomar su partido; además, se hacía viejo; a la larga se endurecía moralmente, como sus dedos se habían endurecido con la edad; solo con una cocinera, que había sacado de un hospicio (porque no se casó), vegetaba en O... en una casita vecina-, de la de la señora Kalitine. Se paseaba mucho, y leía la *Biblia*, una colección protestante de Salmos, y las obras de Shakespeare, en la traducción de Schlegel. No componía nada hacia ya mucho tiempo; pero Lisa, su mejor discípula, consiguió sacarlo de su abandono, porque compuso para ella la cantata de que había hablado Panchine. La letra la tomó de un salmo, añadiendo algunos versos compuestos por él. Estaba escrita para dos coros- un coro de gentes dichosas y un coro de infortunados; -al final se reconciliaban los dos coros y cantaban juntos: «Dios misericordioso, ten piedad de estos pobres pecadores, y aleja de nosotros los malos pensamientos y las esperanzas mundanas.» En la primera hoja veíanse escritas con esmero estas líneas: «Sólo se salvarán los justos. - Cantata espiritual, compuesta y dedicada a la señorita Lisa Kalitine, mi querida discípula, por su

profesor C. T. G. Lemm.» Estaban rodeadas de rayos las palabras: «Sólo se salvarán los justos» y «Lisa Kalitine»; y debajo se leía: «Para usted sola, *für Sie allein*». He aquí por qué Lemm se puso colorado y miró a Lisa de reojo al oír a Panchine hablar de su cantata; el pobre Lemm había sufrido cruelmente.

VI

Panchine dio los primeros acordes de su sonata con fuerza y resolución (tocaba la segunda parte). Pero Lisa no comenzaba la suya. Se detuvo y la miró. Los ojos de Lisa fijos en él, expresaban el descontento; sus labios no sonreían, su rostro estaba severo, casi triste.

-¿Qué tiene usted?- preguntó él.

-¿Por qué no ha cumplido su palabra? Le enseñé la cantata de Lemm, con la condición de que no le hablaría usted de ello.

-Perdóneme usted, Lisa; se ha presentado la ocasión.

-Lo ha disgustado usted, y a mí también. Ahora ya no tendrá confianza en mi siquiera.

-¡No lo puedo remediar, Lisaveta Michaloilovna! Desde mi infancia no puedo ver a un alemán, sin que me entren ganas de hacerle rabiar.

-¡Qué está usted diciendo, Vladimiro Nicolaewitchi! Ese alemán es pobre, está aislado, destrozado por la desgracia, ¿y no tiene usted compasión de él? ¿Y tendrá usted alma para hacerle rabiar?

Panchine se turbó.

-Tiene usted razón- dijo. -La culpa de todo está en mi aturdimiento. No, no me diga nada, me conozco bien. Mi aturdimiento me daña a menudo. Gracias a él, paso por egoísta.

Panchine se calló un instante. Por cualquier asunto que comenzase la conversación, acababa de ordinario por hablar de sí mismo, y esto tan bien, con tanta naturalidad, que se habría dicho que lo hacía ingenuamente y sin pensar en ello.

-En esta casa, -continuó- su mamá de usted me demuestra seguramente mucha benevolencia... pero en el fondo no sé bien la opinión que usted tiene de mí, y en cuanto a su tía, se ve claramente que no me puede soportar. Preciso es que la haya ofendido con alguna palabra muy necia, muy irreflexiva. ¿Verdad que no me quiere?

-No -respondió Lisa después de alguna vacilación- no le agrada usted.

Panchine recorrió rápidamente las teclas con los dedos; por sus labios se deslizó una sonrisa imperceptible.

-Y bien, ¿y usted? -continuó. -¿También usted me toma por un egoísta?

-¡Lo conozco todavía tan poco! -respondió Lisa,- pero no lo tengo por egoísta; al contrario, debo estarle reconocida...

-Ya sé, ya sé lo que va usted a decir -interrumpió Panchine recorriendo otra vez las teclas: - reconocida por las notas, los libros que le traigo, por los medianos dibujos con que adorno su álbum, etc., etc. Puedo hacer todo esto, y ser, sin embargo, un egoísta. Me atrevo a esperar que no se aburre usted conmigo y que no le parezco un mal hombre; no obstante, está usted bien persuadida de que por una palabra ingeniosa sacrificaría, de buena gana padre y amigos.

-Es usted distraído y olvidadizo como todas las gentes de sociedad -dijo Lisa,- nada más.

Panchine frunció ligeramente el entrecejo.

-Escuche usted -dijo,- no hablemos más de mí; toquemos más bien esta sonata. No le pido más que una cosa - añadió pasando la mano por las hojas del cuaderno abierto sobre el pupitre; -piense de mí todo lo que quiera ¡llámeme hasta egoísta! pero no me llame nunca hombre de sociedad; este nombre es insoportable... *Anch'io son pittore*. Yo también soy un artista, aunque mediano, como se lo voy a probar en seguida. Comencemos, pues.

- Comencemos- dijo Lisa.

El primer *adagio* pasó con felicidad, aunque Panchine se equivocaba a menudo. Sus propias composiciones, y lo que había aprendido, lo tocaba bastante bien, pero leía débilmente. Así, la segunda parte de la sonata- un *allegro vivace*-no salió bien; al vigésimo compás, Panchine que se había retrasado en dos compases lo menos, no se contuvo más, y se levantó riendo.

-No -exclamó,- no puedo tocar hoy. ¡Es una felicidad que no nos oiga Lemm! Se pondría malo de indignación.

Lisa se levantó, cerró el piano, y volviéndose hacia Panchine:

-¿Qué hacemos ahora? -preguntó.

-¡La reconozco bien en esa pregunta! No puede usted estar en la inacción. Si quiere, dibujaremos mientras queda luz. Acaso otra musa, la musa del dibujo (he olvidado cómo se llama) me será más propicia. ¿Dónde está el álbum? Recuerdo que no acabó mi paisaje.

Lisa fue a buscar un álbum a otra habitación; Panchine se quedó solo, sacó del bolsillo un pañuelo de fina batista, se frotó las uñas y examinó sus manos. Las tenía blancas y bellas; en el índice de la mano izquierda llevaba una sortija en espiral. Lisa volvió; Panchine se sentó junto a la ventana y abrió el álbum.

-¡Ah! -exclamó.- Veo que ha comenzado usted a copiar mi paisaje, y está muy bien. ¡Muy bien! Solamente aquí... deme el lápiz, no son bastante vigorosas las sombras. Mire usted.

Y Panchine trazó algunos rasgos con el lápiz. Dibujaba constantemente el mismo paisaje: en primer término algunos árboles desgredados; luego una llanura, y montañas dentadas en el horizonte. Lisa le miraba dibujar por encima del hombro.

-En el dibujo, como en general en la vida -decía Panchine, inclinando la cabeza, en tanto a la izquierda, en tanto a la derecha, -la ligereza y el atrevimiento son las primeras condiciones del éxito.

En aquel instante, entró Lemm, en el salón; saludó secamente y quiso alejarse, pero Panchine dejó a un lado el álbum y el lápiz para cerrarle el camino.

-¿Adónde va usted, señor Lemm? ¿No toma el té con nosotros?

-Me voy a mi casa -dijo Lemm con aire sombrío, -me duelo la cabeza.

- ¡Qué idea! Quédese. Discutiremos sobre Shakespeare.

-Tengo jaqueca -repitió el viejo.

-Hemos querido abordar, sin usted, una sonata de Beethoven -continuó Panchine echándole amistosamente el brazo por la cintura y sonriendo, -pero ha salido mal. Imagínese que no podía tomar dos notas juntas seguidas.

-Mejor habría usted hecho en volver a comenzar su romanza -replicó Lemm, apartando las manos de Panchine y saliendo de la habitación.

Lisa corrió tras él y se le reunió en el vestíbulo.

-Señor Lemm, escúcheme -le dijo en alemán, acompañándole por el jardín hasta la puerta de la calle, -soy muy culpable, perdóneme usted.

Lemm no contestó.

-He enseñado su cantata al señor Vladimiro Nicolaewith; estaba segura de que la apreciaría, y en efecto le ha gustado mucho, mucho.

Lemm se detuvo.

-Eso no vale nada -dijo en ruso.

Luego añadió en su lengua materna:

-¿Pero cómo no ve usted que no puede comprender nada? Es un *dilettanti* y nada más.

-Es usted injusto con él -replicó Lisa- Lo comprende todo y casi puede hacerlo todo él mismo.

-Sí, esas son cualidades de segundo orden, una mercancía ligera; mala labor. Eso gusta, él mismo gusta, y esto le enorgullece; pues bien, tanto mejor; no me he incomodado; mi cantata y yo somos dos viejos imbéciles; estoy solamente un poco avergonzado, pero esto no es nada.

-Perdóneme, señor- Lemm -repitió Lisa.

-Eso no vale nada, eso no vale nada -dijo en ruso, - usted es una buena joven... y mire uno que viene a su casa. Adiós. Es usted una buena joven.

Y Lemm se dirigió con paso apresurado hacia la puerta por la cual entraba un individuo, para él desconocido, con levita gris y gran sombrero de paja. Lemm le saludó cortésmente (se había fijado como regla de conducta saludar a todas las caras extrañas y ocultarse de las conocidas), pasó por su lado y desapareció detrás de la verja. El desconocido lo miró con asombro; luego, visto a Lisa, se adelantó hacia ella.

VII

-Usted no me reconoce -dijo quitándose el sombrero; -pero yo sí que la reconozco, aunque hace diez años que la vi por última vez. Entonces no era usted más que una niña. Yo soy Lavretzky. ¿Está en casa su madre? ¿Puedo verla?

-Mamá tendrá mucho gusto -respondió Lisa; -sabe su vuelta.

-¿Se llama usted Isabel, verdad?- preguntó Lavretzky subiendo los escalones del vestíbulo.

-Sí.

-Me acuerdo, muy bien de usted; ya entonces tenía una de esas fisonomías que no se olvidan nunca; yo le traía bombones.

Lisa se ruborizó. «¡Qué individuo tan singular!» pensó. Lavretzky se detuvo un momento en la antecámara. Lisa entró en el salón, de donde salían la voz y las carcajadas de Panchine; contaba chismes de la población a la señora Kalitine y a Guedeonofski que acababan de volver del jardín, y él mismo se reía ruidosamente de lo que contaba. Al nombre de Lavretzky, María Dmitrievna se turbó, palideció y se dirigió hacia él.

-¡Buenas tardes, mi querido primo! -dijo con voz doliente. -¡Cuánto me complace verlo!

-¡Buenas tardes, mi buena prima! -respondió Lavretzky, apretándole amigablemente la mano. -¿Cómo está usted?

-Siéntese usted, mi querido Teodoro. ¡Ah, qué felicidad! Déjeme presentarle a mi hija Lisa...

-Ya me he presentado yo mismo -interrumpió Lavretzky.

-El señor Panchine, Serguei Petrowitch Guedeonofski... ¡Pero siéntese! Por mucho que lo miro no doy crédito a mis ojos. ¿Cómo va de salud?

-Como ve usted, prospero. Pero usted también, prima; si no temiera atraerle desgracia, diría que no ha adelgazado durante estos ocho años.

-¡Cuando pienso en el tiempo que hace que no nos hemos visto! -murmuraba la señora Kalitine con aire soñador. - ¿De dónde viene usted? ¿Dónde ha dejado...? Es decir, quería... -añadió de prisa -quería... preguntarle si pensaba estar mucho tiempo entre nosotros.

-Llego de Berlín -respondió Lavretzky- y mañana mismo salgo para mi aldea, donde permaneceré probablemente mucho tiempo.

-¿Habitará usted seguramente Lavriki?

-No, no me estableceré en Lavriki, sino en la aldea que poseo a veinte o veinticinco verstas de aquí.

-¿En la pequeña posesión que heredó usted de Glafyra Petrowna?

-Sí, prima, la misma.

-¿Y piensa usted en eso, Teodoro? ¡Teniendo en Lavriki una casa tan hermosa!

Lavretzky frunció las cejas imperceptiblemente.

-En efecto... Pero en mi otra posesión tengo una casita que me basta por completo. Este sitio es el que me conviene más por ahora.

María Dmitrievna se turbó una vez más, hasta el punto de enderezarse en su sillón y abrir los brazos. Panchine acudió en su socorro entablando la conversación con Lavretzky. María Dmitrievna se calmó un poco, se colocó cómodamente y se limitó a mezclar de cuando en cuando una palabra en la conversación; pero miraba tan lastimeramente a su huésped, suspiraba de una manera tan significativa y movía la cabeza con tanta tristeza, que Lavretzky, no pudiendo contenerse más, acabó por preguntarle, bastante bruscamente, si se encontraba enferma.

-¡No, gracias a Dios! Pero ¿por qué esa pregunta?

-Por nada; me había parecido que no se encontraba usted bien.

María Dmitrievna tomó un aspecto digno y un poco ofendido.

-Si es así -pensó- me da lo mismo; a lo que parece, querido, nada le da ni frío ni calor; otro se habría secado de pena, y usted no pierde ni una onza de grasa.

Cuando se hablaba a sí misma, la señora Kalitine no escogía sus expresiones: cuando se dirigía a otro ponía en ellas más cuidado.

Lavretzky, en efecto, apreciase poco a una víctima de la suerte. Su cara bermeja, tipo perfectamente ruso, su frente blanca y elevada, su nariz algo grande y sus labios gruesos y regulares, respiraban una salud de lugareño; atestiguaban una abundante fuerza vital. Estaba sólidamente formado, y sus rubios cabellos rizábanse naturalmente como los de un adolescente. Sus ojos azules, a flor de cara y un poco fijos, eran los únicos que expresaban alguna cosa que no era ni los cuidados, ni la fatiga; y su voz tenía un sonido demasiado igual.

Panchine seguía sosteniendo la conversación. La llevó sobre la fabricación del azúcar de remolacha, asunto sobre el cual acababa de leer dos libros franceses, lo que le permitió exponer el contenido de éstos con una tranquila modestia, sin decir, sin embargo, de dónde había sacado -Todas aquellas nociones.

-¡Ah! ¿Pero es Fedia? -exclamó de repente Marpha Timofeevna detrás de la puerta entreabierta de la pieza vecina- ¡Sí, es Fedia!

Y la anciana entró rápidamente en el salón. Aún no había tenido tiempo Lavretzky de levantarse cuando ya lo estaba besando.

-¡Déjame -verte, déjame verte!- repetía Marpha retrocediendo un paso.-¡Oh, qué bien estás! Has envejecido, pero no te has afeado. No me beses las manos, bésame en la cara, si no te asustan mis arrugadas mejillas. ¿No te has informado sobre mi, no has preguntado si vivía aún tu vieja tía? ¿Verdad, eh? Y sin embargo, yo te recibí en mis brazos al nacer, picarón. Pero esto no es nada, ¿por qué habías de pensar en mí? Pero has sido muy bueno con haber venido. Y bien -añadió volviéndose a María Dmitrievna,- ¿le has ofrecido alguna cosa?

-No necesito nada- se apresuró a decir Lavretzky.

-Toma al menos una taza de té con nosotros. ¡Señor, Dios mío! Llega no se sabe de dónde y no se lo da siquiera una taza de té. Lisa, ve en seguida a prepararlo todo. Me acuerdo de que, cuando pequeño, era muy glotón, y aun hoy mismo creo que no desdeña los buenos bocados.

-Saludo a usted respetuosamente, Marpha Timofeevna-dijo Panchine acercándose a la anciana, completamente entregada a su alegría, o inclinándose profundamente ante ella.

-Dispénsame, caballero -respondió Marpha Timofeevna,- en mi alegría no lo había visto... ¡Cómo te parece ahora a tu pobre querida madre! -continuó volviéndose de nuevo hacia Lavretzky. -Solamente tenías la nariz de tu padre, y la tienes aún. ¿Estarás mucho tiempo con nosotros?

-Me voy mañana, tía.

-¿Adónde?

-A Wassiliewskoe.

-¿Mañana?

-Mañana.

-Si es mañana, sea mañana. Que Dios te acompañe; tú sabes mejor que nadie lo que te conviene. Pero no te olvides de venir a despedirte de mi.

La anciana le acarició las mejillas.

-No esperaba volver a verte. No porque me sienta próxima a morir, no; todavía tengo alientos para diez años. Los Pestoff tenemos la vida dura. Tu abuelo acostumbraba a decir que vivíamos dos existencias. Pero sólo Dios sabe cuanto tiempo habrías podido estar todavía en los países extranjeros. Me parece tan fuerte como en otro tiempo. Apuesto a que sigues levantando diez arrobas con una mano. Tu padre, dispénsame, no tenía sentido común; sin embargo, no pudo tener mejor idea que la de darte por preceptor aquel suizo. ¿Te acuerdas de cómo luchabas a puñetazos? Creo que esto se llamaba gimnástica. ¿Pero a qué charlo tanto? No hago más que impedir al señor Panchine hablar -afectaba pronunciar este nombre acentuando la última sílaba -Mejor es que tomemos el té; vámonos a la terraza. Ya verás qué crema tenemos, algo mejor que en vuestro París y en vuestro Londres. Vamos, vamos, pues; y tú, Fedioucha, dame el brazo. He aquí un brazo sólido; no hay temor de caerse contigo.

Levantáronse todos y se dirigieron a la terraza, a excepción de Guedeonofski que se alejó a la sordina. Todo el tiempo que duró la conversación de Lavretzky con la dueña de la casa, y Panchine y Marpha Timofeevna, había permanecido en un rincón guiñando los ojos y tendiendo los labios con una curiosidad de niño; ahora tenía prisa de esparcir por la población la noticia de la llegada de aquel huésped interesante.

Aquel mismo día, a las once de la noche, he aquí lo que pasaba en la casa de la señora Kalitine. En el piso bajo, en el umbral del salón, Panchine, aprovechando un momento favorable, se despedía de Lisa y le decía teniéndole cogida una mano:

-Sabe usted lo que me atrae aquí; sabe por qué vengo sin cesar a esta casa; ¿a qué hablar, cuando todo está tan claro?

Lisa no respondía nada y no sonreía; alzaba ligeramente las cejas y se ruborizaba un poco mirando al suelo, pero no retiraba la mano.

En el primer piso, en el cuarto de Marpha Timofeevna, iluminado por una lámpara colgada delante de viejas imágenes descoloridas, Lavretzky, sentado en un sillón, apoyados los codos en las rodillas, ocultaba la cara entre sus manos; la anciana, en pie y silenciosa ante él, pasaba de cuando en cuando la mano por sus cabellos. Permaneció allí más de una hora después de haberse despedido de la dueña de la casa; no dijo casi nada

a su buena anciana amiga, y ésta, por su parte, no le preguntó nada... ¿Y qué habría podido él decir? ¿Qué le habría podido preguntar ella? Lo comprendía todo, y tomaba parte en todos sus sufrimientos.

VIII

Fedor Ivanowitch Lavretzky (pedimos al lector permiso para interrumpir por un momento nuestro relato) era de una familia noble y antigua. El primero de los Lavretzky salió de Prusia en el reinado de Wassili el Ciego, y recibió doscientos *dessiatines* de tierra en el distrito de Bejetzk. Muchos de sus descendientes entraron en el servicio, y bajo la protección de príncipes y de personajes poderosos, fueron enviados como *vaivodas* a las provincias más lejanas; pero ninguno de ellos pasó del rango de *sto1nik* ni adquirió gran fortuna. El más rico y el más notable de los Lavretzky, fue Andrés, el propio bisabuelo de Teodoro; era un hombre duro, arrogante, inteligente y astuto. Todavía se conserva en el país el recuerdo de su despotismo, de su carácter feroz, de su insensata prodigalidad y de su codicia sin límites. Era obeso y muy alto, moreno y sin barba, tartamudeaba y parecía dormido; pero cuanto menos hablaba más aumentaba el terror que esparcía en derredor suyo. Había encontrado una mujer digna de él. Bohemia de origen, tenía ojos saltones, nariz de pico de gavilán, la cara redonda y amarilla; era colérica y vengativa; en una palabra, no cedía en nada a su marido, que la maltrataba mucho al cual no pudo sobrevivir, aunque en vida no hubiesen estado nunca en paz.

Pedro, hijo de Andrés y abuelo de Teodoro, en nada se parecía a su padre; era un señor de esos que no se ven más que en las estepas, pasablemente excéntrico, ruidoso y agitado, grosero, pero bastante bueno, muy hospitalario y gran aficionado a la caza. Tenía más de treinta años cuando a la muerte de su padre se encontró dueño de una herencia de dos mil campesinos en buen estado; no necesitó mucho tiempo para disipar o vender una parte de su fortuna, y pervertir completamente a su numerosa servidumbre. Sus vastas habitaciones, calientes y sucias, estaban llenas constantemente de gentecillas que caían de todas partes como el granizo o la miseria. Aquella gentuza se hartaba de todo lo que encontraba al alcance de sus manos, bebía hasta la borrachera y se llevaba de la casa todo cuanto podía agarrar, sin cesar de cantar las alabanzas de aquel huésped hospitalario. Pedro, cuando estaba de mal humor, los trataba de la peor manera, pero no tardaba en aburrirse de su ausencia. Su mujer era un ser dulce y obscuro; la había tomado de una familia vecina, por orden de su padre que la eligió para él. Llamábase Ana Pavlowna. No se mezclaba en nada, recibía cordialmente a sus huéspedes, y le gustaba mucho salir, aunque hacía su desesperación la obligación de empolvarse. Acostumbraba a contar a su vejez que para proceder a esta operación se le colocaba un rodete de fieltro. En la cabeza, le levantaban todos los cabellos, después se los frotaban de grasa y se los espolvoreaban con harina, de tal modo, que luego pasaba todos los trabajos del mundo para limpiarse; sin embargo, para no contravenir las reglas de la decencia y no herir a nadie, se resignaba a sufrir aquel odioso martirio a cada visita que tenía que hacer. Encontrase dispuesta a jugar a las cartas desde la mañana hasta la noche; pero no olvidaba nunca, cuando su marido se acercaba a la mesa de juego, de disimular como podía sus escasas pérdidas, ella que había dejado a su marido la plena disposición de todo lo que había aportado, de toda su dote. Tuvo de él dos hijos: Iván, el padre de Teodoro, y una hembra llamada Glafyra.

Iván no fue educado en la casa paterna, sino al lado de una tía rica y solterona, la princesa Koubensky que prometió nombrarle su heredero universal (de otro modo su padre no lo habría dejado partir), le vistió como una muñeca, le dio profesores de todas clases, y le eligió como preceptor un francés, ex-abate, discípulo de J. J. Rousseau, un tal señor Courtin de Vaucelles. Era este un hombre fino, hábil, insinuante; ella lo calificaba de *finafior* de la emigración, y acabó, casi septuagenaria, por casarse con aquel fina flor. Le legó toda su fortuna, y murió poco tiempo después, cubiertas las mejillas de colorete, perfumada de ámbar a la *Richelieu*, rodeada de negritos, de galguitos y de papagayos, tendida en una camita del tiempo de Luis XV y teniendo en la mano una tabaquera en esmalte de Petitof. Murió abandonada de su marido; el insinuante señor Courtin había creído oportuno retirarse a París con su dinero.

Iván tenía diecinueve años, cuando le hirió aquel revés inesperado. No quiso seguir en la casa de la tía, donde, de heredero presunto, se convertía de pronto en parásito -ni siquiera en Petersburgo, donde se le cerró de pronto la sociedad en que había vivido. - Sentía una repugnancia invencible por el servicio que habría tenido que comenzar por los grados más humildes, más oscuros y más difíciles; esto pasaba en los primeros años del reinado de Alejandro. Se vio, pues, obligado a volverse a la aldea de su padre. ¡Qué sucio, pobre y mezquino le pareció todo! La obscuridad, el silencio, el aislamiento de la vida de las estepas lo ofuscaban a cada paso; devorábalo el fastidio; y con esto, nadie en la casa lo quería, fuera de su madre. Su padre soportaba con impaciencia sus costumbres

de cortesano; sus trajes, sus chorreras, sus libros, su flauta, su limpieza, le parecían, con alguna razón, de una delicadeza exagerada; no hacía más que quejarse de su hijo y le reprendía sin cesar. «Nada le conviene aquí, decía con frecuencia; en la mesa hace ascos, no como nada, no puede soportar el olor de los criados, ni el calor de la habitación; la vista de las gentes borrachas le molesta; ni siquiera se atreven a disputar delante de él; no quiere servir; no tiene ni pizca de salud ¡esta mujercilla! Y todo ello porque tiene el cerebro lleno de *Voltaire*». El viejo detestaba particularmente a *Voltaire* y a ese *descreído* de Diderot, ¡aunque no hubiera leído ni una línea de sus obras! Leer no era de su competencia.

Pedro Andrevitch no se engañaba; *Voltaire* y Diderot llenaban, en efecto, la cabeza de su hijo, y no ellos solos, sino también Rousseau, Raynal, Helvetius y consortes; pero no llenaban más que su cabeza. Su preceptor, el antiguo abate, el enciclopedista, se había limitado a amontonar sobre su discípulo toda la ciencia del siglo XVIII. Iván vivía así, completamente penetrado de este espíritu que quedaba en él sin mezclarse con su sangre, sin penetrar en su alma, sin producir fuertes convicciones... Después de todo, ¿qué convicciones podemos exigir a un joven que vivía hace cincuenta años, cuando hoy todavía no hemos llegado a tenerlas?

La presencia de Iván Petrovitch estorbaba a las gentes que visitaban la casa paterna; él los desdeñaba, ellos le temían. Ni siquiera había podido intimar con su hermana, que tenía doce años más que él. Aquella Glafyra era un ser extraño; era fea, jorobada, flaca, tenía ojos muy severos y una boca de labios delgados y apretados. Su rostro, su voz, sus movimientos rápidos y angulosos, recordaban a su abuela, la bohemia. Obstinada, dominante, nunca quiso hablar de matrimonio. La vuelta de Iván Petrovitch, no fue de ningún modo de su gusto; en tanto que él estuvo en casa de la princesa Koubensky, podía esperar heredar la mitad de los bienes paternos; la avaricia era un rasgo más que la asemejaba a su abuela. Además, le tenía envidia: estaba muy bien educada, hablaba muy bien el francés con el acento parisién, y ella apenas podía pronunciar «bon jour» y «¿comment vous portez-vous?» Verdad es que sus padres ni siquiera sabían tanto; pero, ¿para qué servía esto? Iván no sabía cómo disipar su tristeza y su aburrimiento; pasó en el campo un año que se le hizo tan largo como diez. No encontraba algún placer más que al lado de su madre, pasaba horas enteras en sus habitaciones, bajas y pequeñas, escuchando su charla cándida y sin artificios, y atracándose de dulces.

En el número de las sirvientes de Ana Pavlowna había una joven muy linda, de ojos dulces y puros, y finos rasgos; llamábase Malania, y era buena y modesta. Desde el principio agradó a Iván Petrowitch que la amó muy pronto; su aspecto tímido, sus respuestas modestas, su voz dulce, su tierna sonrisa lo hablan cautivado; cada día le parecía más amable. Por su parte, ella amó a Iván Petrowitch con toda la fuerza de su alma, como sólo saben amar las jóvenes rusas, y se entregó a él. En una casa de señor de aldea, no puede estar oculto mucho tiempo ningún misterio; todo el mundo supo bien pronto las relaciones del joven señor con Malani a, y la noticia llegó a los oídos mismos de Pedro Andrevitch. En otro momento, acaso no hubiera prestado ninguna atención a un asunto tan poco importante; pero estaba muy disgustado con su hijo, y cogió con placer la ocasión de confundir al elegante filósofo petersburgués. Alzóse en la casa una tempestad de gritos y amenazas; Malani a fue encerrada, e Iván Petrowitch llamado ante su padre. Al ruido acudió Ana Pavlowna. Trató de calmar a su marido, pero éste no escuchaba nada. Cayó sobre su hijo como una ave de rapiña, reprochándole su inmoralidad, su incredulidad, su hipocresía; era muy hermosa la ocasión para echar sobre Iván toda la cólera amontonada durante tanto tiempo en su corazón contra la princesa Koubensky: y lo colmó de expresiones injuriosas. Iván Petrovitch comenzó por dominarse y callarse, pero cuando le amenazó su padre con un castigo infarnante no se contuvo más, «Vaya - pensó, ya está otra vez en escena el descreído de Diderot; este es el momento de servirse de él; espere usted que voy a asombrarlo.» E inmediatamente, con voz tranquila y mesurada, aunque temblando interiormente, dijo a su padre que hacía mal en acusarlo de inmoralidad; que no quería negar su falta, pero que estaba dispuesto a repararla, con tanta más facilidad cuanto que se sentía por encima de todas las preocupaciones; en una palabra, que estaba dispuesto a casarse con Malani a. Al pronunciar estas palabras Iván llegó sin duda al objeto que se proponía; su padre quedó aturdido de tal modo, que se le desencajaron los ojos y estuvo un instante inmóvil; pero volvió en sí casi en seguida, y tal como estaba envuelto en su *touloup* forrada de pieles, los pies desnudos en zapatillas, se arrojó con los puños levantados contra su hijo. Aquel día Iván como si lo hubiera hecho intencionalmente, se había peinado a la Tito y puesto un frac azul a la inglesa, botas de bellotas y un pantalón *collant* de gamuza de una perfecta elegancia. Ana Pavlowna lanzó un grito, y se cubrió la cara con las manos; en

cuanto a su hijo, echó a correr,, atravesó la casa y el patio, salió al jardín, del jardín a la carretera, y corrió siempre sin volverse, hasta que ya no oyó detrás de sí los pesados pasos de su padre y sus gritos redoblados y entrecortados.

-¡Detente, tunante -aullaba éste - detente o te maldigo!

Iván Petrowitch se refugió en la casa de un *odnodvoretz* de la vecindad; su padre volvió a la suya rendido y cubierto de sudor, y anunció, respirando apenas, que retiraba a su hijo su bendición y su herencia. En seguida hizo quemar sus desdichados libros; la sirvienta Malanĭ a fue desterrada a una aldea lejana. Buenas gentes buscaron a Iván Petrowitch, y le advirtieron de todo lo que pasaba. Avergonzado, furioso, juró vengarse de su padre; y aquella misma noche se emboscó para detener al paso el carro en que llevaban a Malanĭ a, la arrancó a viva fuerza a su escolta, corrió con ella a la población vecina, y se casaron.

Al día siguiente escribió a su padre una carta fríamente irónica y cortés, y se dirigió a la aldea donde vivía su primo en tercer grado, Dmitri Pestoff, con su hermana Marpha, a quien ya conocemos. Les contó todo lo que le había pasado, les dijo que se marchaba a Petersburgo, a fin de entrar en el servicio, y les rogó que dieran asilo a su mujer aunque fuera por poco tiempo. Sollozó amargamente al pronunciar la palabra mujer, y, olvidando su civilización refinada y su filosofía, cayó humildemente de rodillas ante sus primos, como un verdadero campesino ruso, golpeando la tierra con su frente. Los Pestoff, que eran gentes compasivas y buenas, accedieron fácilmente a su ruego; pasó tres semanas con ellos, esperando en secreto una respuesta de su padre, que no llegó, que no podía llegar. A la noticia del matrimonio de su hijo, Pedro Andrewitch cayó enfermo, y prohibió que se pronunciasen delante de él el nombre de Iván Petrowitch; únicamente, la pobre madre pidió prestados secretamente 400 pesos en papel al cura de la aldea, y les envió a su hijo con una imagen para su nuera. Tuvo miedo de escribir, pero su mensajero, un campesino pequeño y seco que tenía el talento de hacer sus sesenta versts a pie por día, fue encargado de decir a Iván Petrowitch que no se afligiese, que ella esperaba, con la ayuda de Dios, convertir la cólera de su marido en clemencia; que habría preferido otra nuera, pero que seguramente no habría sido tal la voluntad divina, y que enviaba a Malanĭ a Sergueiewna su bendición maternal. El campesino recibió ochenta centavos por su trabajo, pidió permiso para saludar a su nueva señora, de quien era compadre, le besó la mano y se puso otra vez en camino para la casa.

Iván Petrowitch partió para Petersburgo con el corazón alegre. Esperábale un porvenir desconocido; podía acaso afligirle la miseria, pero dejaba la vida del campo que aborrecía. Sobre todo estaba muy contento de no haber renegado de sus educadores, sino de haber, por el contrario, puesto realmente en práctica y justificado los principios de Rousseau, de Diderot y de la *-Declaración de los derechos del hombre*. Llenaba su alma el sentimiento de un deber cumplido, de un triunfo alcanzado, de un justo orgullo satisfecho; por lo demás, no le disgustaba la separarse de su mujer; más bien habría temido vivir con ella. El primer paso estaba dado; había que pensar en los otros. Contra lo que esperaba tuvo éxito en Petersburgo: la princesa Koubensky, a la que ya había abandonado el señor Courtin, pero que todavía no había tenido tiempo de morir, queriendo reparar la mala pasada que le había jugado, le recomendó a todos sus amigos y le dio 4.000 pesos, su último dinero sin duda, Y además un reloj de Lepée, con sus iniciales en una guirnalda de amores. Antes de que transcurrieran tres meses, obtuvo una plaza en la embajada rusa en Londres, y se embarcó en la primera nave inglesa que zarpó. (Aún no había barcos de vapor.) Algunos meses después recibió una carta de Pestoff. Este lo felicitaba con motivo del nacimiento de un hijo que había visto la luz en la aldea de Pokrosfkoe el 20 de agosto de 1807, y al que se puso por nombre Teodoro en honor del santo mártir del mismo nombre, La debilidad de Malanĭ a Sergueiewna era tal, que no pudo añadir ella más que algunas líneas; estas pocas líneas sorprendieron mucho a su marido, que ignoraba que Marpha Timofeevna hubiera enseñado a escribir a su mujer. Sin embargo, Iván no se abandonó mucho tiempo a los dulces sentimientos de la paternidad; hacia en aquellos momentos la corte a una de las más célebres Frinés ó Lais del día, (Aún estaban de moda los nombres clásicos.) Acababa de firmarse la paz de Tilsitt; todo el mundo se daba prisa a gozar como arrastrado por un torbellino. Los ojos negros de una incitante hermosura le habían trastornado la cabeza. Tenía poco dinero, pero jugaba con suerte, adquiría relaciones, tomaba parte en todos los placeres imaginables; en una palabra, comenzaba a bogar a toda vela.

IX

El viejo Lavretzky tardó mucho tiempo en resolverse a perdonar a su hijo. Si éste hubiera ido, seis meses después de su matrimonio, a echarse a los pies de su padre, acaso habría sido perdonado en seguida; habría llevado un buen sermón; todo lo más habría visto alzarse sobre él la muleta paternal, instrumento de terror saludable. Pero Iván Petrowitch, vivía en el extranjero y parecía preocuparse muy poco de su patria.

-¡Cállate, y lleva cuidado! -repetía el viejo a su mujer, siempre que ésta trataba de inclinarlo a la clemencia, -ese tunante debe dar gracias eternamente a Dios de que yo lo haya maldecido; mi difunto padre, lo habría matado con sus propias manos; y a fe mía que habría hecho muy bien.

Ana Pavlowna, al oír estas terribles palabras, hacía la señal de la cruz a escondidas. En cuanto a la joven mujer de Iván Petrowitch, el anciano no quería al principio ni siquiera oír hablar de ella; y en respuesta a una carta de Pestoff, en la que éste le hacía mención de su nuera, le hizo decir que no reconocía ninguna nuera en el mundo, y que las leyes prohíben formalmente dar asilo a los siervos en fuga; lo que se creía en el deber de advertírselo. Pero después, cuando supo el nacimiento del niño, se dulcificó, hizo adquirir noticias de la parida, y le envió, sin dar su nombre, un poco de dinero. Todavía no tenía un año su nieto Teodoro, cuando Ana Pavlowna cayó gravemente enferma. Algunos días antes de su muerte, sin poderse mover ya de su lecho, dijo a su marido, en presencia de su confesor, y con lágrimas en los ojos apagados, que desearía ver a su nuera, despedirse de ella y bendecir a su nieto. El afligido viejo la tranquilizó en seguida, y envió inmediatamente un carruaje a su nuera, llamándole por la primera vez Malanĭ a Sergueiewna. Llegó ésta con su hijo y Marpha Timofeevna, que no quiso de ningún modo dejarla partir sola puesta a cualquier ofensa. Medio muerta de miedo entró Malanĭ a Sergueiewna en el despacho de su suegro. Seguiala una criada que llevaba al niño en brazos. Su suegro la miró en silencio: acercóse la joven para cogerle la mano y sus labios temblorosos apenas pudieron depositar en ella un beso que no se oyó.

-Ea, mi nueva noble -dijo él al fin, -vamos a ver a la señora.

Al decir esto, levantóse y se inclinó hacia su nieto; sonrió el niño y le tendió las manecitas. El viejo se sintió conmovido.

-¡Ah -dijo,- pobrecito abandonado! Tú ganas la causa de tu padre. ¡Yo no te abandonaré, hijo mío!

Malanĭ a Sergueiewna, así que entró en la alcoba de Ana Pavlowna, se arrodilló junto a la puerta. La moribunda le hizo señas de que se acercase a su lecho, la abrazó y bendijo a su hijo; luego, volviendo hacia su marido su rostro enflaquecido por crueles sufrimientos, trató de hablar.

-Ya sé, ya sé lo que quieres pedirme -dijo Pedro Andrevitch- No te apenes, se quedará a mi lado, y por ella perdonaré a mi hijo.

Ana Pavlowna hizo un esfuerzo supremo y besó la mano a su marido... Aquel mismo día dejó de existir.

-¡Pedro Andrevitch cumplió su palabra. Informó a su hijo de que en memoria de los últimos momentos de su madre, y por lástima al inocente Teodoro, le devolvía su cariño, y que en adelante tendría a Malanĭ a Sergueiewna en su casa. Se pusieron dos habitaciones del entresuelo a disposición de la joven; su suegro la presentó a sus conocimientos más importantes, al brigadier Skourechine y a su mujer, y le regaló dos siervas y un criadito para su servicio particular. Marpha Timofeevna se despidió al fin; desde el primer momento tomó horror a Glafyra, y mientras estuvo allí se peleó con ella tres veces.

Muy penosa y muy falsa fue al principio la nueva posición de la joven; pero bien pronto se habituó a su suegro y se resignó. El. también se acostumbró a su nuera; hasta le tomó cariño, aunque nunca, o casi nunca le hablaba; en su misma benevolencia habla un tinte de desdén.

De quien Malanĭ a Sergueiewna tenía más que, sufrir, era de su cuñada. Esta, aun en vida de su madre, había llegado poco a poco a apoderarse de la dirección de la casa; comenzando por su padre, todo el mundo le estaba sometido; no se podía disponer de un terrón de azúcar sin su autorización; antes habría consentido en morir que partir su poder con otra ama de casa. ¡Y qué ama de casa, gran Dios! El matrimonio de su hermano la había irritado más aún que a su padre; resolvió dar una lección a la advenediza. Desde el momento de su instalación en la casa, Malanĭ a Sergueiewna se convirtió en su esclava. ¿Y cómo habría podido luchar con la obstinada y orgullosa Glafyra, aquella pobre mujer sin defensa, siempre turbada, siempre temerosa y de una

salud tan débil? No pasaba día sin que Glafyra le recordase su origen y le hiciese valer el puesto que ocupaba. Malanĭ a Sergueiewna habría pasado por alto estas recriminaciones y estos elogios, por amargos que le pareciesen, pero le habían quitado a su hijo y concibió una triste desesperación. Con el pretexto de que no era capaz de ocuparse en su educación, casi no le permitían que lo viese; Glafyra se encargó de todo: el niño pasó enteramente a su poder.

Malanĭ a Sergueiewna, presa de una violenta pena, suplicaba a su marido en todas sus cartas que volviese lo más pronto posible. Pedro Andrevitch mismo, deseaba volver a ver a su hijo; pero éste, muy pródigo de cartas, se limitaba a dar gracias a su padre por sus bondades con su mujer y por el dinero que le enviaba; le prometía volver muy pronto, y no llegaba. El año 1812 lo trajo al fin a su patria. El padre y el hijo, al verse después de seis años de separación, cayeron el uno en brazos del otro sin pronunciar una sola palabra que hiciese alusión a sus pasadas discordias; se tenía entonces otra cosa en la cabeza: toda Rusia se alzaba contra el enemigo, y ambos sintieron que por sus venas corría sangre rusa. Pedro Andrevitch equipó a sus espensas un regimiento de voluntarios. Pero terminó la guerra, se alejó el peligro, y otra vez Iván Petrovitch se sintió dominado por el aburrimiento. Aquella sociedad lejana, con la que se había familiarizado, donde se sentía en su centro, lo atraía. Su mujer era impotente para retenerle; ¡entraba por tan poco en su existencia! La misma esperanza que Malanĭ a Sergueiewna había puesto en él no se había realizado; su marido había encontrado, como todo el mundo, que era mucho más conveniente confiar a Glafyra la educación del niño. La pobre mujer de Iván Petrovitch no pudo soportar este golpe, no pudo tampoco soportar una segunda separación, y se murió en pocos días sin murmurar. Durante toda su vida no había podido resistir a nadie; ni siquiera trató de combatir su mal. No podía hablar, extendíase ya sobre su rostro las sombras de la muerte; y sus rasgos expresaban todavía una paciencia inalterable y la constante dulzura de una resignación infinita; miraba a Glafyra! con dulce sumisión; lo mismo que Ana Pavlowna en su lecho de muerte, había besado la mano de Pedro Andrevitch, posó sus labios en la de Glafyra recomendándole ¡a ella, a Glafyra! su hijo único. Así es como este ser, tan dulce y tan bueno, terminó su destino en la tierra. Arrebatada violentamente, Dios sabe por qué, del suelo que la había visto nacer y arrojada un instante después, lo mismo que un arbolillo arrancado, desarraigado, se marchitó y desapareció sin dejar huellas, y nadie la lloró. Fue echada de menos algún tiempo por su suegro y por sus doncellas. Faltaba al viejo el dulce rostro de su nuera y su presencia silenciosa. «Adiós, adiós para siempre,» murmuró saludando a la muerta por última vez; y lloraba al echar un puñado de tierra sobre su ataúd.

El mismo no sobrevivió mucho tiempo a su nuera. Cinco años después, durante el invierno de 1819, murió tranquilamente en Moscú, donde había ido a establecerse con Glafyra y su nieto. Quiso ser enterrado al lado de su mujer y de su querida Malanĭ a. Iván Petrovitch se encontraba en París entonces divirtiéndose; había dejado el servicio poco después de 1815. Al saber la muerte de su padre, se decidió a volver a Rusia; había que tomar la dirección de su fortuna; por otra parte, su hijo Teodoro cumplía trece años, y era llegado el momento de ocuparse seriamente de su educación.

X

Iván Petrovitch era anglomano cuando volvió a Rusia. Sus cabellos cortados al rape, su almidonada chorrera, su largo levitón de color de garbanzo, con una multitud de esclavinas superpuestas, la expresión agria de sus rasgos, algo de decidido y de indiferente a la vez en su manera de ser, su pronunciación silbante, su risa repentina y contenida, la ausencia de sonrisa, una conversación exclusivamente política o politico-económica, su pasión por el *roastbeaf* sangrando y por el vino de Porto, todo en él olía a Gran Bretaña a una legua; parecía por completo penetrado de su espíritu; pero ¡cosa extraña! habiéndose transformado en anglomano, Iván Petrovitch se había hecho al mismo tiempo patriota, al menos, se llamaba patriota aunque no conociera muy bien Rusia, aunque no tuviera ninguna de las costumbres rusas y aunque hablaba el ruso de un modo extraño. En la conversación, su lenguaje, pesado y descolorido, se erizaba de barbarismos; pero apenas se llegaba a hablar de algún asunto serio, Iván Petrovitch se expresaba de repente en frases como éstas: «Señalarse por nuevas pruebas de celo individual. Esto no está en acuerdo directo con la naturaleza de las circunstancias,» etcétera. Iván Petrovitch había traído consigo muchos proyectos manuscritos sobre las mejoras que quería introducir en el Gobierno; estaba muy descontento de todo lo que veía; la falta de sistema excitaba su bilis sobre todo. En la primera entrevista que tuvo con su hermana, lo anunció que estaba decidido a introducir reformas radicales en la administración de sus tierras, que todo marcharía con arreglo a un nuevo plan. Glafyra no le contestó; apretó los dientes: «Y yo, pensaba, ¿qué papel voy a tener en todo esto?» Sin embargo así que llegó al campo con su hermano y su sobrino, no tardó en tranquilizarse. Hubo, en efecto, algunos cambios en el interior de la casa; los parásitos y los holgazanes fueron despedidos inmediatamente; en el número de las víctimas se encontraban dos viejas: una ciega, la otra paralítica y un viejo mayor, contemporáneo de Souvaroff, a quien no se alimentaba más que con pan y lentejas a causa de su extraordinaria voracidad. Se dio además orden de no recibir a los visitantes de otros tiempos: fueron reemplazados por un pariente lejano, un cierto barón, rubio y escrupuloso, muy bien educado y muy tonto. Llegaron de Moscú nuevos muebles; escupideras, cordones de campanillas y lavabos hicieron su aparición en las habitaciones; se sirvió el almuerzo de una nueva manera; vinos extranjeros reemplazaron a los licores y a los aguardientes del país; los criados fueron vestidos con nuevas libreas; se añadió al escudo blasonado de la familia la divisa: *In recto virtus*. Pero en el fondo el poder de Glafyra no fue disminuido. Todas las compras, todos los gastos los hacía ella como antes; un ayuda de cámara alsaciano, traído de Francia por Iván Petrovitch, trató de resistirse contra la suprema autoridad de Glafyra, y perdió su plaza a pesar de la protección de su amo. En cuanto a lo que concernía a la administración de las tierras (Glafyra Petrowna se había ocupado siempre de ella), quedó en el más completo *statu quo* a pesar de la intención manifestada más de una vez por Iván Petrovitch de hacer circular una nueva vida en aquel caos; en muchos sitios los censos se hicieron mayores, la corvea más pesada; se prohibió a los campesinos dirigirse directamente a Iván Petrovitch, y esto fue todo. El patriota comenzaba a considerar a sus conciudadanos con desprecio. El sistema de Iván Petrovitch no fue puesto en vigor verdaderamente más que con relación a Teodoro; su educación fue sometida a una completa reforma; su padre se ocupó de ella exclusivamente.

XI

Ya hemos dicho que el hijo de Malanĭ a había estado confiado a su tía hasta el regreso de Iván Petrovitch a Rusia. Aún no tenía ocho años cuando murió su madre; no la veía todos los días y la quería con pasión; el recuerdo de su triste y dulce rostro, de su melancólica mirada, de sus caricias furtivas, quedó grabado para siempre en su corazón; pero no comprendía claramente la posición de su madre en aquella casa: sentía que entre ambos se alzaba una barrera que ella no podía franquear. Tenía miedo de su padre, y su padre, por su parte, no lo acariciaba nunca; su abuelo le pasaba de cuando en cuando la mano por entre los cabellos y le permitía que se la besara; pero le llamaba salvajito y lo tenía por un niño imbécil. A lo, muerte de su madre, Glafyra se apoderó definitivamente de él.

Teodoro la temía. Sus ojos vivos y penetrantes, su fuerte voz, le espantaban: no se atrevía a, proferir una sílaba delante de ella; si trataba de moverse de la silla, le gritaba en seguida: «¿A dónde vas? A ver si te estás quieto.» Los domingos, después de misa, le permitían jugar: esto quería decir que le daban un grueso volumen, libro misterioso, compuesto por un tal Maksimotich-Abramovitch, y que se titulaba: *Símbolos y emblemas*. En aquel libro había una multitud de dibujos incomprensibles, con un texto no menos obscuro, en cinco lenguas. Un Cupido desnudo é hinchado desempeñaba un gran papel en aquellos dibujos. En uno de ellos, que tenía por título: El *azafrán* y el *arco iris*, se leía esta divisa: «El efecto de éste es más grande.» Debajo de otro que representaba una cigüeña, atravesando los aires con un ramo de violetas en el pico, se leía: «Todos te son conocidos. » Un Cupido junto a un oso que lamía a su cachorro, decía. «Poquito a poco.» Teodoro examinaba aquellos dibujos; los conocía todos hasta en sus menores detalles; algunos, los mismos siempre, le hacían reflexionar mucho tiempo, despertaban su joven imaginación; no conocía otras distracciones. Cuando llegó el momento de aprender música y lenguas extranjeras, Glafyra o Petrowna tomó, mediante un pobre salario, una vieja, sueca de origen, que hablaba regular el alemán y el francés, tocaba un poco el piano, y, sin aumento de sueldo, salaba admirablemente los cohombros. Teodoro pasó cuatro largos años en la sociedad de esta institutriz, de su tía y de una vieja criada llamada Wassiliewa. Sucedió a veces que el pobre niño se metía en un rincón, con el libro de divisas sobre las rodillas, y se pasaba allí horas enteras en aquella habitación baja, embalsamada por los geranios, iluminada por una pobre candela; el grillo dejaba oír su canto monótono, como si él también se aburriera; la péndola del reloj marcaba regularmente los segundos; un ratón oculto en la sombra roía y arañaba la tapicería, y las tres viejas, semejantes a las tres Parcas, movían vivamente y en silencio las agujas de sus medias: la sombra de sus brazos corría o temblaba por la pared, en la media luz, y extrañas visiones atravesaban el cerebro de niño. Nadie habría visto en él un ser interesante. Era pálido, pero grueso, mal formado y torpe, un verdadero *mujik*, al decir de Glafyra Petrowna; su palidez habría desaparecido en seguida si le hubieran hecho respirar con más frecuencia el aire libre. Aprendía pasablemente, aunque tuviera con frecuencia accesos de pereza; jamás lloraba, pero en cambio mostraba algunas veces una obstinación salvaje; en estos momentos nadie podía hacer carrera de él. Teodoro no amaba a nadie de los que le rodeaban... ¡Desgraciado aquel cuyo corazón no ha amado desde la infancia! Iván Petrovitch encontró a su hijo tal como acabamos de pintarlo, y sin perder tiempo se puso a aplicarle su sistema.

-Ante todo -decía a Glafyra Petrowna, - quiero hacer de él un hombre, y no solamente un hombre, sino un espartano.

Y para realizar aquel hermoso proyecto, Iván Petrovitch comenzó por vestir a su hijo a la moda escocesa. Se vio a aquel hombrecito de doce años pasearse con las piernas desnudas y una pluma de gallo en la gorra; la vieja institutriz sueca fue reemplazada por un joven suizo, maestro de gimnasia; la música fue abandonada para siempre como ocupación indigna de un hombre; las ciencias naturales, el derecho internacional, las matemáticas, la carpintería, para conformarse con los preceptos de Juan Jacobo Rousseau, y el blasón para mantener en él los sentimientos caballerescos: tales fueron los estudios a que debía entregarse el futuro espartano. Lo despertaban a las cuatro de la mañana, le daban una ducha de agua fría, le hacían correr con una cuerda alrededor de un poste, no comía más que una vez al día y un solo plato, montaba a caballo y tiraba la ballesta, a imitación de su padre, se ejercitaba en la fuerza de carácter cuando se presentaba la ocasión, y todas las noches hacía el balance del día y de sus impresiones personales. Iván Petrovitch, por su parte, le escribía instrucciones en francés, en las cuales le llamaba *mon fils* y le decía *vous*. Teodoro tuteaba a su padre cuando le dirigía la

palabra en ruso, pero no se atrevía a sentarse en su presencia. Este sistema anubló definitivamente las ideas del niño, y lo volvió casi imbecil; pero aquel nuevo género de vida ejerció al menos una influencia dichosa sobre su salud; Teodoro tuvo calenturas, se repuso en seguida y se hizo bien pronto un vigoroso mozo. Su padre estaba muy orgulloso de él, y lo llamaba en su extraño lenguaje: «El hijo de la naturaleza, mi obra, mi creación.» Cuando Teodoro cumplió dieciséis años, su padre se impuso como un deber inspirarle por adelantado el desprecio a la mujer, y el joven espartano, con su alma tímida y el primer bozo sobre el labio, lleno de savia, de fuerza y de pasión, hacía por aparecer indiferente, frío y brutal.

Pero el tiempo andaba de prisa. Iván Petrovitch pasaba la mayor parte del año en Lavriki (era su principal propiedad hereditaria), y durante el invierno iba solo a Moscú, donde habitaba en el hotel. Frecuentaba asiduamente el club, peroraba, exponía sus planes en los salones y aparentaba ser cada vez más anglomano, descontento, hombre político. Llegó el año 1825 y los males que lo acompañaron. Los vecinos más próximos, los amigos de Iván Petrovitch fueron presa de crueles tribulaciones. Iván Petrovitch se apresuró a retirarse al campo y se encerró en sus dominios. Pasó así un año, luego sintió de pronto que le abandonaban las fuerzas: su salud había desaparecido. Desde entonces, el libre pensador comenzó a frecuentar las iglesias, a hacer cantar *Te Deum*. El anglomano de otros tiempos se daba ahora a los baños rusos, comía a las dos, se acostaba a las nueve y se dormía al son de la charla de su mayordomo: el hombre político había quemado todos sus planes, toda su correspondencia; temblaba en presencia del gobernador; el hombre de la voluntad de hierro se quejaba y gemía cuando tenía un grano o le servían fría la sopa. Glafyra Petrowna se apoderó de nuevo del timón, y por la escalera de servicio comenzaron otra vez sus peregrinaciones hacia la «vieja hechicera» los mujiks y las diferentes autoridades de la aldea. Aquél era el nombre que le habían dado sus criados.

Teodoro quedó muy asombrado del brusco cambio que se había operado en su padre. Entraba entonces en sus diecinueve años, y comenzaba a reflexionar, a sacudir al fin el yugo de aquella mano que había pesado durante tanto tiempo sobre él; hasta había notado, antes de aquella época, cierta inconsecuencia entre las palabras y los actos paternos, entre sus teorías tan amplias, tan liberales, y su estrecho despotismo; pero no esperaba una transformación tan repentina. El viejo egoísta mostróse al desnudo de pronto. Preparábase el joven Lavretzky a partir para Moscú, a fin de prepararse para entrar en la Universidad, cuando una nueva desgracia, más inesperada que la otra, vino a herir a Iván Petrovitch: se quedó ciego de la noche a la mañana y sin esperanza de curación.

No tenía gran fe en la habilidad de los médicos rusos, y trató de obtener permiso para pasar la frontera. Su demanda fue negada.

Entonces cogió a su hijo, y durante tres años exploró toda Rusia, yendo de un médico a otro, viajando de ciudad en ciudad, y desesperando por su impaciencia y su debilidad de carácter a su hijo, a los médicos y a los criados. Cuando al fin volvió a Lavriki, ya no era más que un niño llorón y caprichoso. Entonces comenzó una serie de días tristes y penosos: todos tuvieron que sufrir las manías del viejo. Iván Petrovitch se apaciguaba sólo durante la comida: nunca había comido con tanta voracidad; el resto del tiempo, ni descansaba él ni dejaba descansar a los demás. Rezaba, murmuraba contra la suerte, maldecía la política, su sistema, y todo lo que antes constituía su orgullo y el objeto de sus creencias, todo lo que había presentado como ejemplo a su hijo; repetía sin cesar que no creía en nada, y luego volvía a sus rezos; no soportaba ni un instante de soledad y exigía que le hiciesen sin cesar compañía, de día como de noche junto a su sillón; que le contasen algo para distraerlo, e interrumpía los relatos a cada instante con exclamaciones de esta especie. «¿Qué cuentos son eso? ¡Qué tonterías!» Glafyra Petrowna era más que nadie su víctima; no podía, decididamente, pasarse sin ella, y ella se sometió hasta el fin a todos los caprichos del enfermo, aunque no se atreviera a contestarle siempre, desde luego para no denunciar, por el sonido de su voz, la cólera que la ahogaba. Vivió así dos años todavía, y murió en los primeros días de mayo, en el momento en que acababan de trasladarlo al balcón para colocarlo al sol. «¡Glafyra, Glacha; caldo, caldo en seguida, vieja loca!»- murmuró su lengua entorpecida; y sin acabar la última palabra, se calló para siempre. Glafyra Petrowna, que acababa de coger la taza de caldo que llevaba el mayordomo, se detuvo, miró fijamente a su hermano, hizo lentamente la señal de la cruz y se alejó en silencio; Teodoro, que se encontraba a dos pasos, tampoco dijo nada; se apoyó sobre la balaustrada del balcón y se quedó mucho tiempo inmóvil, sumergiendo sus miradas en el jardín, embalsamado, verdeante, resplandeciente con los dorados rayos de un sol de primavera. Tenía entonces veintitrés

años. Al presente se abría ante él la vida.

XII

El joven Lavretzky, después de haber enterrado a su padre, confió a la eterna, a la inmutable Glafyra Petrowna, la administración de sus propiedades y la vigilancia de sus intendentes, y partió para Moscú, adonde lo llamaba un sentimiento mal definido, pero irresistible. Se daba cuenta de los defectos de su educación, y resolvió recobrar, en cuanto pudiera, el tiempo perdido. Durante los últimos cinco años había leído mucho y visto un poco de mundo; en su cabeza se agitaban multitud de pensamientos; más de un profesor habría envidiado acaso algunos de sus conocimientos: y, sin embargo, ignoraba la mayoría de los elementos familiares a todo estudiante. Lavretzky se sentía un ser aparte, lo que le quitaba toda libertad. El anglomano había hecho un flaco servicio a su hijo; la educación caprichosa que había recibido el joven daba sus frutos. Largo tiempo se había resignado a la tiranía paternal; y cuando al fin comprendió a su padre, el mal estaba hecho, las costumbres estaban formadas, arraigadas; no sabía vivir con los hombres, y a los veintitrés años, turbado el corazón y lleno de una ardiente sed de amar, todavía no se había atrevido a alzar los ojos sobre una mujer. Con su espíritu claro y sano, pero de peso, con su tendencia a la obstinación, a la contemplación y a la pereza habría convenido que fuese lanzado temprano al torbellino de la vida, y, al contrario, se le había circunscrito en un aislamiento ficticio. Cuando se rompió el círculo mágico, quedó clavado en el mismo sitio, inmóvil y como replegado sobre sí. A su edad, parecía extraño que vistiese los hábitos estudiantiles, pero no temía las burlas; su educación espartana tenía de bueno el haberlo hecho indiferente al qué dirán, y sin pestañear se puso el uniforme. Dirigió sus estudios del lado de las ciencias físicas y matemáticas. Silencioso, robusto y barbudo, producía una impresión singular en sus compañeros; ¿cómo habían de sospechar aquellos jóvenes que, bajo la envoltura grave de aquel hombre, que seguía tan asiduamente los cursos de la Universidad, se ocultaba un corazón de niño? Para ellos no era más que un pedante original, con el cual no se cuidaban de trabar relaciones; él, por su parte, las evitaba. Durante los dos primeros años que pasó en la Universidad, Lavretzky no se asoció más que con un solo estudiante, que le daba lecciones de latín. Este estudiante llamado Michalewitch, gran entusiasta y poeta, tomó a Lavretzky un vivo cariño, y fue bien pronto la causa fortuita de un gran cambio en su existencia.

En aquella época estaba en toda su gloria el célebre actor Motchaloff, y Lavretzky no perdía ninguna de sus representaciones. Una noche que estaba en el teatro vio a una joven en un palco del primer piso; aunque toda mujer que pasaba cerca de su sombría persona le hacía habitualmente estremecerse, jamás había sentido una impresión parecida. La joven estaba inmóvil, apoyada en el antepecho del palco; la vida y la juventud animaban los graciosos rasgos de su rostro algo moreno; en sus hermosos ojos, cuyas miradas dulces y atentas estaban protegidas bajo la franja de sus largas pestañas, chispeaba la inteligencia, que se revelaba en la picante sonrisa de sus expresivos labios, en la misma postura de su cabeza, de sus brazos, de su cuello. Vestía de un modo encantador. Al lado de ella estaba sentada una mujer de unos cuarenta y cinco años, descotada, con una toca negra en la cabeza, sonriendo de un modo cándido y con aire preocupado. En el fondo del palco se ostentaba con aire majestuoso un hombre envuelto en un gran levitón y en una alta corbata. La expresión de sus ojillos era a la vez insinuante y recelosa; tenía el bigote y las patillas teñidas, una enorme frente insignificante y las mejillas arrugadas; todo denunciaba en él un general retirado.

Lavretzky no separaba sus miradas de la joven, cuando de pronto se abrió la puerta del palco para dejar entrar a Michalevitch. La aparición de aquel hombre -el único por decirlo así que conocía en Moscú,- al lado de la joven que absorbía tan vivamente su atención, pareció a Lavretzky un hecho extraño y significativo. Siguió mirando al palco, y notó que todas las personas que allí había parecían tratar a Michalevitch como a un antiguo conocido. Lo que pasaba en la escena dejó de interesar a Lavretzky; el mismo Motchaloff, muy inspirado aquella noche, no produjo en él su impresión habitual. En un pasaje muy patético de la pieza, Lavretzky se volvió involuntariamente del lado de la joven: ésta se había inclinado hacia adelante; su rostro estaba lleno de fuego. Bajo la influencia, la mirada del joven, sus ojos, fijos en la escena, se bajaron lentamente hacia él. Toda la noche estuvo viendo aquellos ojos. El dique, tan hábilmente construido, se había roto al fin; Lavretzky temblaba, se ahogaba, y al día siguiente fue a buscar a Michalevitch. Supo por su amigo que, la hermosa joven se llamaba Varvara Pavlowna Korobine, que las dos personas sentadas en el palco eran su padre y su madre, y que Michalevitch había hecho conocimiento con ellos hacía un año próximamente, durante su

estancia, como preceptor, en casa del conde N***, su vecino de campo. El poeta hablaba de Varvara Pavlowna con grandes elogios.

-¡Ah, amigo mío! -exclamó con un acento contenido y musical que le era propio, -esa joven es un ser asombroso; tiene el fuego sagrado, es una naturaleza de artista en toda la extensión de la palabra; y además ¡es tan buena!

Las preguntas multiplicadas de Lavretzky, hicieron notar a su amigo la impresión que Varvara Pavlowna había producido en su espíritu; le propuso presentarlo, añadiendo que era amigo de la casa, que el general no era un hombre orgulloso, y que la madre no era buena más que para comer paja. Lavretzky enrojeció, balbuceó algo ininteligible, y huyó. Luchó contra su timidez durante cinco días; al sexto, el joven espartano se puso un frac nuevo y se entregó en manos de Michalevitch; éste, que era, por decirlo así, de la casa, se limitó a arreglarse el peinado, y ambos se dirigieron a casa de los Korobine.

XIII

El padre de Várvara Pavlowna, Petrowitch Korobine, era un mayor general retirado.. Había pasado su vida en Petersburgo, en el servicio; en su juventud tuvo reputación de buen oficial y de hábil danzarín. No teniendo fortuna, debió resignarse mucho tiempo a ser ayudante de campo de dos o tres generales de poco renombre, y acabó por casarse con la hija de uno de ellos, que le llevó en dote unos veinte mil pesos. Había estudiado, hasta en sus últimos secretos, las combinaciones trascendentales de las maniobras militares, y después de veinticinco años de este inteligente oficio, llegó a general. Puesto a la cabeza de un regimiento habría podido descansar y redondear dulcemente su fortuna, como había concebido la esperanza hacía mucho tiempo; pero quiso ir demasiado de prisa. Había imaginado un nuevo sistema, seguro y pronto, de hacer prosperar en su provecho el dinero de la Corona. Este medio, a lo que apreciaba, era excelente, pero el inventor no supo ser generoso a tiempo; fue denunciado; y aquello no fue solamente un asunto desagradable, resultó también una historia muy fea. El general salió del asunto de no muy buena manera. Su carrera militar estaba perdida. Le invitaron a dejar el servicio. Durante dos años siguió viviendo en Petersburgo, esperando un destino civil bastante lucrativo; el destino no llegó. Su hija acababa de salir del colegio, y los gastos aumentaban cada día... El general resolvió, bien a pesar suyo, adoptar la vida barata de Moscú. Alquiló en la calle de las Caballerizas una casa pequeña y baja, decorada con un escudo blasonado, de una toesa de alto, en el tejado, y comenzó la vida de general retirado en Rusia, con un sueldo de 2.750 pesos de plata al año.

Moscú es una población eminentemente hospitalaria cualquier advenedizo encuentra allí buena acogida: ¿cómo no había de ser bien acogido un general? La marcial figura de Pavel Petrowitch, surgió bien pronto en los primeros salones de la capital. Su calva frente, los ralos mechones de sus cabellos teñidos, su cordón de Santa Ana, sucio, y ajado, su corbata de ala de cuervo, todo esto fue bien pronto conocido de esos pálidos jóvenes que pasan el tiempo entre las mesas de juego durante el baile. Pavel Petrowitch supo perfectamente tomar una actitud en la sociedad: hablaba poco, gangueando ligeramente, por antigua costumbre militar, excepto delante de sus superiores: jugaba con prudencia, comía moderadamente en su casa y como seis en las ajenas. De su mujer no hay casi nada que decir: se llamaba Calliopa Carlowna; sus ojos inquietos estaban siempre llorando, en virtud de que Calliopa, por ser de origen alemán, se creía muy sensible; tenía constantemente un aire inquieto y temeroso, llevaba trajes, muy ajustados, de terciopelo, y tocas y brazaletes de oro mate. Su hija única, Varvara Pavlowna, tenía dieciocho años cuando dejó el colegio de*** de donde pasaba por la alumna más inteligente, si no la más bella, y la música más completa. Cuando Lavretzky la vio por primera vez, todavía no tenía diecinueve años.

XIV

Al espartano le temblaban las piernas cuando fue presentado por su amigo en el triste salón de los Korobine. Este primer sentimiento de temor se disipó bien pronto; la llaneza natural en los rusos se aumentaba en el general con su manera de ser, llena de una obsequiosidad particular. A su mujer apenas si se la notaba; en, cuanto a la joven, era amable con tanta naturalidad, que ante ella todos se encontraban sin la menor cortedad, y, por decirlo así, como en su casa. Toda su graciosa persona, sus ojos sonrientes, sus redondos hombros, sus manos de un rosa mate, su andar indolente, el lánguido sonido de su voz, todo revelaba un encanto púdico, difícil de expresar, pero que esparcía cierto perfume de voluptuosidad y hacía nacer sentimientos que no se parecían en nada a los de la timidez.

Lavretzky habló del teatro y de la representación de la víspera; ella dirigió la conversación en seguida sobre el talento de Motchaloff, y sin pararse en las exclamaciones y en los suspiros, formuló algunos juicios justos y que indicaban un espíritu femenino muy sutil. Michalewitch habló de música; ella, sin afectación, se puso al piano y tocó algunas mazurcas de Chopín, que comenzaba a estar de moda. Llegó la hora de la comida; Lavretzky quiso retirarse, pero lo retuvieron; en la mesa, su huésped lo obsequió con un excelente Laffitte, que el criado del general corrió a comprar a casa de Depret. Lavretzky volvió muy tarde a su casa aquella noche, y estuvo mucho tiempo sentado sin desnudarse, con la mano puesta sobre los ojos, inmóvil, encantado. Parecía que aquel día es cuando había comenzado a comprender lo que da valor a la vida; todos sus planes, todas sus resoluciones, todo aquel vacío y aquella nada de otros tiempos desaparecieron de repente; todo su ser se concentró en un sentimiento único; el ansia, un ansia desenfadada de dicha, de posesión, de amor, de dulce amor de una mujer. A contar de aquel día, hizo frecuentes visitas a los Korobine. Seis meses después formuló su declaración a Varvara Pavlowna y pidió su mano. La pretensión fue bien acogida; el general hacia mucho tiempo, si no fue a la primera visita de Lavretzky, que se había informado de su amigo, acerca de su posición; Varvara misma, sin perder su serenidad y su igualdad de humor, durante todo el tiempo en que le hizo la corte el joven y acaso en el intento en que él le abría su corazón, Varvara no perdió ni un momento de vista la fortuna del pretendiente.

-Mi hija hace un gran matrimonio- se dijo Calliopa Carlowna.

Y se compró un nuevo gorro.

XV

La petición no fue aceptada sin poner algunas condiciones. En primer lugar, Lavretzky tuvo que dejar la Universidad; ¿quién se casa con un estudiante? Y además, ¿no era una ridiculez seguir los cursos a los veintiséis años, como un escolar, siendo rico y propietario? En segundo lugar, Varvara Pavlowna se tomó ella misma el trabajo de encargar el equipo y de comprar los regalos de boda. Tenía un gran sentido práctico, mucho gusto, un vivo amor al *confort* y una perfecta habilidad para dirigirlo. Lavretzky quedó sobre todo maravillado de esta habilidad, cuando dos o tres días después de su matrimonio partió para Lavriki con su mujer en un carruaje de camino, cómodo y elegante, que había comprado ella. ¡Cómo estaba previsto allí todo! Las bolsas del carruaje estaban llenas de hermosos *necessaires*, de cafeteritas y de otros mil lindos cachivaches ¡Y con qué gracia preparaba para Pavlowna el desayuno! Lavretzky no estaba, por otra parte, en situación de observar; nada en la dicha y se sumergía en ella como un niño. ¿No era inocente como un niño aquel joven Alcides?... No en vano esparcía toda la persona de la joven alrededor suyo un encanto indescriptible; no en vano prometía tantos tesoros de ternura: aun dio más de lo que prometía.

A su llegada a Lavriki, en la fuerza del verano, encontró la casa triste y sucia y a los criados viejos y ridículos; pero se guardó muy bien de decir una palabra a su marido. Si hubiera tenido intención de establecerse en Lavriki, lo habría cambiado todo, comenzando naturalmente por la casa; pero ni por un momento de la ocurrió la idea de encerrarse en aquel oscuro rincón; vivía allí como se vive en una tienda, resignándose a todos los inconvenientes de su pasajera morada y encontrando en ello motivo para reír. Marpha Timofeevna, fue a ver a Lavretzky; gustó mucho a Varvara Pavlowna, pero ésta no gustó nada a la anciana señora. La joven dueña de la casa tampoco se avino bien con Glafyra, Petrowna; sin esfuerzo habría dejado a ésta tranquila, pero su padre el general tenía ganas de poner mano en los negocios de su yerno. No sentaba mal, decía, ni a un general, administrar la fortuna de un pariente tan próximo. Nos permitimos suponer que tampoco habría desdeñado Pavel Petrowitch ocuparse de las propiedades de un hombre que le hubiera sido completamente extraño si hubiera encontrado la ocasión de hacerlo. Varvara Pavlowna llevaba su plan de ataque de un modo muy hábil; sin avanzar demasiado, y por completo sumergida, al parecer, en las delicias de la luna de miel y en las dulzuras de la vida campestre, ocupada en músicas y en lecturas, condujo las cosas hasta el punto de que, una mañana, Glafyra Petrowna entró en el cuarto de su sobrino, tiró el manojo de llaves sobre una mesa, y le anunció que ya no podía seguir con la dirección de la casa y que iba a abandonar ésta. Lavretzky, debidamente preparado para esta escena, consintió en seguida en la marcha de su tía. Glafyra no esperaba de ningún modo esta respuesta.

-Está bien -dijo.

Y su mirada se puso sombría.

-Veo que estoy demás, -continuó -ya sé quién me echa de aquí, de mi nido paterno. Pero, acuérdate de mis palabras, sobrino, tu, no harás tu nido en ninguna parte, andarás errante de un sitio a otro toda tu vida: ésta es mi maldición.

Aquel mismo día se retiró a su pequeña propiedad, y al cabo de una semana llegó el general, que tomó en seguida las riendas del gobierno, con aires melancólicos en las miradas y en las maneras.

En septiembre, Varvara Pavlowna llevó a su marido a Petersburgo. Pasó allí dos inviernos los veranos habitaba en Zarskoé-Sélo- en una deliciosa habitación adornada con elegancia y gusto; el joven matrimonio hizo muchas relaciones en la buena y hasta en la alta sociedad de Petersburgo. Salían mucho, recibían y daban magníficos bailes y *soirées* musicales. Varvara atraía a los visitantes como la llama atrae a las mariposas. Aquella vida de continuas distracciones no era del todo del gusto de Lavretzky. Su Mujer le excitaba a entrar en el servicio; pero él, sea por respeto a los sentimientos de su padre, sea por convicciones personales, no quería servir, y seguía en Petersburgo por complacer a su mujer. Sin embargo, advirtió bien pronto que nadie le impedía aislarse, que no en vano se le había arreglado el despacho más confortable de todo Petersburgo; notó que su mujer, siempre llena de atenciones para él, estaba dispuesta a facilitarle sus horas de retiro y de estudio, y desde entonces todo fue muy bien.. Se volvió a dedicar a su educación, no acabada según creía; comenzó otra vez sus lecturas y se puso a estudiar inglés. ¡Extraño espectáculo el de aquel hombre robusto, ancho de hombros, inclinado siempre sobre su mesa, con su cara redonda, colorada y cubierta de una espesa barba, sepultado entre papeles y libros! Pasaba las mañanas trabajando; comía bien -su mujer

era una ama de casa perfecta,- y por la noche entraba en aquel mundo encantado, perfumado, brillante, poblado de figuras jóvenes y sonrientes, en aquel mundo de que su mujer era el centro, el eje. Varvara dio un hijo a su marido; el niño no vivió más que algunos meses; murió en la primavera, y al verano, Lavretzky, por consejo de los médicos, llevó a su mujer al extranjero a tomar baños. Necesitaba distracciones después de la pena que acababa de experimentar, y, por otra parte, el estado de su salud reclamaba un clima más dulce. La joven pareja pasó el otoño en Alemania y en Suiza, y el invierno en París. Varvara Pavlowna no tardó en reponerse por completo, y hasta embelleció mucho.

En París supo hacerse su nido tan pronto, tan hábilmente como en Petersburgo. Tenía una casa muy elegante, en una de las calles más tranquilas y más *fashionables* de la capital. Obligó a su marido a hacerse una bata como no había tenido nunca; tomó a su servicio una doncella elegante, una excelente cocinera y un lacayo de los más listos, y compró un hermoso carruaje y un magnífico piano. Apenas había pasado una semana, y ya atravesaba las calles, llevaba su chal, abría su sombrilla y se ponía los guantes como una verdadera parisién. Tampoco tardó mucho en formarse un círculo de relaciones; al principio no se compuso más que de rusos; después comenzaron a aparecer franceses amables y bien educados, solteros, gentes de bellas maneras y que tenían nombres sonoros. Hablaban todos con animación y volubilidad, saludaban con gracia, miraban con dulzura y mostraban los blancos dientes entre labios de rosa. ¡Cómo sabían sonreír! Cada uno de ellos llevaba a sus amigos, y bien pronto la hermosa señora de *La-vretzky* fue conocida desde la Calzada de Antin hasta la calle de Lille. En aquella época (esto pasaba en 1836) aún no había comenzado a esparcirse esa raza de periodistas y de cronistas que hormiguean ahora por todas partes; sin embargo, acudía al salón de Varvara Pavlowna un tal Edouardo, de un exterior poco agradable, de detestable reputación, servil o insolente a la vez, como todos los duelistas y los hombres abofeteados. Aquel Edouardo desagradaba mucho a Varvara Pavlowna, pero lo recibía porque escribía en algunos periódicos y hablaba continuamente de ella, nombrándola en tanto la *señora de L-tzky*, en tanto la señora de*** *esa gran dama rusa tan distinguida que vive en la calle de P...* contaba a todo el universo, es decir, a algunos centenares de suscriptores a quienes nada interesaba la *señora de L-tzky*, lo amable y encantadora que era esta dama, una verdadera francesa por el ingenio (los franceses no conocen mayor elogio), que poseía un talento excepcional para la música y valsaba de un modo arrebatador. Varvara Pavlowna valsaba, en efecto, de tal modo, que arrastraba todos los corazones en las ondulaciones de su vaporosa falda. En una palabra, esparcía su fama por el mundo, lo que siempre halaga bastante. La Mars había abandonado ya la escena, en la que todavía no había aparecido la Rachel. Varvara iba mucho al teatro. La música italiana le encantaba; las ruinas de Odry la hacían reír; bostezaba de la manera más correcta en la Comedia Francesa; y lloraba viendo a la Dorval en los dramas ultrarománticos. Pero lo que tenía más precio a sus ojos es que ¡Liszt había tocado dos veces en su casa, y había estado muy amable! Al fin de aquel invierno, pasado tan agradablemente, Varvara Pavlowna hasta fue presentada en la corte. Fedor Ivanowitch, por su parte, no se aburría; algunas veces, sin embargo, su vida le apreciaba pesada, pesada por su misma frivolidad. Leía los periódicos, seguía los cursos de la Sorbona y del Colegio de Francia, escuchaba las discusiones de las Cámaras y había emprendido la traducción de una obra científica, muy conocida, sobre riegos.

-No pierdo mi tiempo, -se decía- todo esto es útil; pero es preciso absolutamente que yo vuelva a Rusia el invierno próximo y que me ponga a la obra.

¿Sabía con toda precisión él mismo en qué , consistía aquella obra, y si podría volver tan pronto a Rusia? Entretanto debía partir con su mujer para Baden-Baden. Un acontecimiento inesperado vino a echar por tierra todos sus proyectos.

XVI

Al entrar un día en el gabinete de Varvara en su ausencia, Lavretzky vio en el suelo un papelito cuidadosamente doblado. Lo cogió, lo desdobló maquinalmente, y leyó las líneas siguientes escritas en francés:

«Betty, mi querido ángel (no puedo decidirme a llamarte ni Bárbara, ni Varvara), te he esperado en vano en la esquina del boulevard. Ven mañana a la una y media a nuestro cuartito. A esa hora, el tonto de tu marido está ordinariamente absorto en sus libros. Cantaremos de nuevo aquella romanza de vuestro poeta Pouschkine que me has enseñado. *Viejo marido, marido feroz*. Mil besos en tus manos y en tus lindos pies. Te espero. -Ernesto. »

Lavretzky no comprendió al pronto lo que había leído, lo leyó otra vez y perdió la cabeza. Sentía que el piso se le iba bajo de los pies como el puente de un barco sacudido por las olas. De pronto lanzó un grito, se ahogaba; sus ojos se llenaron de lágrimas. Su razón se extraviaba. ¡Tenía en su mujer una confianza tan absoluta! Jamás se había presentado a su espíritu la idea de que pudiera engañarlo. Aquel Ernesto, el amante de su mujer, un lindo rubio de veintitrés años, era, con su bigotito y su nariz remangada, el ser más nulo entre todas sus relaciones. Pasaron así algunos minutos, hasta una media hora. Lavretzky seguía en el mismo sitio arrugando en su mano el fatal billete y fijando en el suelo una mirada extraviada; pareciale ver, a través de un sombrío torbellino, girar pálidas figuras; sentíase desfallecer; el suelo huía bajo sus pies y se sentía deslizarse en un abismo.

El roce muy conocido de una falda lo sacó de su entorpecimiento. Varvara Pavlowna tocada con su sombrero y con su chal sobre los hombros, volvía precipitadamente de paseo. Lavretzky se estremeció y huyó; sentía que en aquel momento era capaz de hacerla pedazos, de aplastarla con la rabia de un mujik, de estrangularla con sus propias manos. Varvara Pavlowna, sorprendida, quiso detenerlo; él pudo apenas murmurar «Betty», y se precipitó fuera de la casa.

Lavretzky se lanzó en un carruaje y se hizo conducir fuera de la población. Anduvo errante todo el resto del día y toda la noche, hasta la mañana, deteniéndose sin cesar y retorciéndose las manos; en tanto estaba como loco, en tanto experimentaba accesos de absurda alegría. Hacia la mañana, sintiendo que el frío lo penetraba, entró en una mala posada del arrabal, pidió un cuarto y se sentó junto a una ventana. Acometióle un bostezo nervioso. Apenas podía sostenerse sobre sus piernas, y no sentía la fatiga, aunque su cuerpo estaba rendido. Seguía sentado, mirando ante sí, y no comprendía nada; no comprendía lo que le había sucedido, por qué se encontraba solo, entumecidos los miembros, amarga la boca, oprimido el pecho, en un cuarto vacío y desconocido; no comprendía lo que había podido llevarla a ella, a su Varnika, a entregarse a aquel fatuo, y cómo habría podido, sintiéndose culpable, afectar aquella calma, prodigarle las mismas caricias, atestiguarle la misma confianza. «No comprendo nada - murmuraban sus labios secos. ¿Quién sabe, si ya en Petersburgo ... ?» Y se interrumpía, volvía a bostezar y a estremecerse, estiran o todos sus miembros. Los recuerdos rientes o tristes lo atormentaban del mismo modo; recordaba que pocos días antes se había puesto ella al piano, en presencia de Ernesto, y a sus propios ojos, y que cantó: *Viejo marido, marido feroz*. Recordaba la expresión de su rostro, el extraño brillo de sus ojos, el encarnado de sus mejillas, y se levantaba de la silla, quería correr hacia ellos y decirles: «Habéis - hecho mal en jugar conmigo. Mi abuelo era implacable con sus campesinos y él mismo era campesino.» Luego los habría inmolado a los dos. Pareciale en seguida que todo lo que le sucedía era un sueño, una loca alucinación, que no tenía más que sacudirse y mirar alrededor suyo para que se desvaneciera. Pero el dolor se hundía cada vez más en su corazón como la garra del buitre en las carnes de su presa. Para colmo de desdichas, Lavretzky esperaba ser padre dentro de algunos meses. El pasado, el porvenir, toda su vida estaba emponzoñada. Volvió al fin a París, entró en un hotel, y envió a Varvara Pavlowna el billete de Ernesto con la carta siguiente:

«El papel adjunto se lo explicará todo. A este propósito me permitiré decir a usted que no he reconocido su prudencia habitual: ¿cómo se pueden dejar arrastrar por los suelos papeles de esta importancia? (Esta palabra la había preparado el pobre Lavretzky y acariciado durante muchas horas). Yo no puedo volver a verla; creo que tampoco lo deseará usted. Le fijo una pensión de 3.000 pesos; no puedo darle más. Envíe usted sus señas a mi administrador. Haga lo que quiera. Viva donde le plazca. Sea usted dichosa. Es inútil que responda.»

Aunque decía a su mujer que no le escribiera, Lavretzky esperaba con ansiedad una

respuesta que le explicara aquella extraña aventura. Varvara le envió aquel mismo día una carta escrita en francés, que le dio el último golpe; se desvanecieron las dudas que le quedaban y se avergonzó de haberlas conservado. Varvara Pavlowna no se justificaba; deseaba únicamente verle y le suplicaba que no la condenase de una manera irrevocable. La carta era fría y afectada, aunque se vieran en muchos sitios de ella trazas de lágrimas. Lavretzky sonrió amargamente, y contestó con el mensajero, que estaba bien. Tres días después ya no estaba en París; pero en vez de volver a Rusia, tomó el camino de Italia. El mismo no sabía por qué había escogido aquella comarca más bien que otra; ¿qué le importaba el sitio con tal que no tuviera que volver a su casa? Envío a su administrador órdenes concernientes a la pensión de su mujer, mandándole al mismo tiempo que recibiese inmediatamente de manos del general Korobine la dirección de todos sus asuntos, sin esperar a que rindiese cuentas, y que tomase las medidas necesarias para la partida de su excelencia. Se representaba la turbación, la dignidad herida del general despedido, y, a despecho de su propia desgracia, experimentaba una especie de alegría rencorosa. Escribió también a Glafyra Petrowna rogándola que volviese a Lavriki y le envió su poder; pero Glafyra Petrowna no volvió a Lavriki e hizo publicar en los periódicos que el poder era nulo y no convenido, y que por lo demás era completamente inútil.

Retirado en una pequeña población de Italia, Lavretzky no pudo renunciar a seguir los movimientos de su mujer. Supo por los periódicos que, según su antiguo proyecto, había salido de París para Baden. Su nombre apareció bien pronto en un artículo firmado por aquel mismo Edouardo: se veía asomar allí, a través de la sequedad natural del estilo, cierta conmiseración afectuosa que produjo en Fedor Ivanowitch un sentimiento de repugnancia. Supo después que era padre de una niña; al cabo de dos meses su administrador le anunció que Varvara Pavlowna había reclamado el primer trimestre de su pensión. Comenzaban a circular los rumores más desagradables y, en fin, todos los periódicos se hicieron eco de una historia tragicómica, en la que su mujer desempeñaba un papel poco honroso. Aquello era un hecho: Varvara Pavlowna había llegado a ser una, celebridad.

Lavretzky dejó de ocuparse de ella; pero le costó mucho. Algunas veces sentíase acometido de un deseo tan ardiente de volver a verla, que habría dado todo, que lo habría perdonado todo por oír aún aquella voz acariciadora y sentir su mano entre las suyas. Sin embargo, el tiempo reclamaba sus derechos. No había nacido para sufrir; su naturaleza vigorosa se sobrepuso. Explicóse entonces muchas cosas: el mismo golpe que le había herido no le pareció tan imprevisto; comprendió a su mujer. No se conoce bien a aquellos con quien se vive habitualmente sino cuando se está lejos de ellos. Pudo volver al estudio, aunque ya no fue con el mismo ardor; el escepticismo para el cual estaba preparado, tanto por la experiencia de su vida como por la educación que había recibido, se apoderó definitivamente de su alma. Se hizo indiferente a todo. Así pasaron cuatro años, y entonces sintió la fuerza de regresar a su patria y de volver a ver a los suyos. No se detuvo ni en Petersburgo ni en Moscú, y llegó a la ciudad de O... donde lo hemos dejado y adonde rogamos al lector benévolo que vuelva ahora con nosotros.

XVII

Al día siguiente, del que hemos hablado, entraba Lavretzky, a las diez, en la casa de los Kalitine; encontró a Lisa con el sombrero y los guantes puestos.

-¿Adónde va usted? -le preguntó.

-A misa; hoy es domingo.

-¿Tiene usted costumbre de ir a misa?

Lisa lo miró con asombro sin contestar.

-Perdóneme -dijo Lavretzky,- no es eso lo que yo quería decir. He venido a despedirme de usted. -Dentro de una hora me voy al campo.

-¿Muy lejos de aquí?

-A veinticinco verstas.

En aquel momento apareció en el umbral Lenotchka acompañada una sirvienta.

-¿No nos olvidará usted, verdad? -dijo Lisa bajando la escalinata del vestíbulo.

-No me olvide usted tampoco. Y además... escuche - añadió,- puesto que va a misa rece también por mi.

Lisa se detuvo, y volviéndose hacia él:

-Con mucho gusto - dijo mirándolo a la cara, -rezaré también por usted. Vamos, Lenotchka.

En el salón, Lavretzky encontró a María Dmitrievna completamente sola. Olía a agua de Colonia y a menta, y decía haber sufrido mucho de la cabeza y pasado una noche agitada. Lo recibió con una lánguida amabilidad, y su lengua se soltó poco a poco.

-¿No es verdad que Vladimiro Nikolaewitch es un joven muy agradable?

-¿Quién es Vladimiro Nikolaewitch?

Pues Panchine, el que estaba aquí ayer. Usted le ha agradado mucho; le diré en secreto, *mi querido primo*, que está enamorado locamente de mi Lisa. Es de buena familia, tiene buen destino y talento, además es gentilhomme de cámara; y si tal es la voluntad de Dios, yo, como madre de familia, accederé con placer a sus pretensiones. Nuestra responsabilidad es ciertamente muy grande; la felicidad de los hijos depende de los padres, y es preciso confesar que, hasta aquí, bien o mal, he sido yo sola, tal como me veis, la que he criado a los niños y me he ocupado de su educación. Hasta he hecho venir últimamente un haya de casa de la señora de Bulous.

Y María Dmitrievna comenzó la enumeración de sus cuidados, de sus esfuerzos, de sus sentimientos maternos. Lavretzky la escuchaba en silencio, y daba vueltas al sombrero entre sus manos; su mirada fría é insistente, turbó a la buena señora en medio de su charla.

-¿Y cómo encuentra usted a Lisa?

-Lisaveta Michailowna es una encantadora joven - respondió Lavretzky.

Después se levantó, saludó y subió a las habitaciones de Marpha Timofeevna. María Dmitrievna lo siguió con una mirada descontenta: «¡Qué lobo de mar, qué ordinario! - pensó.- ¡Oh! Ahora me explico que su mujer no le haya sido fiel.»

Marpha Timofeevna estaba en su cuarto rodeada de su estado mayor, que se componía de cinco seres, casi todos igualmente queridos a su corazón; un cuellirrojo sabio que tenía mala la garganta y al que ella había tomado cariño desde que él no podía ni silbar ni tirar de su cubo de agua; Roska, un perrillo medroso y dulce; Matros, un gato de la peor especie; una niña morena y muy viva, de unos nueve años, de grandes ojos y nariz aguda, a la que llamaba Schourotschka ⁽¹⁾, y, en fin, Nastasia Karpowna Ogarkoff, mujer de unos cincuenta y cinco años, cubierta con un gorro blanco y una pequeña *katzaveika* oscura sobre un vestido de color sombrío. La niña Schourotschka era de baja burguesía y huérfana. Marpha Timofeevna la había recogido por lástima, así como a Roska; los había encontrado en la calle; los dos estaban flacos y hambrientos, los dos calados por la lluvia de otoño; nadie reclamó al perrillo; en cuanto a la niña, su tío, un zapatero borracho que no tenía que comer y que pegaba a su sobrina en vez de alimentarla, la cedió de buena gana a la vieja señora. En fin, Marpha Timofeevna vio a Nastasia Karpowna en un convento, adonde había ido en peregrinación.

Le gustó porque rogaba a Dios *con buen apetito*, según la pintoresca expresión de la buena señora. Se acercó a ella en la iglesia y lo rogó que fuera a tomar una taza de té a su casa. Desde aquel día fueron inseparables. Nastasia Karpowna era una hidalguilla, viuda y sin hijos; tenía un carácter muy alegre y muy acomodaticio; la cabeza redonda y gris, manos blancas y suaves, algo gruesas, un rostro agradable a pesar de sus rasgos un poco ordinarios y una nariz de forma bastante cómica. Profesaba a Marpha Timofeevna una especie de culto, y ésta, por su parte, la amaba infinitamente, lo que no le impedía

darle matraca de cuando en cuando sobre la sensibilidad de su corazón; porque sentía debilidad por los jóvenes, y la broma más inocente la hacía ruborizarse como una niña. Toda su fortuna consistía en una pensión de 1.200, pesos vivía a expensas de Marpha Timofeevna, pero sobre cierto pie de igualdad; Marpha Timofeevna no habría tolerado ningún servilismo al lado suyo.

-¡Ah, Fedia! -dijo así que vio a Teodoro, -anoche no viste a mi familia; admírala ahora. Aquí estamos reunidos todos para el té: es el segundo; el de los días de fiesta. Puedes acariciar a todo el mundo: sólo que la arisca Schourostchka no te dejará hacer, y el gato te arañará. ¿Te vas hoy?

-Hoy mismo.

Lavretzky se sentó en una sillita baja.

-Ya me he despedido de María Dmitrievna y hasta he visto a Liseta Michailowna.

-Puedes llamarla Lisa a secas; para ti no es Michailowna... Si no te estás quieto vas a romper la silla de la Schourotschka.

-La he visto ir a misa; ¿es devota?

-Sí, mucho más que nosotras dos.

-¿No es usted también piadosa? -dijo Nastasia Karpowna -Si aún no ha ido a la primera misa, vaya a la última.

-A fe mía, no, irás tú sola; me voy haciendo muy perezosa; me echo a perder tomando té.

Tuteaba a Nastasia Karpowna, aunque la tratara de igual a igual; pero no en vano era una Pestoff. Tres Pestoff están inscritos en el libro conmemorativo de Juan el Terrible. Marpha Timofeevna lo sabía.

-Dígame usted -continuó Lavretzky- María Dmitrievna acaba de hablarme de ese señor... ¿Cómo se llama?... Me parece que Panchine. ¿Qué clase de hombre es?

-¡Dios, qué parlanchina! -refunfuñó Marpha Timofeevna. - Estoy segura de que te ha dicho, bajo secreto, que pretende a su hija. No le basta, a lo que parece, chismear con un hijo de sacerdote; no, esto no le basta. Nada hay serio todavía, sin embargo, ¡y gracias a Dios! pero es preciso que ella charle.

-¿Y por qué gracias a Dios? -preguntó Lavretzky.

-Porque no me gusta ese joven.

-¿No le gusta?

-No puede seducir a todo el mundo. ¿No es bastante que Nastasia Karpowna esté enamorada de él?

-¿Y puede usted decir eso? -exclamó la pobre viuda asustada. - ¿No teme usted a Dios?

Y un rubor repentino se esparció por su cara y su cuello.

-Y bien que sabe el bribón -continuó Marpha Timofeevna, - bien que sabe cómo cautivarla: le ha regalado una tabaquera. Fedia, pídelas un polvo, y verás qué tabaquera tan hermosa. Mejor harías, querida, en no justificarte.

Nastasia Karpowna no se defendió más que con un gesto de denegación.

- ¿Le gusta a Lisa? -preguntó Lavretzky.

-Parece gustarle. Por lo demás, ¡Dios sabe! El alma del prójimo es una selva oscura, sobre todo el alma de una joven. ¡Mira, atrévete a profundizar en el corazón de la traviesa Schourotschka! ¿Por qué se oculta, y no se va, desde que tu has llegado?

La niña soltó una carcajada contenida hacia mucho tiempo, y escapó. Lavretzky se levantó.

-Sí -dijo lentamente,- ¿quién puede adivinar lo que pasa en el corazón de una joven?

Y se dispuso a retirarse.

-Y bien, ¿cuándo te volveremos a ver? -preguntó Marpha Timofeevna.

-Según, tía; no me voy muy lejos.

-Sí, te vas a Wassiliewskoe. No quieres fijarte en Lavriki; esto es cuenta tuya; pero ve siquiera a visitar la tumba de tu madre, y también la de tu abuela. Has aprendido mucho en el extranjero; y sin embargo, ¡quién sabe! Acaso sentirán ellas en el fondo de su tumba que has ido a verlas. Y no te olvides, querido, de hacer decir una misa por el reposo del alma de Glafyra Petrowna. Aquí tienes un peso en plata. Tómalo; soy yo quien quiere, decir esa misa. Cuando vivía, no la amaba, pero hay que hacerla justicia; era una mujer de carácter y de talento, y además, no te olvidó. Ahora, que Dios te guíe; acabaré por fastidiarte.

Y Marpha Timofeevna abrazó a su sobrino.

-En cuanto a Lisa no se casará con Panchine, no te inquietes. No es un marido de esa especie el que necesita.

-Pero si no me inquieto de ningún modo... -respondió Lavretzky alejándose.

¹ *Schourotschka*, en ruso, quiere decir *guiñosa*.

XVIII

Cuatro horas después estaba en camino, y su *tarantass* rodaba rápidamente por uno de atajo. Hacía dos semanas que reinaba una gran sequía; una ligera niebla esparcía en la atmósfera un tinte lechoso y ocultaba los bosques lejanos; notábase como olor a quemado; obscuras nubecillas dibujaban sus contornos indecisos sobre el cielo de un azul claro: un viento bastante fuerte soplaba a ráfagas secas que no refrescaban el aire. Con la cabeza apoyada en los almohadones del carruaje y los brazos cruzados sobre el pecho, Lavretzky dejaba errar sus miradas sobre los campos labrados que se desarrollaban ante él, en abanico, sobre los citisos que parecían huir sobre los cuervos y las urracas que seguían con ojos estúpidamente recelosos el vehículo que pasaba, y sobre los largos surcos sembrados de artemisa y de ajenjo. Miraba el horizonte; y aquella soledad de las estepas, tan desnuda, tan fresca, tan fértil, aquella verdura, aquellos largos ribazos, aquellos barrancos cubiertos de chaparras, aquellas aldeas grises, aquellos escuetos abedules, en fin, todo aquel espectáculo de la naturaleza rusa, que no habla visto en tanto tiempo, despertaba en su corazón sentimientos a la vez dulces y tristes, y tenía su pecho bajo la opresión de un peso que no carecía de encanto. Los pensamientos se sucedían lentamente; pero sus contornos eran tan vagos como los de las nubes que erraban por encima de su cabeza. Evocaba el recuerdo de su infancia, de su madre, del momento en que lo llevaron junto a su lecho de muerte, y cómo, oprimiendo su cabeza contra el corazón, comenzó en voz débil a llorar por él, y se detuvo luego al ver a Glafyra Petrowna. Se acordó de su padre, a quien había visto robusto, siempre descontento, y cuya voz metálica resonaba en su oído, y más tarde viejo, ciego, gimiente, con la barba gris y sucia. Recordó que un día, en la mesa, con los vapores del vino, el viejo se había puesto a reír de pronto y a hablar de sus conquistas, tomando un aire modesto y guiñando sus ojos privados de luz. Se acordó de Varvara, y sus rasgos se crisparon como si fuera presa de un súbito dolor. Sacudió la cabeza; y, luego, su pensamiento se detuvo en Lisa.

«He aquí -se dijo,- un ser nuevo que entra en la vida. ¿Cuál será la suerte de esta honrada joven? Es linda; su rostro es pálido, pero lleno de frescura; sus ojos son dulces, su boca seria y su mirada inocente. ¡Qué lástima que sea un poco exaltada! Hermoso talle, andar gracioso y una voz tan dulce... Me complazco en verla cuando se para de pronto, os escucha atentamente, sin sonreír, y luego se absorbe en su pensamiento y echa sus cabellos atrás. Yo también creo que Panchine no es digno de ella. Y sin embargo, ¿Qué le falta?...

¿Qué sueños son éstos? Ella irá por el camino que siguen las demás... Más vale dormir ... » Y Lavretzky cerró los ojos. Pero no pudo dormir, y quedó sumergido en ese estado de entorpecimiento mental tan habitual en viaje. Las imágenes del pasado siguieron surgiendo lentamente en su alma, mezclándose y confundiéndose con otros cuadros. Lavretzky se puso -¡Dios sabe por qué! -a pensar en sir Roberto Peel, en la historia de Francia... y en la victoria que habría alcanzado si hubiera sido general; creía oír el cañón y los gritos de guerra. Su cabeza resbalaba de lado y abría los ojos... Los mismos campos, el mismo paisaje de las estepas; las herraduras gastadas de los caballos brillaban una tras otra a través de los torbellinos de polvo; la camisa amarilla, con vivos rojos, del *yamstchik*, flotaba al viento. «¡Me recuerdo lindo mozuelo, en mi casa!» se decía Teodoro. Esta reflexión le trastornó el alma y gritó: «¡Adelante!». Luego, envolviéndose en su manta, se acurrucó más en los almohadones. El *tarantass* dio una brusca sacudida. Lavretzky se enderezó y abrió los ojos. Ante él, sobre la colina, extendiase una aldea; a la derecha se veía una vieja casa señorial, cuyas maderas estaban cerradas y cuya escalinata se inclinaba a un lado. Desde la puerta hasta el edificio, el vasto patio estaba lleno de ortigas tan verdes y tan espesas como cáñamo. Al lado se alzaba un pequeño granero de encina, bien conservado todavía. Era Wassiliewskoe.

El *yamstchik* describió una curva hacia la puerta cochera y paró los caballos; el criado de Lavretzky se alzó sobre el pescante, y, disponiéndose a apearse, llamó. Se oyó un ladrido sordo y ronco, pero no se vio al perro. El criado llamó de nuevo. Repitióse el ladrido, y al cabo de algunos minutos acudió, sin saber de dónde salía, un hombre con caftán de nankin y de cabeza blanca como la nieve. Se cubrió los ojos como para resguardarlos de los rayos del sol, y miró un momento al *tarantass*; luego, dejando caer las manos sobre las caderas, dio algunos pasos vacilantes sobre el mismo sitio, y se precipitó al fin a abrir la puerta cochera. El *tarantass* entró en el patio haciendo crujir las ortigas bajo las ruedas, y se detuvo delante de la escalinata. El hombre de la cabeza

blanca, un viejo todavía listo, estaba ya muy plantado y erguido en el último escalón; abrió el carruaje con un movimiento seco, y ayudando a su amo a bajar, le besó la mano.

-¡Buenos días, buenos días, amigo -dijo Lavretzky- ¿Te llamas Antonio, verdad? ¿Vives todavía?

El viejo se inclinó en silencio y corrió a buscar las llaves. Durante aquel tiempo, el *yamstchile* permaneció inmóvil, vuelto de lado, y mirando la puerta cerrada, mientras que el lacayo de Lavretzky conservaba la actitud pintoresca que había tomado al saltar a tierra, con una mano apoyada en el pescante. El viejo trajo las llaves; se retorció como una serpiente, y hacía grandes esfuerzos inútiles alzando mucho los codos para abrir la puerta; luego se plantó a un lado e hizo de nuevo un profundo saludo.

«Ya estoy en mi casa, heme de vuelta», pensó Lavretzky, entrando en un pequeño vestíbulo, mientras que las maderas se abrían con estrépito, unas después de otras, y que la luz penetraba en las desiertas habitaciones.

XIX

La casita que Lavretzky iba a habitar, y donde dos años antes había muerto Glafyra Petrowna, fue construida en el siglo pasado con hermosas maderas de abeto; parecía vieja pero todavía podía servir unos cincuenta años más. Lavretzky recorrió todas las habitaciones, y con gran sentimiento de las moscas indolentes, inmóviles, blanquecinas de polvo, que cubrían los techos, hizo abrir todas las ventanas, cerradas desde la muerte de Glafyra Petrowna.

Todo en la casa seguía en el mismo estado; los divancitos del salón, sobre sus delgadas patas, forrados de damasco gris, brillantes, gastados, hundidos, recordaban el tiempo de la emperatriz Catalina. En el salón se veía el sillón favorito de la dueña de la casa, con su respaldo derecho y alto, contra el que tenía la costumbre de apoyarse en la vejez. En el testero principal estaba colgado un antiguo retrato del abuelo de Fedor, Andrés Lavretzky; su rostro, sombrío y bilioso, destacábase apenas del fondo sombrío, ennegrecido y desconchado; sus ojillos perversos lanzaban miradas lúgubres bajo los párpados caídos o hinchados; sus negros cabellos sin polvo se levantaban de punta sobre una frente surcada de arrugas. De uno de los ángulos del retrato pendía una corona de siemprevivas, cubierta de polvo.

-Esa corona -dijo Antonio, - la tejió Glafyra, Petrowna con sus propias manos.

En la alcoba se veía un estrecho lecho, bajo unas cortinas de tela rayada, antigua, pero sólida; una pila de almohadones medio descoloridos y una delgada cubierta acolchada estaban extendidos sobre la cama, en cuya cabecera había una lámina representando la presentación de la Virgen, que la vieja solterona, al expirar sola y olvidada, había estrechado en sus últimos momentos contra sus labios ya helados. Junto a la ventana veíase un tocador de marquetería con adornos de cobre, y rematado con un espejo dorado y ennegrecido. Una puerta daba al oratorio, de paredes desnudas, y en uno de cuyos ángulos se veía un armario lleno de imágenes. Una alfombrita gastada y cubierta de manchas de cera señalaba el sitio donde se arrodillaba Glafyra Petrowna.

Antonio fue con el lacayo de Lavretzky a abrir la cuadra y la cochera, y en su lugar apareció una vieja de casi tanta edad como él; su cabeza temblorosa estaba cubierta con un pañuelo que le bajaba hasta las cejas; en sus ojos se pintaba la costumbre de la obediencia pasiva, unida a una especie de respetuosa compasión. Se acercó a Lavretzky para besarle la mano, y se detuvo a la puerta como para esperar sus órdenes. El había olvidado por completo su nombre; ni siquiera recordaba haberla visto nunca. Llamábase Apraxi a: cuarenta años antes la despidió de la casa Glafyra Petrowna, ordenándole que cuidase el corral; hablaba poco, parecía haber vuelto a la infancia, y no había conservado más que un aire de ciega obediencia.

Además de estos dos viejos y de tres robustos chiquillos vestidos con largas camisas -nietos de Antonio,- vivía también en la casa un campesino manco e inútil que cacareaba como un gallo silvestre. El viejo perro que había saludado la vuelta de Lavretzky y, apenas servía de nada en la casa; hacía doce años que estaba atado con una pesada cadena, comprada por orden de Glafyra Petrowna, y apenas si tenía fuerza para moverse y arrastrar aquella carga.

Después de haber examinado la casa, Lavretzky bajó al jardín y quedó satisfecho de él, aunque estaba todo lleno de malas hierbas, de matorrales, de groselleros y frambuesos. Había allí hermosas sombras, viejos tilos, notables por su gigantesco desarrollo y por la extraña disposición de sus ramas: estaban plantados muy cerca los unos de los otros, y acaso hacía cien años que no habían sido podados. El jardín acababa en un pequeño estanque transparente, bordeado de rojizos juncos. Las huellas de la vida humana se borran bien pronto: todavía no había tenido tiempo la finca de Glafyra Petrowna de quedarse desierta y ya parecía sumida en el sueño que envuelve todo lo que está al abrigo de la agitación humana. Fedor Ivanowitch recorrió también la aldea: los campesinos lo miraban desde el umbral de sus isbas, apoyada la mejilla en la mano; los hombres saludaban de lejos, los niños huían, los perros ladraban con indiferencia. Bien pronto tuvo hambre, pero no esperaba a sus servidores y a su cocinero hasta la noche; las provisiones tampoco habían llegado aún de Lavriky; tuvo que dirigirse a Antonio. Este hizo en seguida todos los preparativos: cogió una gallina vieja, la mató y la desplumó. Apraxi a la lavó y la puso en la cazuela. Cuando estuvo cocida, Antonio dispuso la mesa, colocó delante del cubierto un salero de cristal ennegrecido, de tres pisos, y una garrafa tallada, de cuello estrecho y de redondo tapón; anunció en seguida con voz solemne a Lavretzky que estaba servida la comida, y se colocó detrás de la silla del señor, con la mano envuelta en una servilleta. El viejo olía a ciprés. Lavretzky probó la sopa, y retiró

gallina, cuyos tendones se ocultaban mal bajo piel dura y coriácea; la carne sabía a madera.

después de haber comido de este modo, Lavretzky manifestó deseos de tomar té, si...

-Voy a servírselo al instante -interrumpió el viejo.

Y cumplió su palabra.

Se encontró un puñado de té envuelto en un pedazo de papel rojo; se descubrió un *samowar*, pequeño, es verdad, pero que funcionaba de una manera muy ruidosa; hasta había por allí algunos terrones de azúcar medio deshechos. Lavretzky tomó el té en un tazón que le trajo recuerdos de su infancia y en el que habla pintados naipes; no servía más que para los extraños, y ahora era él, extraño a su vez, quien bebía en aquella taza. A la noche llegaron los servidores; Lavretzky no quiso acostarse en la cama de su tía, y dispuso que le hicieran una en el comedor. Apagó la bujía y miró largo rato en derredor suyo, presa de ese sentimiento desagradable que experimentan todos los que pasan una primera noche en un sitio deshabitado durante mucho tiempo. Le parecía que la obscuridad que le rodeaba por todas partes no podía acostumbrarse a un recién llegado, que las paredes mismas de la casa se asombraban de su presencia. Lanzó un suspiro, se tapó bien y acabó por dormirse. Antonio se quedó el último en pie. Hizo dos veces la señal de la cruz y se puso a hablar con Apraxi a y a comunicarle en voz baja sus lamentaciones; ni el uno ni el otro habrían podido esperar ver al amo establecerse en Wassiliewskoe cuando tenía a dos pasos una posesión tan hermosa con una casa tan confortable: no sospechaban que precisamente era odiosa para Lavretzky aquella casa porque le traía antiguos recuerdos. Después de haber cuchicheado mucho tiempo, Antonio tomó su varilla para golpear la placa de hierro, tanto tiempo muda, que estaba colgada en el granero (¹). En seguida se acurrucó en el patio, sin siquiera cubrirse su blanca cabeza. La noche de mayo era tranquila y serena, y el viejo durmió con un sueño dulce y apacible.

¹ Es costumbre en Rusia, cuando el dueño reside en su posesión, que un servidor vele por la noche y golpee de cuando en cuando en una placa de hierro o de madera para marcar su vigilancia.

XX

Al día siguiente, levantóse Lavretzky muy temprano, habló con el *starosta*, visitó la granja, e hizo que quitaran la cadena al perro del corral; el animal lanzó algunos ladridos, pero no pensó siquiera en aprovecharse de su libertad. Vuelto a la casa, Teodoro se entregó a una especie de tranquila somnolencia que no lo abandonó en todo el día.

«¡Heme aquí ya caído en el fondo del río!» se dijo varias veces.

Estaba sentado, inmóvil junto a la ventana, y parecía prestar oído a la calma que reinaba en derredor suyo y a los ruidos sofocados que llegaban de la solitaria aldea. Una voz aguda tararea una canción detrás de las altas ortigas: el mosquito que zumba parece hacerle eco. La voz se calla, el mosquito sigue zumbando. En medio del murmullo importuno y monótono de las moscas, se oye el rumor del abejorro que da de cabeza contra el techo; el gallo canta en la calle, prolongando su nota final; después son las sacudidas de un *telega* o el rechinar de una puerta cochera en sus goznes. Una mujer pasa y pronuncia algunas palabras con voz chillona.

¡Eh, monina! -dice Antonio a una niña de dos años que lleva en los brazos.

-Llevo el *krass* -dice aún la misma voz de mujer.

Todo esto va seguido de un profundo silencio. Ni un soplo, ni el menor ruido. El viento no agita ni siquiera las hojas; las golondrinas pasan silenciosas unas detrás de otras, rozando la tierra con sus alas, y el corazón se llena de tristeza al verlas volar así en silencio.

-¡Heme aquí, ya caído en el fondo del río! -repite Layretzky.- Y siempre, en todo tiempo, la vida es aquí triste y lenta; el que entra en su círculo debe resignarse; aquí nada de trastorno, nada de agitación; no le es permitido llegar al fin más que al que hace dulcemente su camino, como el labrador que traza el surco con la reja de su arado. ¡Y qué vigor, qué salud en esta paz, en esta inacción! Allí, bajo la ventana, el pomposo cardo sale de entre la espesa hierba y por encima las *lágrimas de la virgen* cuelgan sus rosados racimos. A lo lejos, en los campos, se ve blanquear, ondulando, el centeno y la avena, que comienzan a subir en espigas, y las hojas se extienden sobre los árboles, como cada brizna de hierba sobre su tallo. ¡Y he inmolado mis mejores años al amor de una mujer! Pues bien; que el fastidio me devuelva la razón, que me devuelva la paz del alma, y que me enseñe a obrar en adelante sin precipitación.

Y he aquí que se esfuerza en plegarse a aquella vida monótona y en ahogar todos sus deseos; ya no tiene nada que esperar, y sin embargo, no puede impedirse esperar todavía. Por todas partes lo invade la calma. El sol descende dulcemente sobre el cielo azul y límpido; las nubes flotan lentamente en el éter azulado; parece que van a alguna parte y que saben adónde van. En ,aquel momento, en otros puntos de la tierra, la vida rueda en olas espumantes y tumultuosas; aquí se explaya silenciosa como un agua dormida. Lavretzky no pudo arrancarse antes de la noche a la contemplación de aquella vida que se deslizaba así; los tristes recuerdos del pasado se deshacían en su alma como la nieve de la primavera, Y, ¡cosa extraña!, nunca había sentido tan profundamente el amor al suelo natal.

XXI

Al cabo de quince días, Fedor Ivanowitch había puesto en orden la casita de Glafyra Petrowna. El patio y el jardín fueron limpiados. Llevaron de Lavriki muebles confortables; de la ciudad, vino, libros, periódicos; la cuadra se llenó de caballos; en una palabra, Fedor Ivanowitch montó completamente la casa. y comenzó a vivir mitad como propietario, mitad como cenobita. Los días transcurrían de una manera uniforme, y, aunque no viera a nadie, no se aburría. Se ocupaba de agronomía con ardor y seriamente, exploraba los alrededores a caballo, o cogía un libro. A veces encontraba más encanto en escuchar los relatos del viejo Antonio. De ordinario, Lavretzky se sentaba a la ventana con una pipa y una taza de té frío. Antonio, cruzadas las manos a la espalda, se colocaba en pie en la puerta, y comenzaba sus lentas narraciones sobre los tiempos antiguos, sobre los tiempos fabulosos, en que la arena y el centeno se vendían en grandes sacos a razón de dos o tres centavos cada uno. En aquella época se veía por todas partes, hasta muy cerca de la ciudad, bosques impenetrables y estepas no roturadas. Ahora decía con acento de pena el octogenario, se ha labrado y talado todo tan bien, que ya no sabe uno dónde meterse. Antonio se complacía también en contar diversos detalles sobre su antigua ama, Glafyra Petrowna; cómo era juiciosa y económica; cómo un cierto señor, un joven vecino, había querido congraciarse con ella y comenzado a venir con frecuencia a la casa, hasta el punto de que la buena solterona se pusiera por él el gorro de los grandes días con lazos y la falda amarilla; pero cómo, en seguida, irritada contra aquel señor vecino suyo, a causa de una pregunta inconveniente (debe usted, señorita, sé atrevió a decirle, poseer un buen capital), le había cerrado la puerta; y cómo, desde entonces, había dado la orden de que todo, hasta el menor trapo, fuera entregado, después de su muerte, a Fedor Ivanowitch. En efecto, Lavretzky encontró completos o intactos todos los efectos de su tía, sin exceptuar el famoso gorro con lazos y la falda amarilla. En cuanto a los papeles antiguos, a los documentos curiosos con que contaba Lavretzky, no encontró más que un viejo libro en que su abuelo, Pedro Androwitch, hacía anotaciones como ésta:

«Solemnidad en la villa de San Petersburgo con ocasión de la paz hecha con el Imperio turco, por su excelencia el príncipe Alejandro Alejandrowitch Prozoroffski.» O bien: «Receta de un conocimiento para el pecho», con la observación: «Esta receta ha sido, comunicada a la generala Prascovia Federowna Soltykoff por Fedor Avksentiewitch, arcipreste de la iglesia de la Santísima Trinidad, fuente de la vida eterna. »

También se encontraban allí noticias políticas de esta especie: «Ya no se habla más de esos tigres de franceses.» Y al lado: «Se anuncia en la *Gaceta de Moscú* la muerte del señor primermayor Miguel Petrowitch Kolütscheff... ¿No sería éste el hijo de Pedro Wassiliewitch?»

Lavretzky encontró también varios antiguos calendarios y algunos libros de explicaciones de sueños, así como la obra mística de Ambodix. Los símbolos y los emblemas despertaron en él recuerdos dormidos hacía muchos años. En el fondo de un cajón de un tocador de Glafyra Petrowna descubrió un paquetito atado con una cinta negra y sellado con lacre del mismo color. En aquel paquete se encontraban cara con cara dos retratos: uno, al pastel, de su padre en la juventud, con su cuidada cabellera rizada sobre la frente, la mirada pensativa y la boca entreabierta; el otro, casi borrado, de una mujer pálida, vestida de blanco, con una rosa blanca en la mano. Era su madre: Glafyra Petrowna no había consentido nunca en que le hicieran su propio retrato.

-Mire, Fedor Ivanowitch - decía Antonio a Lavretzky, -aunque en aquella época yo no vivía aún en la casa del amo, me acuerdo bien de vuestro bisabuelo, Andrés Apanassiewitch. Cuando murió era yo un muchacho de diecisiete años. Lo encontré una vez en el jardín, y me estremecí de espanto. Sin embargo, no me hizo nada, solamente me preguntó mi nombre y me envió a buscar un pañuelo de bolsillo . No hay que decir que era todo un señor. No reconocía a nadie como superior á él. Es que vuestro bisabuelo poseía, como he tenido el honor de decíroslo, un maravilloso amuleto. Se lo había dado un monje del monte Athos, diciéndole: «Te lo doy por tu cordialidad. Llévalo y no tomas el juicio de nadie.» Hay que decir, señor, que aquellos eran otros tiempos; el señor hacía lo que se le ponía en la cabeza. Cuando un hidalguillo trataba de contradecirle, vuestro bisabuelo se contentaba con mirarlo, y le decía: «Eres cualquier cosa.» Era su frase favorita. Vuestro abuelo, de buena memoria, vivía en pequeñas habitaciones y en una casa de madera. ¡Cuánto dejó de capital, de plata labrada, de efectos! Todas las cuevas estaban llenas. ¡Qué administrador! La garrafa que tanto habéis elogiado le pertenecía. En ella ponía el aguardiente. Y, mire, vuestro abuelo, Pedro Androwitch, se construyó una

casa de piedra, pero no amontonó bienes. Todo se le fue por entre las manos. No vivía tan en grande como su padre; no se procuraba ninguna diversión, y sin embargo, todo su dinero voló y no dejó para que se acordaran de él ni siquiera una cuchara de plata. Todavía hay que agradecer a Glafyra Petrowna que cuidara...

-¿Es verdad -interrumpió Lavretzky,- que la llamaban la bruja?

-¡Había que conocer a los que la llamaban así! -replicó Antonio.

-A propósito, señor -se atrevió un día a preguntar el viejo, - ¿dónde está nuestra señora? ¿Dónde vive ahora?

-Me he separado de mi mujer -dijo Lavretzky haciendo un esfuerzo. - Te suplico que no me preguntes sobre ella.

-Comprendo -dijo tristemente el viejo.

Al cabo de tres semanas, Lavretzky fue a caballo a D... a casa de los Kalitine, donde pasó la velada. Lemm se encontraba allí, y gustó mucho a Lavretzky. Este, gracias a su padre, no tocaba ningún instrumento. Sin embargo, amaba con pasión la música, la música seria, la música clásica. Panchine estaba ausente, por haberlo enviado el gobernador fuera de la ciudad. Lisa tocó sola y con mucha precisión. Lemm se animó, se electrizó, cogió un rollo de papel y marcó el compás. María Dmitrievna se echó a reír al pronto, al mirarlo, y luego se fue a acostar. Pretendía que Beethoven agitaba demasiado sus nervios. A media noche, Lavretzky acompañó a Lemm a su domicilio y estuvo con él hasta las tres de la mañana. Lemm se mostró muy expansivo, habló mucho. Se había erguido, sus ojos brillaban; hasta se alzaron sus cabellos sobre su frente. Hacia tanto tiempo que nadie le había mostrado interés, y Lavretzky parecía con sus preguntas demostrar una solicitud tan sincera, que el viejo se conmovió. Acabó por enseñar su música a su huésped, y tocó y hasta cantó con voz apagada algunos fragmentos de sus composiciones, entre otros, una balada de Schiller, *Fridolin*, que había puesto en música. Lavretzky la alabó mucho, se hizo repetir algunos pasajes, y al marcharse invitó al músico a que fuera a pasar algunos días con él en el campo. Lemm, que lo acompañó hasta la calle aceptó inmediatamente y le estrechó calurosamente la mano. Al quedarse solo, en el aire húmedo y penetrante que traen las primeras claridades del alba, se volvió con los ojos entornados, encorvada la espalda, y entró otra vez en su casa a pasos lentos, como un culpable.

-No estoy en mi juicio -murmuró acostándose sobre una cama dura y estrecha.

Cuando algunos días, después, fue Lavretzky a buscarlo en carruaje, trató de decir que estaba enfermo. Pero Fedor Ivanowitch entró en su cuarto y acabó por convencerlo. Lo que hizo más impresión a Lemm, fue que Lavretzky había hecho llevar para él un piano de la ciudad. Ambos se dirigieron a casa de los Kalitine y pasaron allí la velada, pero de un modo menos agradable que algunos días antes. Panchine estaba allí. Habló mucho de su excursión y se puso a remedar de una manera muy cómica a los diversos propietarios que había visto. Lavretzky reía, pero Lemm no salía de su rincón, se callaba y movía los miembros en silencio como una araña. Miraba con aire sombrío y concentrado, y no se animó más que cuando Lavretzky se levantó para despedirse. Hasta en el carruaje, el viejo siguió pensativo y persistió en su mutismo salvaje; pero el aire dulce y templado, la brisa, las ligeras sombras, el perfume de las hierbas y de los botones de los abedules, la claridad de una noche estrellada, el ruido de los cascos y de la respiración de los caballos, todas las seducciones de la primavera, del camino y de la noche, penetraron en el alma del pobre alemán y él fue el primero que rompió el silencio.

XXII

Comenzó a hablar de música, después habló de Lisa, y luego de música otra vez. Al hablar de Lisa parecía pronunciar las palabras más lentamente. Lavretzky dirigió la conversación sobre sus obras, y medio en serio, medio en broma, le propuso escribirle un libreto.

-¡Hum... un libreto! -replicó Lemm. -Eso no es para mí. No tengo la viveza de imaginación que se necesita para una ópera. He perdido ya mis fuerzas; pero si pudiera todavía hacer alguna cosa, me contentaría con una romanza: ciertamente, querría una hermosa letra.

Se calló y permaneció mucho tiempo inmóvil con los ojos fijos en el cielo.

-Por ejemplo -dijo al fin,- algo de este género: «¡Oh, vosotras, estrellas! ¡Oh, vosotras, puras estrellas! ... »

Lavretzky se volvió ligeramente hacia él y se puso a contemplarlo.

-«¡Oh, vosotras, estrellas! ¡Puras estrellas!... -repitió Lemm.- Vosotras miráis de la misma manera a los inocentes que a los culpables... pero solo los puros de corazón», o algo en este género, «os comprenden», es decir, no, «os aman». Por lo demás, yo no soy poeta.

Eso no es cosa mía, pero algo de este género, algo elevado.

Lemm se echó atrás el sombrero, y, a la media luz de la noche, su rostro parecía más pálido y más joven.

- «Y vosotras también - continuó bajando gradualmente la voz, -vosotras sabéis quién ama, quién sabe amar, porque sois puras; vosotras solas podéis consolarlo.» No, no es esto todavía, no soy poeta, pero algo de este género...

-Siento no ser tampoco poeta -observó Lavretzky.

-¡Vano empeño! -concluyó Lemm.

Y se acurrucó en el fondo del carruaje, y cerró los ojos como si hubiera querido dormir. Transcurrieron algunos instantes; Lavretzky aplicaba el oído para escuchar.

-«¡Oh, estrellas! ¡Puras estrellas! ¡Amor!» -murmuraba el viejo.

-¡Amor! -repitió para sí Lavretzky.

Después empezó a soñar, y sintió su alma oprimida...

-Ha hecho usted una música muy buena para la letra de *Fridolin* -dijo de pronto en voz alta.-¿Pero cuál es su pensamiento? Ese Fridolin, después que el conde lo llevó a su mujer, ¿fue inmediatamente el amante de ésta?

-Usted lo piensa así -contestó Lemm -porque, verosímilmente, la experiencia...

Se detuvo de pronto, y se volvió con aire embarazado. Lavretzky se echó a reír, violento, pero se volvió también y dirigió sus miradas al camino.

Comenzaban ya a palidecer las estrellas y el cielo blanqueaba, cuando se detuvo el carruaje delante de la escalinata de la casita de Wassiliewskoe. Lavretzky acompañó a su huésped hasta el cuarto que le estaba destinado, entró en su despacho y se sentó delante de la ventana. En el jardín, el ruiseñor dirigía su último canto a la aurora. Lavretzky recordó que también cantaba el ruiseñor en el jardín de los Kalitine, y recordó el lento movimiento de los ojos de Lisa cuando se dirigieron a la oscura ventana por donde penetraba el canto en la habitación. Su pensamiento se detuvo en ella, y su corazón recobró alguna calma. «¡Pura joven!» prorrumpió a media voz...-¡Puras estrellas! añadió con una sonrisa. Después fue a acostarse en paz.

Lemm, por su parte, permaneció mucho tiempo sentado en la cama, con un papel de música sobre las rodillas. Parecía que iba a brotar de su cerebro una melodía desconocida y triste. Ardoroso, agitado, sentía ya la embriagadora dulzura de la inspiración que iba a tomar cuerpo... Pero, ¡oh, esperó en vano!.

-¡Ni poeta, ni músico! -murmuró.

Y su fatigada cabeza cayó pesadamente sobre la almohada.

XXIII

A la mañana siguiente, Lavretzky y su huésped tomaban el té en el jardín, bajo un viejo tilo.

-Maestro -dijo entre otras cosas Lavretzky, - pronto tendrá usted que componer una cantata solemne.

-¿Con qué motivo?

-Con motivo del matrimonio de Panchine y de Lisa. ¿Notó usted cuántas atenciones tenía ayer con ella? Parece que el asunto está en buen camino.

-¡Eso no será! -exclamó Lemm.

-¿Por qué?

-Porque es imposible. Por lo demás -añadió un instante después,- todo es posible en este mundo, sobre todo aquí, entre ustedes, en Rusia.

-Dejemos, si le parece bien, a un lado a Rusia, dígame que encuentra de malo en ese matrimonio.

-Todo es malo, todo, Lisa es una joven sensata, seria. Tiene sentimientos elevados. Y él... es un *dilettanti*, y está dicho todo.

- Pero ella le ama.

El maestro se levantó súbitamente.

-No, no lo ama -dijo.-Es decir, es muy pura de corazón, y ni sabe siquiera lo que significa amar. Su madre le dice que el joven la conviene, y tiene confianza en su madre, porque a pesar de sus diecinueve años es una niña... Por la mañana reza, por la noche reza también. Todo esto está muy bien, pero no le ama. Ella no puede amar más que lo bello, y él no es bello, quiero decir, su alma no es bella.

Lemm hablaba rápidamente, con fuego, paseando en todas direcciones por delante de la mesa de té. Sus miradas parecían correr por el suelo.

Mi querido maestro -dijo de pronto Lavretzky,- me parece que usted también está enamorado de mi prima.

Lemm se paró.

-Yo se lo ruego -dijo con voz mal segura, no se burle usted de mí; no estoy loco. Tengo ante mí las tinieblas de la tumba y no un porvenir de color de rosa.

Lavretzky tuvo lástima del viejo y le pidió perdón. Después del té, Lemm tocó su cantata; luego, durante la comida, volvió a hablar de Lisa a instigación de Lavretzky. Este escuchaba con interés.

-¿Qué le parece a usted, Cristóbal Fedorowitch? -dijo al fin-. Todo está aquí ahora en buen orden, y el jardín lleno de flores. ¿Le agradaría que la invitara a pasar aquí un día con su madre y con Marpha Timofeevna, eh?

Lemm volvió la cabeza a un lado.

-Invítela usted -murmuró.

-Pero no es necesario invitar a Panchine.

-No, no es necesario -dijo el viejo con una sonrisa casi infantil.

Dos días después, Fedor Ivanowitch se dirigió a la ciudad, a casa de los Kalitine.

XXIV

Encontró a todo el mundo en la casa, pero no expuso desde luego su proyecto. Quería antes comunicarlo a Lisa. La casualidad vino en su ayuda. Los dejaron solos en el salón y se pusieron a hablar. Había ya tenido ella tiempo de acostumbrarse a él, y, además, no se dejaba intimidar fácilmente por nadie. Escuchaba él mirándola fijamente, y repetía para sí las palabras de Lemm, cuya opinión compartía. Sucede algunas veces que de repente se establece una íntima relación entre personas que apenas se conocen el sentimiento de ese misterioso contacto se denuncia en seguida en las miradas, en la dulce y amistosa expresión de la sonrisa, y hasta en los gestos. Esto es precisamente lo que sucedió entre Lisa y Lavretzky.

-He aquí cómo es -pensó ella mirándolo con interés.

-He aquí cómo eres -pensó él por su parte.

Por eso no se sorprendió, cuando ella le anunció, después de vacilar un poco, que hacia tiempo estaba deseando hacerle una pregunta, pero temía disgustarlo.

-No tenga usted ese temor; hable; -dijo parándose ante ella.

Lisa alzó hacia él sus ojos límpidos.

-¡Es usted tan bueno! -comenzó, al mismo tiempo que pensaba: «Sí, verdaderamente es bueno ... » Dispénseme usted; acaso no debería yo hablarle de estas cosas... ¿Pero cómo ha podido... por qué ha dejado a su mujer?

Lavretzky se estremeció, miró a Lisa y se sentó a su lado.

Hija mía - dijo, -no toque usted, se lo ruego, esa lлага. Sus manos son delicadas, y, sin embargo me harían sufrir.

-Ya sé -continuó Lisa como si no hubiera oído, -que ella es culpable respecto de usted; no -quiero justificarla; pero, ¿cómo se puede separar lo que Dios ha unido?

-Nuestras convicciones en este punto son muy diferentes, Lisaveta Michailowna -dijo Lavretzky con bastante sequedad. -No nos entenderíamos.

Lisa palideció. Tembló todo su cuerpo, pero no calló.

-Usted debe perdonar -dijo dulcemente, -si quiere que lo perdonen también.

- ¡Perdonar!... - exclamó Lavretzky -¿Conoce usted bien a la persona por quien intercede? ¡Perdonar a esa mujer... . acogerla de nuevo en mi casa, a ella, a ese ser frívolo y sin corazón:... ¿Y quién le dice a usted que quiere volver a mi lado? Esté usted tranquila; se encuentra muy satisfecha de su posición... ¿Pero de qué hablamos?... Su nombre no debe salir de esa boca. Es usted demasiado pura; es imposible que usted comprenda a una criatura semejante.

-¿Por qué insultar? -murmuró Lisa con esfuerzo.

El temblor de sus manos se hizo visible.

-Usted mismo la ha abandonado, Fedor Ivanowitch.

-Pero, se lo repito -replicó Fedor en un arranque involuntario de impaciencia, -usted no conoce a esa criatura.

-Entonces, ¿por qué se casó usted con ella?, Lavretzky se levantó bruscamente.

-¡Que porqué me casé!... Yo era joven entonces, sin experiencia. Me engañé. Fui arrastrado por los encantos de una belleza exterior. No conocía a las mujeres, no conocía el mundo ¡Dios quiera que usted haga un matrimonio más dichoso! Pero, créame, por adelantado no se puede responder de nada.

-Y yo también, yo puedo ser desgraciada -murmuró Lisa con voz temblorosa. -Pero entonces habrá que resignarse. No sé hablar, pero si no nos resignamos...

Lavretzky apretó los puños y golpeó el suelo con el pie.

-No se incomode usted, perdóneme -dijo Lisa inmediatamente.

En aquel momento entró en el salón María Dmitrievna. Lisa se levantó y quiso salir.

-¡Espere usted! - dijo Lavretzky.- Tengo que dirigir una súplica a su madre y a usted, y es que vengan a visitar mi nueva morada. Ya saben ustedes que he llevado un piano. Lemm está allí. Las lilas están en flor; podrían respirar un poco el aire del campo, y regresar en el mismo día. ¿Consienten?

Lisa miró a su madre. María Dmitrievna tomó un aire de sufrimiento; pero Lavretzky no le dejó tiempo de abrir la boca, y le besó las manos. María Dmitrievna, sensible siempre a los procedimientos graciosos, y muy sorprendida por tan amable proceder de parte de un lobo marino como Teodoro, se dejó conmovir y dio su consentimiento. Mientras que ella hacía sus combinaciones para la elección del día, Lavretzky se acercó a Lisa, y, muy conmovido todavía, le dijo a hurtadillas:

-Gracias, es usted muy buena... he obrado mal.

El pálido rostro de la joven se iluminó con una púdica sonrisa de alegría: sus ojos

sonrieron también. Hasta aquel momento, temía haberlo ofendido ella.

-¿Podría ir con nosotras Vladimiro Nicholaewitch? - preguntó María Dmitrievna.

-¡Por qué no! -contestó Lavretzky. -¿Pero no sería mejor que estuviéramos en familia?

- Me parece ...- comenzó María Dmitrievna.

-Por lo demás -añadió Fedor, -será como usted quiera.

Quedó decidido que irían también Lenotchka y Schourotschka. Marpha Timofeevna rehusó ser de la partida.

-Me fatiga -dijo, -mover mis viejos huesos; no se sabrá dónde dormir tranquilamente en tu casa; por lo demás, yo no puedo hacerlo más que en mi cama. La juventud no tiene más que zarandearse.

Lavretzky no tuvo ya otra ocasión de hablar a Lisa; pero la miraba con una expresión que en tanto la hacía dichosa, en tanto la ponía confusa, y a veces le inspiraba un sentimiento de piedad. Al despedirse de ella le estrechó vivamente la mano. Cuando se quedó sola, Lisa se puso pensativa.

XXV

Transcurrieron dos días. María Dmitrievna, según su promesa, llegó con su familia a Wassiliewskoe. Las jóvenes corrieron en seguida al jardín. María Dmitrievna pasó revista a todas las habitaciones, cuyo arreglo alabó con acento lleno de languidez. Consideraba su visita a Lavretzky como una gran señal de condescendencia de su parte, en cierto modo como una buena acción. Sonrió con benevolencia cuando Antonio y Apraxia, según la antigua costumbre de los domésticos-siervos, se acercaron para besarle la mano, y con voz delicada pidió el té. Con gran mortificación de Antonio, que se había puesto los guantes blancos de punto, el té no fue servido por él sino por el ayuda de cámara de Lavretzky que, al decir del viejo, no entendía una palabra de la etiqueta del servicio. En cambio, Antonio recobró sus derechos y se vengó a la comida. Se colocó a pie firme detrás de la silla de María Dmitrievna y no cedió su sitio a nadie. La aparición inusitada en Wassiliewskoe de aquellos huéspedes, alegraba y turbaba al viejo. Experimentaba la satisfacción de ver a personas de cierto rango en relación con su amo. Por lo demás, no era él el único que estaba turbado aquel día. Lemm no estaba menos agitado.

Se había puesto un frac de color de tabaco, de puntiagudos faldones, y apretado fuertemente un pañuelo alrededor de su cuello; tosía continuamente, y se volvía sin cesar con expresión benévola y agradable. Lavretzky notó con placer que el buen acuerdo entre él y Lisa continuaba; al entrar en el comedor ella le tendió amistosamente la mano.

Después de la comida, Lemm sacó del bolsillo de su frac, en el que metía a cada instante la mano, un pequeño rollo de papel de música, y, mordiéndose los labios, lo colocó en silencio en el piano. Era la romanza que había compuesto la víspera, sobre antiguos versos alemanes, en los que se hacía alusión a las estrellas. Lisa se puso en seguida al piano y tocó la romanza... ¡Oh! La música era complicada y de una forma trabajosa; se veía que el compositor había hecho grandes esfuerzos para expresar la pasión y un sentimiento profundo, pero no había sacado nada de bueno. Sólo se dejaba sentir el esfuerzo. Lavretzky y Lisa lo notaron, y Lemm lo comprendió. Sin proferir una palabra, se volvió a meter la romanza en el bolsillo; y a la petición que le hizo Lisa de tocarla otra vez, movió la cabeza y dijo de una manera significativa:

-Ahora, se ha acabado.

Por la tarde, fueron todos a pescar. En el estanque, al otro lado del jardín, había muchas tencas. Colocaron a María Dmitrievna en un sillón a la orilla, a la sombra; se extendió una alfombra a sus pies y le dieron la mejor cana. Antonio, en calidad de antiguo y hábil pescador, le ofreció sus servicios. Con el mayor celo ponía en el anzuelo las lombricidas y echaba al agua el sedal, dándose aires graciosos. El mismo día, María Dmitrievna habló de él a Fedor Ivanowitch en un francés digno de nuestros colegios de señoritas: *Il n'y a plus maintenant de ces gens comme ça, comme autrefois*.

Lemm, acompañado de las dos niñas, fue más lejos, hasta la presa; Lavretzky se situó al lado de Lisa. Los peces mordían en el anzuelo; las tencas, suspendidas al extremo del sedal, hacían brillar, al bullir, sus escamas de oro y plata. Resonaban sin cesar las exclamaciones de alegría de las niñas; María Dmitrievna misma lanzó una o dos veces un grito de satisfacción premeditada. Las cañas que funcionaban menos eran las de Lavretzky y de Lisa. Probablemente procedía esto de que estaban menos ocupados que los demás en la pesca, y dejaban flotar los corchos hasta la orilla. Alrededor de ellos, movíanse dulcemente los grandes juncos rojizos: delante, brillaba con dulce brillo la superficie del agua. Hablaban en voz baja. Lisa se mantenía de pie en la almadía. Lavretzky estaba sentado sobre el tronco inclinado de un citiso. Lisa llevaba un traje blanco con un ancho cinturón de blanca cinta; en una mano tenía su sombrero de paja, con la otra sostenía, con algún esfuerzo, la flexible caña. Lavretzky contemplaba su perfil puro y un poco severo, sus cabellos levantados por detrás de las orejas, sus mejillas tan delicadas, ligeramente encendidas como las de un niño, y se decía interiormente:

-¡Qué hermosa está así!

Lisa no se volvía hacia él; miraba el agua. No se habría podido decir si cerraba los ojos o si sonreía. Un tilo proyectaba sobre ellos su sombra.

- He reflexionado mucho sobre nuestra última conversación -dijo Lavretzky,- y he llegado a esta conclusión: que es usted muy buena.

-Pero yo no tenía intención... -balbuceó Lisa muy confusa.

-Es usted muy buena -repitió Lavretzky -y yo, con mi ruda corteza, siento que todo el mundo debe amarla; Lemm, por ejemplo. Este está completamente enamorado de usted.

Un ligero estremecimiento contrajo las cejas de la joven, como le sucedía siempre que oía algo desagradable.

-Me ha dado hoy mucha lástima con su romanza fracasada. Pase que la juventud se muestre inhábil para producir; pero es siempre un penoso espectáculo el de la vejez impotente y débil, sobre todo cuando no sabe apreciar el momento en que le abandonan las fuerzas. Un viejo soporta difícilmente este descubrimiento... ¡Atención! ¡El pez pica!

-Se dice -añadió Lavretzky después de un momento de silencio, -que Vladimiro Nicolaewitch ha escrito una romanza muy bonita.

-Sí -respondió Lisa.- Es una bagatela que no está mal.

-¿Y qué le parece a usted? ¿Es buen músico?

-Me parece que tiene grandes disposiciones para la música; pero hasta ahora no se ha ocupado bastante en ella.

-¿Y es hombre de bien?

Lisa se echó a reír y lanzó una mirada interrogadora a su compañero.

-¡Vaya una extraña pregunta! -dijo retirando el anzuelo y echándolo más lejos.

-¿Por qué extraña? Yo le pregunto como recién llegado y como pariente.

-¿Como pariente?

-Sí, me parece que soy tío de usted.

-Vladimiro Nicolaewitch tiene buen corazón, tiene talento; mamá lo quiere mucho.

-Y usted, ¿lo quiere también?

-Es un hombre galante; ¿por qué no lo había de querer?

-¡Ah! -exclamó Lavretzky.

Y se calló; sobre su rostro esparcióse una expresión medio triste, medio irónica. Su mirada obstinada turbaba a Lisa, pero ella seguía sonriendo.

-Pues bien, que Dios los haga dichosos -murmuró él al fin como hablándose a sí mismo.

Y volvió la cabeza.

Lisa enrojeció.

-Se engaña usted -dijo. - Hace mal en creer... Vladimiro Nicolaewitch le desagrada, ¿verdad?- preguntó inesperadamente.

-Me desagrada.

-¿Por qué?

-Creo que es un hombre sin corazón.

De los labios de Lisaveta desapareció la sonrisa.

-Está usted acostumbrado a juzgar severamente -dijo después de un largo silencio.

-No lo creo así. ¿Qué derecho tengo para mostrarme severo con los demás, cuando tanta necesidad de indulgencia tengo yo mismo? ¿Lo ha olvidado usted? Las gentes insignificantes son las únicas que no se burlan de mí. A propósito, ¿ha cumplido usted la promesa que me hizo?

-¿Cuál?

-¿Ha rezado por mí?

-Sí, he rezado por usted y rezo todos los días; no debe usted hablar de esto con ligereza.

Lavretzky dijo que nunca había sido esta su intención, que respetaba todas las creencias; después se lanzó en una disertación sobre la religión, sobre el cristianismo en general y sobre su papel en la historia de la humanidad.

-Es preciso ser cristiano -dijo Lisa haciendo algún esfuerzo sobre sí misma, -no para tratar de interpretar las cosas celestes o terrestres, sino porque todos debemos morir.

Lavretzky fijó los ojos en Lisa con aire sorprendido, y encontró sus miradas.

-¿Qué palabras son esas que acaba usted de decir?

-Esas palabras no son mías.

-¿Pero por qué ha hablado usted de muerte?

-No sé, pienso a menudo en ella.

-¿A menudo?

-¡Sí!

-Nadie lo diría al verla en este momento; tiene usted una fisonomía tan alegre, tan serena, tan sonriente...

-Si, efectivamente, estoy contenta ahora -respondió con candidez.

Lavretzky estuvo tentado de cogerle las manos y estrechárselas con efusión.

- ¡Lisa, Lisa, ven y verás qué hermosa tenca acabo de sacar! -gritó María Dmitrievna.

-En seguida, mamá -respondió Lisa yendo hacia ella.

Y Lavretzky se quedó solo.

-Le hablo - pensó, -como si yo no hubiera concluido con la vida.

Lisa, al alejarse, había colgado su sombrero en una rama, y Lavretzky lo miraba con una especie de ternura. Aquella volvió muy pronto y ocupó otra vez su sitio en la almadía.

-¿Por qué le parece a usted que Vladimiro Nicolaewith no tiene corazón? -preguntó la joven después de algunos instantes.

-Ya le he dicho que puedo engañarme. Por lo demás, el tiempo lo demostrará.

Lisa se puso pensativa. Lavretzky le habló de su género de vida en Wassiliewskoe, de Antonio y de toda su gente; sentía necesidad de hablar con Lisa, de comunicarle todo lo que pasaba en su alma. ¡Lo escuchaba ella con tanta gracia, con tanta atención! ¡Le parecían tan sencillas y tan razonables sus pocas observaciones! Hasta llegó a decírselo. Lisa se asombró.

-¿De veras? -dijo. -¡Y yo que me he creído mucho tiempo igual a mi doncella Nastea, que *no tiene palabras suyas*, y que decía a su novio: «Debes aburrirte conmigo; tú me dices siempre cosas muy bonitas, yo no tengo palabras mías!» -Gracias a Dios -pensó Lavretzky, -porque es así.

XXVI

Se acercaba la noche, y María Dmitrievna mostró deseos de dar la vuelta. Costó mucho trabajo arrancar a las niñas del estanque y vestir las. Lavretzky prometió acompañar a sus huéspedes hasta la mitad del camino y mandó ensillar un caballo. Al dejar a María Dmitrievna en el carruaje, advirtió la ausencia de Lemm. No se le encontraba por ninguna parte; se había eclipsado acabada la pesca. Antonio cerró la portezuela con un vigor notable para sus años, y exclamó con tono de autoridad:

-¡Avance, cochero!

El carruaje arrancó. María Dmitrievna ocupaba el fondo con Lisa; las niñas y la doncella iban delante; la noche era templada y serena; los cristales estaban bajados, y Lavretzky trotaba al lado de Lisa, con la mano apoyada en la portezuela y dejando sueltas las bridas sobre el cuello del caballo; de cuando en cuando, cambiaba algunas palabras con la joven. Cerró la noche; el aire había templado. María Dmitrievna dormitaba; las niñas y la doncella se durmieron también. El carruaje rodaba rápidamente con un paso igual.

Lisa se inclinó fuera de la portezuela. La luna, que acababa de salir, iluminaba su rostro. La brisa embalsamada de la noche le acariciaba los ojos y las mejillas. Experimentaba un indecible sentimiento de bienestar. Su mano se apoyaba en la ventanilla al lado de la de Lavretzky. También éste se sentía dichoso; abandonábase a los encantos de aquella templada noche, fijos los ojos en aquel rostro bueno y joven, escuchando aquella voz fresca y timbrada que le decía cosas sencillas y breves; así llegó, sin notarlo, a la mitad del camino, y no queriendo despertar a María Dmitrievna, estrechó ligeramente la mano a Lisa, y le dijo:

-¿Somos amigos ahora, verdad?

La joven hizo un movimiento con la cabeza; Fedor paró su caballo. El carruaje continuó su camino haciendo rechinar sus muelles, y Lavretzky volvió al paso a su casa. Habiase apoderado de él la magia de aquella noche de verano: todo le parecía nuevo, al mismo tiempo que todo le parecía conocido y amado de mucho tiempo atrás. De cerca o de lejos, la mirada distraída no se daba cuenta de los objetos, pero el alma se impresionaba dulcemente con ellos.

Todo reposaba, y en aquel reposo mostrábase la vida llena de savia y de juventud. El caballo de Lavretzky avanzaba con brío. Su negra sombra iba fielmente a su lado. El ruido de las herraduras y el canto nervioso de la codorniz tenían cierto misterioso encanto. Las estrellas parecían anegadas en un vapor luminoso, y la luna brillaba con un fulgor muy vivo. Sus rayos esparcían una capa de luz azulada por el cielo, y festoneaban con un borde de oro el contorno de las nubes que pasaban por el horizonte. La frescura del aire humedecía sus ojos, penetraba por todos sus sentidos como una caricia fortificante. Y entraba a raudales en sus pulmones. Lavretzky estaba bajo aquel encanto y se regocijaba de sentirlo.

«Todavía vivimos, pensaba; no estoy destrozado para siempre ... »

No acabó. Luego se puso a pensar en Lisa; preguntóse si podría ella amar a Panchine; se dijo que si la hubiera encontrado en otras circunstancias, su vida habría seguido probablemente otro curso; que comprendía a Lemm, aunque ella «no tuviera palabras suyas» como decía; pero se engañaba -tenía palabras suyas,- y Lavretzky recordó lo que le había dicho: «No hable usted ligeramente ... »

Siguió su camino, con la cabeza baja, y luego, de pronto, irguiéndose, murmuró lentamente:

-He quemado todo lo que adoraba, y adoro ahora todo lo que he quemado.

Picó espuelas al caballo y lo hizo galopar hasta la casa. Al echar pie a tierra, se volvió por última vez, con una involuntaria sonrisa de reconocimiento. La noche, dulce y silenciosa, extendíase sobre las colinas y los valles; ¿bajaba del cielo aquel vapor templado y suave? Dios sabe de qué profundidades perfumadas llegaba hasta él. Lavretzky envió un último adiós a Lisa, y subió la escalinata corriendo. El día siguiente fue bien monótono; llovió desde por la mañana. Lemm estaba sombrío y apretaba cada vez más los labios, como si hubiera hecho voto de no hablar. Al acostarse, Lavretzky cogió un paquete de periódicos franceses, que no había leído hacia quince días. Con un movimiento maquinal comenzó a romper las fajas y recorrió negligentemente las columnas que no contenían nada de nuevo. Iba ya a arrojarlos lejos de sí, cuando un nombre le hizo fijarse. Aquel Edouardo, a quien ya conocemos, anunciaba a sus lectores una noticia dolorosa.

«La encantadora y seductora moscovita -escribía,- una de las reinas de la moda, el

ornamento de los salones parisienses, la señora de Lavretzky, había muerto casi repentinamente; acababa de recibir esta noticia, que desgraciadamente era muy cierta. - Se puede decir -continuaba, -que yo fui uno de los amigos de la difunta. »

Lavretzky volvió a vestirse, bajó al jardín y estuvo paseando hasta la mañana.

XXVII

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, Lemm suplicó a Lavretzky que le diese un caballo para regresar a la ciudad.

-Ya es hora de que reanude mi trabajo, es decir, mis lecciones -dijo,- aquí pierdo inútilmente el tiempo.

Lavretzky no le contestó en seguida; parecía distraído.

-Muy bien -dijo al fin, -yo también me iré con usted.

Lemm hizo su maleta sin la ayuda del criado y rompió y quemó algunas hojas de papel de música. Al salir de su despacho, Lavretzky se metió en el bolsillo el periódico de la víspera. Durante el trayecto sólo cambiaron algunas palabras; ambos iban muy preocupados con sus propios pensamientos y muy a gusto con no ser distraídos. Separáronse bastante fríamente, lo que, por lo demás, sucede con frecuencia en Rusia entre buenos amigos. Lavretzky llevó al viejo hasta su casita. Este, al bajar del carruaje, cogió él mismo su maleta, que oprimió contra el pecho; y sin dar la mano a Lavretzky, sin mirarlo siquiera, le dijo en ruso:

-Adiós.

-Adiós, -repitió Lavretzky dando al cochero la orden de dirigirse a su casa.

Tenía un apeadero en O...

Después de escribir algunas cartas y de comer a escape, Lavretzky se dirigió a casa de los Kalitine; en el salón no encontró más que a Panchine. Este le dijo que María Dmitrievna iba a llegar, y entabló con él una conversación en el tono más amistoso. Hasta aquel día, Panchine había tratado a Lavretzky, no precisamente con altanería, pero sí con una especie de condescendencia; pero Lisa, al contar a Panchine su excursión de la víspera, había hablado de Lavretzky como de un hombre galante y de un espíritu distinguido; esto fue bastante para que Panchine deseara hacer la conquista de aquel hombre galante, de aquel espíritu distinguido. Comenzó haciendo elogios de Wassiliewskoe, que debía ser encantador a creer las frases de admiración que había oído a toda la familia. Según su costumbre, llevó diestramente la conversación sobre sí mismo, habló de sus ocupaciones, de su manera de entender la vida, el mundo y el servicio; lanzó dos o tres frases acerca del porvenir de Rusia y de la manera cómo hay que tener las riendas del Gobierno; a este propósito bromeó agradablemente sobre sí mismo, o insinuó que le habían dejado entender en Petersburgo que convenía popularizar la idea del catastro; habló mucho tiempo con seguridad y en tono negligente, resolviendo todas las dificultades, y jugando con las cuestiones más arduas de la política y de la Administración como un escamoteador con los cubilletes. A cada momento se le escapaban frases como ésta: «He aquí lo que yo haría si fuera Gobierno; usted tiene demasiado talento para no ser de mi opinión.» Lavretzky escuchaba fríamente las digresiones de Panchine. Aquel guapo joven, tan lleno de ingenio, tan elegante, con su sonrisa tan serena, sus ojos escrutadores y su voz insidiosa, le desagradaba soberanamente. Panchine notó en seguida, con su gran perspicacia, que su conversación no proporcionaba ningún placer a su interlocutor, y se alejó con un pretexto plausible, decidiendo, en su interior, que Lavretzky era acaso un hombre galante, pero también una persona poco simpática, áspera, y, en suma, bastante ridícula. María Dmitrievna llegó acompañada de Guedeonofsky; después entraron Marpha Timofeevna y Lisa, y luego otros amigos de la casa. Llegó también la señora de Belenitzni, aficionada a la música; era una mujer delgada, de lindo rostro, casi infantil. Llevaba un traje negro, de mucho efecto, un abanico de muchos colores y gruesas pulseras de oro. La acompañaba su marido, hombre ordinario y mofletudo, muy colorado, de pestañas claras, grandes pies y grandes manos, y una sonrisa estereotipada en sus gruesos labios -, su mujer no le hablaba nunca en sociedad; en casa, en sus momentos de ternura, lo llamaba «su cochinitillo». Panchine volvió también; el salón se animó; pero toda aquella gente desagradaba a Lavretzky, y especialmente le contrariaba la señora de, Belenitzni que lo perseguía con su lente. Si no hubiera sido por la presencia de Lisa, habría abandonado el salón. Deseaba hablar con ella, pero hacía mucho que esperaba el momento oportuno, y tuvo que contentarse con seguirla con los ojos con secreta alegría. Nunca le había parecido su rostro más noble y más encantador; la vecindad de la señora de Belenitzni la favorecía; movíase ésta constantemente en la silla, se encogía de hombros, reía con una risa afectada, en tanto entornaba los ojos, en tanto los abría desmesuradamente. Lisa tenía un aspecto lleno de reserva; miraba ante sí, y no se reía. La dueña de la casa se sentó a una mesa de juego con Marpha Timofeevna, la señora de Belenitzni y Guedeonofsky, que jugaba muy despacio, se equivocaba a menudo y se secaba

constantemente la cara.

Panchine se creyó obligado a tomar un aire melancólico; hablaba por monosílabos, con esa expresión de hombre desengañado que también sienta al artista no comprendido; y las instancias de la señora de Belenitzni, que coqueteaba con él, y le suplicaba que cantase, lo encontraron inflexible: no cantó su romanza. Le estorbaba Lavretzky.

Teodoro Ivanowitch estaba también taciturno: tenía un aspecto singular que chocó a Lisa tan pronto como entró; presentía la joven que tenía él algo que decirle, pero sin darse cuenta de sus sentimientos temía preguntarle. Al fin, al atravesar la pieza para servir el té, volvió, como por un movimiento involuntario, la cabeza de su lado. Lavretzky la siguió.

-¿Qué tiene usted? -le dijo Lisa colocando la tetera en el samovar.

-¿Ha notado usted algo? -balbuceó.

-No es usted hoy el mismo de otros días.

Lavretzky se inclinó sobre la mesa.

-Quería -dijo,- comunicar a usted una noticia, pero en este momento es imposible. De todos modos, lea usted lo señalado con lápiz en este periódico - añadió entregándole el que había llevado. -Le ruego que me guarde el secreto; volveré mañana.

Lisa estaba turbada... Panchine asomó en la puerta, y ella escondió el periódico.

-¿Ha leído usted *Obermann*, Elisaveta Michailowna? -le preguntó Panchine con aire pensativo.

Lisa le contestó apenas al pasar, y subió a su cuarto. Lavretzky volvió al salón y se acercó a la mesa de juego. Marpha Timofeevna, muy encarnada y sueltas las cintas de su gorro, se quejaba de su compañero. Según ella, Guedeonofski no sabía jugar una carta.

-Parece -decía, -que es más fácil. inventar historias que jugar.

El otro seguía guiñando los ojos y secándose, la frente.

Lisa volvió y se sentó en un rincón; cruzáronse sus miradas y las de Lavretzky, y los dos se sintieron violentos. Este leyó en el rostro de la joven vacilación y como un secreto reproche. No podía hablar con ella como hubiera querido, y le era imposible estar indiferente; se decidió a abandonar el salón. Al despedirse, tuvo tiempo de decirle que volvería al día siguiente y que contaba con su amistad.

-Venga usted -le dijo Lisa con la misma expresión vacilante.

Panchine se animó así que se fue Lavretzky. Se puso a dar consejos a Guedeonofski, bromeó con la señora de Belenitzni y cantó al fin su romanza. Sin embargo, conservó, respecto a Lisa, el mismo tono y la misma mirada, algo de triste y de profundamente sentido.

Lavretzky pasó otra noche sin dormir. No estaba, sin embargo, ni afligido ni agitado, y, por el contrario, sentía que afluían a su alma la calma y la serenidad; pero no podía cerrar los ojos. El pasado ni siquiera le venía a la memoria; se concentraba en su vida actual. Los latidos de su corazón eran llenos e iguales: huían las horas, y él no pensaba en dormir. Por momentos sabíale al cerebro una idea, y se decía: «¡Nada de esto es verdad, esto es una locura!» Pero se detenía a pensar en ello, y luego trataba de darse cuenta de su situación y de sondear su porvenir.

XXVIII

La acogida que María Dmitrievna hizo a Lavretzky cuando apareció al día siguiente no fue de las más benévola. «Toma costumbres», pensó. Le gustaba poco, y Panchine, que ejercía sobre ella gran influencia, había hecho de él la víspera un elogio tan pérfido como desdenoso. Como no veía en él un extraño y no admitía la obligación de molestarse por un pariente, aún no había transcurrido media hora cuando ya recorría Fedor las calles del jardín con Lisa. No lejos de ellos Lenotchka y Schourotschka loqueaban por los parterres. El estaba más pálido que de ordinario, sin mostrarse menos tranquilo. La joven sacó de su bolsillo el periódico y se lo entregó.

-¡Esto es horrible! -dijo.

Lavretzky no contestó.

-Y acaso no sea verdad -añadió Lisa.

-Por eso rogué a usted que no hablara de ello.

Lisa dio algunos pasos.

-¿Y no está usted afligido?

-No puedo darme cuenta de lo que experimento.

-¿Pero no la amó usted... en otro tiempo?

-Sí, la amé.

-¿Mucho?

-Mucho.

-¿Y no le causa pena su muerte?

-Es que no es hoy cuando ha muerto para mí.

-Eso que dice usted es un pecado. Y no se enfade conmigo. Me ha dado usted el título de amiga, y una amiga puede decirlo todo. Yo le aseguro que experimento una especie de terror. Ayer tenía usted mala expresión. ¿Recuerda que no hace mucho la acusaba duramente? Acaso en aquel momento ya no estaba en el mundo. Eso es horrible; es como un castigo que le hubiera usted infligido.

Lavretzky sonrió con amargura.

-¿Lo cree usted así? ¡Pero al menos soy libre!

Lisa se estremeció ligeramente.

-No me hable así. ¿Qué va usted a hacer de su libertad? Ahora no debe pensar más que en el perdón...

-Hace ya mucho tiempo que perdóné -interrumpió Lavretzky alzando la mano.

-¡No, no es eso! -exclamó Lisa enrojeciendo. No me ha comprendido usted. Debe usted pensar en hacerse perdonar.

- ¿Y quién debe perdonarme?

-¿Quién?... ¡Dios!.. ¿Quién le ha de poder perdonar, sino Dios?

Lavretzky le cogió una mano.

-¡Ah, Lisa! Créame usted, bastante castigado he sido. Crea usted que todo lo he expiado.

-Usted no puede saberlo -dijo Lisa a media voz... -Ha olvidado usted que no hace mucho tiempo cuando me hablaba de esto, no quería perdonarla.

Siguieron paseándose en silencio.

-¿Y su hija de usted? -preguntó la joven.

Y se detuvo.

Lavretzky, turbado, levantó de pronto la cabeza.

-¡Oh, no tenga usted cuidado! He escrito ya en todas direcciones. El porvenir de mi hija como usted... como usted dice, está asegurado. No se inquiete por eso.

Lisa sonrió tristemente.

-Pero tiene usted razón -siguió Lavretzky.

-¿Qué voy a hacer de mi libertad? ¿Para qué la necesito?

-¿Cuándo ha recibido usted ese periódico? -murmuró Lisa sin contestar a la pregunta.

-Al día siguiente de la visita de usted.

-Y realmente... realmente, -no ha vertido usted una lágrima?

-No. Me quedó aterrado. Por lo demás, ¿de dónde sacar las lágrimas? ¡Llorar el pasado! El mío ha desaparecido. Su falta no destruyó mi dicha; me probó que no había existido nunca. ¿A qué llorar entonces? Por lo demás, ¿quién sabe? Es posible que esta noticia me hubiera afligido llegando quince días antes.

-¿Quince días? -dijo Lisa. -¿Qué le ha sucedido a usted en esos quince días?

Lavretzky no contestó. Lisa se puso colorada.

-¡Sí, sí, lo ha adivinado usted! - exclamó de pronto Lavretzky. -Durante esos quince

días, he sabido que había un alma pura, y mi pasado se ha alejado de mí más que nunca.

Lisa, muy conmovida, se alejó lentamente para reunirse a las niñas en el parterre.

-Y yo estoy muy contento de haber enseñado a usted este periódico -le decía Lavretzky siguiéndola...-Ya me he acostumbrado a no ocultarle nada, y espero que usted me pagará con la misma confianza.

-¿Cree usted? -murmuró Lisa deteniéndose -En ese caso yo debería... ¡Pero no, eso es imposible!

-¿Qué? Hable usted.

-Verdaderamente, me parece que no debo... por lo demás -añadió Lisa sonriendo y volviéndose hacia Lavretzky...-¿por qué no ser franca del todo? Hoy he recibido una carta.

-¿De Panchine?

-Sí, de él. ¿Cómo lo sabe usted?

-¿Le pide a usted su mano?

-Sí -contestó Lisa fijando una mirada seria y penetrante en Lavretzky.

Este, a su vez, la miró seriamente.

-¿Y qué le ha contestado usted? -dijo haciendo un esfuerzo.

-No sé qué contestar -dijo Lisa, dejando caer los brazos, que tenía cruzados.

-¡Cómo! ¿Pero usted lo ama?

-No me disgusta, me parece que es un hombre bien educado.

-Hace cuatro días me dijo usted lo mismo y en los mismos términos. Querría yo saber si lo ama usted con ese sentimiento fuerte y apasionado que se acostumbra a llamar amor.

-Como usted lo comprende, no.

-¿No está usted enamorada?

-No. ¿Es eso indispensable?

-¡Cómo!

-Le gusta a mamá; es bueno; no tengo nada contra él.

-Y sin embargo, ¿usted vacila?

-Sí... Acaso tiene usted la culpa con sus palabras... ¿Recuerda usted lo que decía anteayer? ¡Pero eso es una debilidad!

-¡Oh, hija mía! -exclamó Lavretzky con voz temblorosa. -¡Lejos de usted esa prudencia engañadora! No llame usted debilidad al grito de su corazón que no quiere entregarse sin amor. No contraiga usted una responsabilidad tan terrible respecto de ese hombre, a quien no ama, y al cual se dejaría encadenar.

-Escucho y no me comprometo a nada -dejó escapar Lisa como una especie de promesa.

-Escuche usted a su corazón; sólo él le dirá la verdad - prosiguió Lavretzky -.La experiencia, la razón, no son más que vanas palabras. No se prive usted de lo que hay más hermoso, de lo única felicidad en la tierra.

-¿Es usted quien habla así, Teodoro Ivanowitch? Usted que se casó por amor, ¿fue dichoso?

Lavretzky juntó las manos.

-¡Ah, no hable usted de mí! ¡Usted no podría comprender lo que puede confundir con el amor un joven sin experiencia y sin educación! Y además, ¿á qué calumniarse? Acabo de decir a usted que no he conocido la dicha... y eso no es verdad, ¡he sido dichoso!

Me parece, Teodoro Ivanowitch -murmuró Lisa muy turbada y bajando la voz (cuando no era de la opinión de su interlocutor, bajaba siempre la voz) -me parece que la dicha en la tierra no depende de nosotros.

-Sí, depende de nosotros, de nosotros, ¡créame usted! -y le cogió las dos manos; Lisa palideció y lo miró con atención, casi con terror con tal que no extraviemos nosotros mismos nuestra existencia. Para algunas personas puede ser una desgracia el matrimonio de amor; pero no para un carácter firme como usted y para un alma tan serena. Yo se lo suplico, no se case usted sin amor y sólo por deber, por abnegación: ¿qué sé yo? Eso es escepticismo, eso es cálculo, y el peor de todos. Créame usted, tengo el derecho de decirlo, derecho que he comprado muy caro. Y si su Dios...

En este momento, notó Lavretzky que las dos niñas se habían acercado a Lisa y la miraban con asombro. Soltó la mano de la joven y exclamó en seguida:

- Perdóneme.

Y se dirigió hacia la casa.

-Todavía le pido a usted una cosa -dijo volviendo hacia Lisa. -No se decida demasiado pronto, espere, piense en lo que lo he dicho. Si no hace usted caso de mi palabra, si se decide a un matrimonio de conveniencia, ni aun en ese caso debe casarse con Panchine. Este no puede ser su marido... ¿Me promete usted no apresurarse?

Lisa quiso contestar, pero no pudo decir ni una palabra, no porque hubiera tomado el partido de no apresurarse, sino porque su corazón latía con mucha fuerza y porque un sentimiento parecido al miedo le oprimía el pecho.

XXIX

Al salir de casa de los Kalitine, Lavretzky se encontró con Panchine, y ambos se saludaron fríamente. Lavretzky volvió a su casa y se encerró. Experimentaba sensaciones que no había sentido nunca. ¿Había transcurrido mucho tiempo desde que se encontraba sumergido en aquel apacible entorpecimiento? ¿Había transcurrido mucho tiempo desde que se sentía, como él decía, en el fondo del río»? ¿Qué es lo que había cambiado su situación? ¿Qué es lo que lo había subido otra vez a la superficie? ¡El fenómeno más ordinario, el más inevitable, aunque el más inesperado, la muerte! Sí, pero no pensaba tanto en la muerte de su mujer, en su propia libertad, como en la respuesta, que Lisa daría a Panchine. Sentía bien, que hacía tres días la miraba de otro modo; recordaba que, al volver a su casa, en el silencio de la noche, se había dicho: «¡Oh, si... en otras circunstancias! ... »

Y he aquí que este voto apenas formulado, este sueño aplicado al pasado, a lo imposible, se realizaba, aunque de otra manera; pero no le bastaba su libertad. «Obedecerá a su madre, pensaba, se casará con Panchine; pero, aunque se negara, ¿cambiaría esta negativa mi posición?» Al ver su rostro en un espejo se encogió de hombros.

El día pasó rápidamente en estas reflexiones; cuando llegó la noche, Lavretzky se dirigió a casa de los Kalitine. Iba de prisa, pero al acercarse a la casa aflojó el paso. Ya estaba a la puerta el *droschky* de Panchine. «Pues bien, pensó Lavretzky, no seré egoísta». Entró: la casa parecía desierta y en el salón reinaba el silencio; abrió la puerta y vio a María Dmitrievna, que jugaba su partida de piquet con Panchine. Panchine le saludó en silencio, y la dueña de la casa dijo frunciendo ligeramente las cejas:

-¡Ah, no lo esperábamos!

Lavretzky se sentó a su lado y miró el juego.

-¿Conoce usted el piquet? -le preguntó ella con impaciencia, quejándose de haber salido mal.

Panchine contó noventa e hizo sus bazas con una fría cortesía y una expresión de dignidad calculada. Así es como deben jugar los diplomáticos, así es como Panchine jugaba en Petersburgo cuando hacía la partida a algún alto dignatario a quien quería inspirar alta idea de su prudencia y de su madurez: «Ciento uno, ciento dos, *corazón*, ciento tres», decía cadenciosamente y Lavretzky apenas podía deducir si era la suficiencia o la contrariedad la que daba aquella cadencia a su voz.

-¿Se puede ver a Marpha Timofeevna? -preguntó al observar que Panchine tomaba aires más dignos todavía al barajar las cartas. El artista había desaparecido completamente en él.

- Ya lo creo; está en su cuarto, arriba respondió María Dmitrievna -puede usted anunciarse.

Lavretzky subió. Encontró a Marpha Timofeevna también en su partida: jugaba al *douratchki* con Nastasia Carpowna. Roscka se puso a ladrar; pero las dos ancianas lo acogieron cordialmente. Marpha Timofeevna, sobre todo, parecía de muy buen humor.

-¡Ah, Fedia! Sé bien venido -le dijo, -siéntate, vamos a acabar nuestra partida. ¿Quieres dulces? Schourotschka, tráele el tarro de las fresas. ¿No quieres? Entonces, ponte aquí, pero no fumes. No puedo sufrir vuestro maldito tabaco; además, hace estornudar a Matross.

Lavretzky se apresuró a tranquilizar a la anciana, diciéndole que no tenía ganas de fumar.

-¿Has estado abajo?- continuó ésta. - ¿A quién has visto allí? Panchine no se mueve. Y a Lisa, ¿la has visto? No, ella quería -venir aquí. ¡Ah, mírala! Basta pronunciar su nombre para que aparezca en seguida como una dulce visión.

Lisa se puso colorada al ver a Lavretzky.

-Vengo nada más que un minuto, Marpha Timofeevna - dijo.

-¿Y por qué un minuto?- interrumpió la anciana señora. -¡Siempre estáis ocupadas las jóvenes! Ya ves, tengo una visita; charla un poco con él, entreténlo.

Lisa se sentó, y alzando los ojos hacía Lavretzky, comprendió que tenía que comunicarle el resultado de su entrevista con Panchine. Pero ¿cómo hacerlo? Estaba turbada y confusa. Lo conocía hacía muy poco tiempo, y he aquí que ya lo hacía su confidente y que abría todos los secretos de su alma a aquel hombre que iba rara vez - a la iglesia y que sentía tan poco la pérdida de su mujer... Verdad es que él se interesaba por ella, que ella creía en él y que hacía él lo arrastraba una fuerza irresistible. De todos modos, sentíase avergonzada como si un extraño hubiera entrado en su alcoba virginal.

Marpha Timofeevna acudió en su ayuda.

-Si tú no te ocupas de él, ¿qué va a hacer este pobre hombre? Soy muy vieja para él, tiene para mí demasiado talento, y para Nastasia Carpowna es demasiado viejo; a ella no le gustan más que los jovencitos.

-¿Cómo distraeré yo a Teodoro Ivanowitch? -murmuró Lisa. -Más bien tocaré algo en el piano si quiere -añadió con acento indeciso.

-Perfectamente; eres tan lista como un ángel -respondió Marpha Timofeevna. - Bajad, hijos míos, y volved cuando hayáis concluido. ¡Ea, ya me he quedado capote; esto da rabia! Vamos, la revancha.

-Lavretzky siguió a Lisa. Esta se detuvo al bajar la escalera.

-No en vano se acusa a las mujeres de inconsecuencia - dijo. -El ejemplo de usted habría debido asustarme y hacerme desconfiar de los matrimonios de amor, y he...

-¿Ha rehusado usted? - interrumpió Lavretzky.

-No; pero tampoco he consentido. Le he dicho todo lo que sentía; le he rogado que espere. ¿Está usted contento? -añadió con una rápida sonrisa.

Y bajó de prisa la escalera, tocando apenas el pasamano con la suya.

-¿Qué quiere usted que toque? -preguntó abriendo el piano.

-Lo que usted quiera -respondió Lavretzky colocándose de modo que pudiera contemplarla.

Lisa preludió algunos compases. Al fin alzó sus ojos hacia Lavretzky y se detuvo. Tenía el rostro de éste una expresión tan extraña, tan extraordinaria, que le preguntó:

-¿Qué tiene usted?

-Nada -contestó él,- siento una dulce quietud; y estoy tan contento de verla...

-Me parece - dijo Lisa algunos instantes después -que si realmente me hubiera amado, no habría escrito esa carta; habría debido adivinar que en este momento no podía darle otra respuesta.

-¡Poco importa! Lo importante es que usted no lo ame.

-Cállese. ¿Qué está usted ahí diciendo? Siempre tengo delante de los ojos la sombra de su mujer, y me da usted miedo.

-Valdemar, ¿no le parece a usted que mi Liseta toca muy bien? -decía al mismo tiempo María Dmitrievna a Panchine.

-Sí -respondía éste, -muy bien.

María Dmitrievna miró benévola a su contrario de juego; pero éste tomó un aire más importante, más atento que nunca, y cantó catorce de rey.

XXX

Lavretzky no era ya joven; no podía engañarse mucho tiempo acerca del sentimiento que le inspiraba Lisa; aquel día adquirió definitivamente el convencimiento de que la amaba. No se alegró mucho de ello. «¿Es posible, pensó, que a los treinta y cinco años no tenga yo otra cosa que hacer que confiar mi alma a una mujer? Pero Lisa no se parece a la otra; ella no me habría preparado una vida de humillaciones; ella no me habría apartado de mis estudios; hasta me habría inspirado una actividad honrada y seria y habríamos caminado juntos hacia un noble objeto. Sí, dijo para cerrar sus reflexiones, todo esto es muy hermoso, pero ella no querrá seguir esta senda conmigo. ¿No me ha dicho que yo le daba miedo? Es verdad que no ama a Panchine... ¡Triste consuelo!

Lavretzky partió para Wassiliowskoe, pero no estuvo aquí más de cuatro días; el aburrimiento lo echó fuera. También lo atormentaba la impaciencia: no recibía ninguna carta, y la noticia dada por Edouardo necesitaba confirmación. Se dirigió a la ciudad y pasó la velada en casa de los Kalitine. Le era fácil notar que María Dmitrievna no lo quería; pero llegó a dulcificarla perdiendo con ella una docena de rublos al piquet. Pudo hablar con Lisa una media hora, aunque la víspera la madre había recomendado a su hija que mostrase menos familiaridad con un hombre «que estaba tan en ridículo». Observó en ella algún cambio. Parecía más pensativa que de costumbre; le reprochó el haberse ausentado, y luego le preguntó si al día siguiente iría a misa. El día siguiente era domingo.

-Vaya usted -le dijo antes de que él tuviera tiempo de contestar, -rezaremos juntos por el reposo de su alma.

Añadió que no sabía qué hacer, que no sabía si tenía el derecho de hacer esperar a Panchine.

-¿Por qué? -le preguntó Lavretzky.

-Porque comienzo a sospechar de qué naturaleza será mi resolución.

Y pretextó un dolor de cabeza y subió a su cuarto, tendiéndole la mano con aire irresoluto.

Al día siguiente Lavretzky fue a la iglesia; Lisa estaba ya allí. Rezaba con fervor; sus miradas estaban llenas de un brillo suave; su linda cabeza se inclinaba y se levantaba con un movimiento blando y lento. Lavretzky comprendía que rezaba por él, y su alma se abismó en una especie de éxtasis. Pero, a pesar de aquella dulce emoción, sentíase turbada la conciencia. La multitud silenciosa y grave, la vista de rostros amigos, la armonía del canto, al olor del incienso, los rayos oblicuos del sol, la obscuridad de la bóveda y de los muros, todo hablaba a su corazón. Hacía mucho tiempo que no había estado en la iglesia, que no había vuelto sus miradas a Dios: en aquel mismo momento ningún rezo salía de sus labios; no oraba ni siquiera mentalmente, pero protestaba, por decirlo así, su corazón en el polvo. Se acordó de que en su infancia jamás acababa el rezo sino después de haber sentido sobre su frente, como una débil sensación, el contacto de un ala invisible: era, pensaba entonces, su ángel de la guarda que venía a visitarlo y mostraba su consentimiento. Alzó sus ojos hacia Lisa...

-Tú eres quien me ha traído aquí -se dijo, -Roza también mi alma con tu ala.

Lisa seguía rezando dulcemente; pareciale que su rostro radiaba, y sentía fundirse su corazón; reclamaba de aquella alma, hermana de la suya, el perdón y el reposo para su alma...

En el atrio se reunieron; ella lo acogió con una alegría grave y amistosa; el sol iluminaba el césped del jardín de la iglesia y prestaba más brillo a los variados trajes y a los abigarrados pañuelos de las mujeres; las campanas de las iglesias vecinas resonaban en los aires; los pájaros gorjeaban en los vallados de los jardines. Lavretzky se mantenía con la cabeza descubierta y la sonrisa en los labios; un ligero viento jugaba con sus cabellos y los mezclaba a los lazos del sombrero de Lisa. Le ayudó a subir al carruaje con Lenotchka, dio todo el dinero que llevaba a los pobres, y se dirigió lentamente a su casa.

XXXI

Entonces comenzaron para él días dolorosos. Lo dominaba un pensamiento. Todas las mañanas iba al correo, abría con mano febril las cartas y los periódicos, y nunca encontraba nada que pudiera confirmar o contradecir la fatal noticia. Por momentos sentía horror de sí mismo. «¿Cómo no me avergüenzo -se decía, -de esperar la confirmación de la muerte de mi mujer como el cuervo espera su presa?» Todos los días iba a casa de los Kalitine, sin poder encontrarse allí mejor. La dueña de la casa lo recibía desde lo alto de su grandeza; la cortesía de Panchine era exagerada; Lemm, dominado por sur melancolía, le saludaba apenas, y, lo que era más triste, Lisa parecía huir de él. Cuando por casualidad se quedaban solos, en vez de la antigua confianza, uno y otro no encontraban de su parte más que embarazo; ella no sabía qué decirle, y él se sentía turbado. Lisa había cambiado en algunos días; notábase desigualdad en su humor, cierta secreta agitación en su voz, en su risa, en todos sus movimientos. María Dmitrievna, cegada por su egoísmo, no veía nada; pero Marpha Timofeevna comenzaba a hacer observaciones sobre su favorita. Lavretzky reprochábase con frecuencia haber enseñado el periódico a Lisa; no podía ocultársele que, había algo de mortificante para. la delicadeza de un alma pura en aquella situación. Suponía que el cambio de Lisa era tan sólo por la Incha que se producía ella misma, por sus vacilaciones acerca de la naturaleza de su respuesta definitiva. Una vez, le devolvió una novela de Walter Scott que él le había prestado..

-¿Ha leído usted este libro?

-No; no tengo la cabeza para libros -respondió Lisa tratando de alejarse.

-Espere usted un momento -dijo él,- hace ya mucho tiempo que no hemos estado solos. Parece que me teme usted.

En efecto.

-¿Pero, por qué, en nombre del cielo?

-No lo sé.

Lavretzky se calló.

-Dígame usted -añadió, -¿no ha tomado usted una resolución?

-¿Qué quiere usted decir? -murmuró ella sin levantar los ojos.

-¿No me entiende usted?

El rostro de Lisa se inflamó de pronto.

-No me pregunte usted -dijo vivamente; -no sé nada, ni yo misma me comprendo.

Y se alejó en seguida.

Al día siguiente, llegó Lavretzky a casa de los Kalitine después de comer, y encontró los preparativos para un rezo nocturno.

En un ángulo del comedor, habían colocado muchas imágenes, recamadas de placas de metal incrustadas de pedrerías, - sobre una mesa cuadrada, cubierta con un paño blanco, y apoyada contra la pared. Un viejo servidor, con frac gris y con zapatos, atravesó la pieza lentamente y sin hacer ruido, puso los candeleros delante de las imágenes, hizo la señal de la cruz, se inclinó y salió con el mismo paso. El salón estaba vacío y sombrío. Lavretzky dio la vuelta y preguntó si eran los días de alguien. Le respondieron en voz baja que no, pero que aquella ceremonia se hacía a petición de Lisaveta Michailowna y de Marpha Timofeevna, que hasta se quisieron hacer llevar la imagen milagrosa; pero ésta la habían llevado a treinta verstas de allí a visitar a un enfermo. Llegó el cura con sus acólitos. Era un hombre de edad madura y calvo; tosió ruidosamente en la antecámara; las señoras salieron entonces en fila para recibir su bendición; Lavretzky les saludó en silencio y ellas le contestaron también en silencio. El sacerdote permaneció algún tiempo en pie, tosió una vez más, y preguntó con voz de bajo que trataba de ahogar:

-¿Comenzamos?

-Comience, padre mío - dijo María Dmitrievna.

Revistióse él sus ornamentos, el acólito se uso una estola, y, con voz compungida, pidió brasas; esparcióse por la casa olor a incienso. Vióse aparecer en la antecámara a los criados y a las doncellas, que se agruparon en masa a la puerta. Roscka, que no bajaba nunca al piso bajo, apareció de pronto; la persiguieron, y, asustada se puso a dar vueltas alrededor de la pieza; al fin logró cogerla un lacayo. Comenzaron las oraciones.

Lavretzky se arrimó a la pared, en un rincón; estaba bajo la influencia de impresiones extrañas y tristes; no se podía dar cuenta de lo que experimentaba. María Dmitrievna ocupaba el sitio de honor, delante del sillón; hacia la señal de la cruz con un gesto lánguido, con aire de gran señora, y movía lentamente la cabeza o alzaba los ojos al

cielo; se aburría evidentemente. Marpha Timofeevna parecía entregada por completo a sus preocupaciones. Nastasia Carpowna se prosternaba hasta el suelo y hacía el menos ruido posible. Lisa no hizo un movimiento; fácilmente se veía, en la expresión concentrada de su rostro, que rezaba con fervor. Al fin de la ceremonia, acercándose a la cruz, besó también la mano del sacerdote. María Dmitrievna invitó a éste a tomar el té; y despojado de sus vestiduras sacerdotales, adoptó un aire mundano y pasó con las señoras al salón. La conversación era poco animada. El sacerdote se bebió cuatro tazas de té. Se secaba a cada momento la frente con el pañuelo; contó, entre otras historias, que el comerciante Avachnikoff había donado seiscientos pesos para dorar la cúpula de la iglesia, y dio a conocer a la concurrencia una receta infalible contra las pecas. Lavretzky trató de colocarse junto a Lisa, pero el continente de la joven era severo, casi rígido; no le concedió ni una mirada. Parecía que hacía como si no lo viese. En su exaltación guardaba una actitud grave y reservada. Lavretzky, al contrario, sentíase de un humor alegre y apenas podía moderar la sonrisa; pero su corazón estaba turbado. Retiróse al fin, lleno de secretas aprensiones... Comprendía que había en el corazón de Lisa un rincón donde no podía penetrar. Otra vez en el salón, escuchaba Lavretzky las largas disertaciones de Guedeonofski, cuando al volver inopinadamente la cabeza del lado de Lisa, sorprendió, fija en él, la mirada profunda y escrutadora de la joven; pensó en ella toda la noche. Amaba, pero su amor no era el de un niño; consumirse en vanos suspiros no era cosa de su edad, y, por otra parte, no era este el sentimiento que podía inspirar Lisa; pero el amor tiene tormentos para todas las edades, y a él le estaba reservado probarlos todos.

XXXII

Un día, fiel a su costumbre, encontrábase Lavretzky en casa de los Kalitine. A un día de calor sofocante había sucedido una noche tan hermosa, que María Dmitrievna, a pesar de su miedo a las corrientes de aire, hizo abrir puertas y ventanas, y declaró que no jugaría.

-Sería un pecado -decía,- no gozar de la Naturaleza con un tiempo semejante.

No había allí más extraño que Panchine. Bajo la influencia de aquella poética noche, sentíase más inspirado; pero no queriendo cantar delante de Lavretzky se lanzó en la poesía; dijo con algún arte, pero exagerando la entonación y marcando la intención demasiado, algunas poesías de Lermontoff-Pouschkine no había recobrado su antigua boga; -después, como satisfecho de sus bríos, se puso a declamar contra las generaciones modernas, a propósito de la *douma*, y no dejó escapar la ocasión de decir de qué modo lo habría cambiado todo si hubiera tenido el poder en sus manos. .

-La Rusia -decía,- no está al unísono con Europa; hay que hacerla avanzar a su nivel; por otra parte, nos falta el genio de la invención. El mismo Lermontoff confiesa que no hemos inventado ni siquiera una ratonera. Es, pues, natural que imitemos a los demás. «Estamos enfermos», dice Lermontoff -, soy de su opinión; pero no estamos enfermos sino porque somos europeos a medias; nuestro remedio está en nuestro mal. (El catastro, pensó Lavretzky.) Entre nosotros están convencidas las mejores cabezas; en el fondo todos los pueblos son los mismos; basta darles buenas instituciones, y se conseguirá el objeto. En rigor, se puede respetar los trajes y las costumbres nacionales, esa es cosa nuestra, eso nos toca a nosotros... (iba a añadir: a los hombres de Estado), a nosotros los empleados: y si es preciso, no os inquietéis, las mismas instituciones modificarán los usos más arraigados.

María Dmitrievna aplaudía las palabras de Panchine.

-Es una felicidad -se decía- poseer en su salón un hombre de tanta inteligencia.

Lisa guardaba silencio apoyada en la ventana; Lavretzky se callaba también; Marpha Timofeevna, que jugaba con una de sus amigas en un ángulo de la pieza, murmuraba por lo bajo. Panchine hablaba con abundancia, recorriendo el salón, pero bajo el imperio de un secreto despecho. Se habría dicho que quería provocar una réplica. Un ruiñón había instalado su domicilio en un bosquecillo de filas del jardín. Los primeros acentos de su concierto nocturno, interrumpían aquellos elocuentes discursos; en el horizonte, teñido de rosa por encima de las copas inmóviles de los tilos, asomaban las primeras estrellas. Lavretzky se levantó para responder a Panchine y abrióse la discusión. Lavretzky defendía a los jóvenes y las costumbres nacionales; se fustigaba él mismo y a su generación, pero se declaraba vigorosamente en favor de la juventud, de sus convicciones, de sus tendencias de sus nobles inspiraciones. Panchine respondía con tono decisivo, en el que asomaba una vive irritación. La misión de las gentes de talento, decía, era rehacerlo todo. Y se arrebató hasta tal punto que, olvidando su título de gentilhombre de cámara y su calidad de empleado, tachó a Lavretzky de conservador retrógrado, y se permitió una ligera alusión a su falsa posición en la sociedad. Lavretzky conservó toda su calma y no alzó la voz. Batió a Panchine en todos los terrenos y le demostró la imposibilidad de improvisar de aquel modo una civilización, de poner en práctica los planes imaginados por el orgullo de las altas esteras administrativas, planes que no justificaban ni el conocimiento de las necesidades del país, ni la firme creencia en un absoluto, aunque fuera negativo. En apoyo de lo que decía citaba su propia educación.

-Ante todo -añadía- hay que reconocer la verdad nacional, hay que inclinarse ante ella; sin este acto de humildad, es imposible atreverse, aun contra la mentira.

No se ofendió contra el reproche merecido a su juicio, de un gasto inconsiderado de tiempo y de fuerzas.

-Todo eso es hermoso y bueno - exclamó Panchine con despecho.- Ya ha vuelto usted a Rusia ¿qué va usted a hacer?

-Labrar la tierra - respondió Lavretzky - y labrarla tan bien como sea posible.

-Eso es muy meritorio, seguramente - respondió Panchine, -y se me ha dicho que ha obtenido usted grandes éxitos, pero convenga en que no todos son aptos para ese género de ocupaciones...

-Una naturaleza poética -interrumpió María Dmitrievna -no puede labrar... Y además, usted está llamado a grandes cosas, Vladimiro Nicolaewitch.

Esto fue demasiado, aun para el mismo Panchine; desconcertóse y trató de llevar la conversación a la belleza del cielo estrellado, a la música de Schubert... Pero ya había perdido interés la conversación, y propuso una partida de piquet a María Dmitrievna.

- ¡Cómo! ¡En una noche tan hermosa! -contestó con voz lánguida.

Sin embargo, pidió la baraja. Panchine hizo saltar la cubierta con ruido; durante este tiempo, Lisa y Lavretzky, como si obedecieran a un convenio tácito, fueron a colocarse junto a Marpha Timofeevna. Sentíanse tan dichosos el uno al lado del otro, que tuvieron miedo de quedarse solos. Sentían que la turbación de los últimos días había desaparecido para siempre. La anciana dio un golpecito amistoso en la mejilla a Lavretzky, y mirándolo maliciosamente, moviendo la cabeza:

-Bien has contestado -le dijo al oído -a ese hombre de talento, a ese gran parlanchín.

El salón quedó silencioso; no se oía más que el chisporroteo de las bujías, por momentos, el ruido de una mano sobre el tapete verde, o una exclamación, o la cuenta de los puntos. Al mismo tiempo, el canto del ruiseñor resonaba puro y vibrante, como un desafío, y derramaba en la pieza sus olas melodiosas, con la húmeda frescura de la noche.

XXXIII

Lisa no había pronunciado una palabra durante la discusión, pero había escuchado atentamente a Lavretzky y compartía secretamente su opinión. La política le interesaba poco: pero el tono de suficiencia del empleado (jamás se había mostrado de aquella manera) le molestaba; su desprecio de la Rusia le hirió. Lisa no sospechaba que fuese patriota, pero se encontraba muy bien con los verdaderos rusos. La manera de ser del espíritu ruso le encantaba; con gusto se pasaba hablando horas enteras con el *starosta* de su madre cuando venía a la ciudad: hablábale como a un igual, sin que se pudiera ver nada de molesto en su condescendencia. Lavretzky comprendía todo esto, y no se habría tomado el trabajo de responder a Panchine; no había hablado más que para Lisa.

No cambiaron ni una palabra, y sus ojos apenas se encontraron; ambos comprendían que aquella noche se habían acercado aún más sus corazones, que sus simpatías y sus antipatías eran las mismas. Diferían en un solo punto, pero Lisa esperaba en secreto atraer aquel pecador a Dios. Se sentaron al lado de Marpha Timofeevna y parecían seguir su juego; lo seguían, en efecto, pero al mismo tiempo se dilataban sus corazones, y nada de lo que los rodeaba escapaba a sus sentidos. El ruiseñor cantaba para ellos; para ellos brillaban las estrellas y murmuraban los árboles; la noche tibia y serena los mecía en su voluptuoso abrazo. Lavretzky abandonaba con delicia todo su ser a la ola que lo arrastraba. Jamás expresará la palabra lo que pasaba en el alma pura de la joven: era un misterio para ella misma; que sea también un misterio para todo el mundo. Nadie sabe, ni ha visto, ni verá nunca, cómo la semilla confiada a la tierra y destinada a la vida y al florecimiento se desarrolla y madura.

Dieron las diez; Marpha Timofeevna se retiró con su fiel Nastasia Carpowna; Lavretzky y Lisa dieron algunos pasos por el salón, y se detuvieron delante de la puerta abierta que daba al jardín; sus miradas se sumergieron en las lejanas tinieblas; después se concretaron, sonrieron; parecía que sus manos iban a unirse y que sus corazones iban a derramarse el uno en el otro. Volvieron a donde estaban María Dmitriavna y Panchine, que continuaban la partida de piquet. Hecha la última baza, la dueña de la casa dejó al fin, gimiendo, su sillón lleno de cojines. Panchine tomó el sombrero y besó la mano a María Dmitrievna.

-Hay gentes bien dichosas - observó - que pueden a lo menos dormir o gozar de las dulzuras de la noche.

En cuanto a él, veíase obligado a pasarla trabajando, encorvado sobre estúpidos expedientes. Saludó fríamente a Lisa -le guardaba rencor por hacerle esperar su respuesta - y se alejó; Lavretzky lo siguió. Separáronse en la puerta; Panchine con la punta del bastón, despertó a su ,cochero, se acomodó en su droschky y el carruaje partió. Lavretzky no se sentía dispuesto a meterse en su casa, y se dirigió al campo. La noche era tranquila y clara, aunque no hubiera ,luna. Erró durante mucho tiempo a través de la hierba humedecida por el rocío; presentóse ante él un estrecho sendero, y lo siguió.- Aquel sendero lo condujo hasta una cerca de madera, y delante de tina puertecilla, que intentó abrir con un movimiento maquinal; la puerta cedió rechinando ligeramente, como si no hubiera esperado más que la presión de su mano. -Lavretzky se encontró en un jardín, dio algunos pasos por una calle de árboles y se detuvo asombrado; había reconocido el jardín de los Kalitine. Inmediatamente entró en la sombra de un bosquecillo de nogales, y estuvo allí mucho tiempo inmóvil y lleno de sorpresa.

«La suerte me ha traído aquí», pensó.

Todo estaba en silencio en derredor suyo: del lado de la casa no llegaba ningún sonido. Avanzó con precaución. Al volver una calle, se le apareció la casa, en la que sólo había iluminadas dos ventanas; detrás de las cortinas de Lisa temblaba la llama de una bujía, y en el cuarto de Marpha Timofeevna una lámpara hacía brillar, con sus rojizos reflejos, el oro de las santas imágenes. Abajo estaba abierta la puerta de la terraza. Lavretzky se sentó en un banco de madera, y se puso a mirar aquella puerta y la ventana de Lisa. Daban las doce en el reloj de la ciudad; en la casa, el pequeño reloj de pared dio doce campanadas agudas; el vigilante las repitió acompasadamente en la placa. Lavretzky no pensaba en nada, no esperaba nada; gozaba a la idea de encontrarse tan cerca de Lisa, de descansar en el banco, en el jardín, adonde ella iba algunas veces a sentarse... La luz desapareció del cuarto de Lisa.

-Duerme en paz -murmuró Lavretzky, siempre inmóvil, con la mirada fija en la oscura ventana.

De pronto reapareció la luz en una de las ventanas del piso inferior; pasó por delante de otra y luego se dejó ver en la tercera... Alguien se acercaba con una luz en la mano.

¿Sería Lisa? ¡Imposible!... Lavretzky se levantó... Apareciósele una forma conocida: Lisa estaba en el salón. Vestida con una bata blanca, caídas sobre los hombros las trenzas de sus cabellos, acercóse lentamente a la mesa, se inclinó, y dejando la bujía, buscó algo: luego volvióse hacia el jardín, blanca, ligera, esbelta; en la puerta se detuvo. Un temblor recorrió los miembros de Lavretzky. De sus labios se escapó el nombre de Lisa.

La joven se estremeció y trató de ver en la obscuridad.

-¡Lisa! -repitió más alto Lavretzky saliendo de la sombra.

Lisa, vacilante, adelantó la cabeza con terror, y lo reconoció. El la nombró por tercera vez y le tendió los brazos.

-¡Usted aquí! -balbuceó la joven. -¡Usted aquí!

-Yo... yo... Escúcheme -dijo Lavretzky en voz baja.

Y cogiéndola por la mano, la condujo hasta el banco.

Ella lo siguió sin resistencia: su pálido rostro, sus ojos fijos, todos sus movimientos, expresaban un indecible asombro. Lavretzky la hizo sentarse y se quedó delante de ella.

-No pensaba venir aquí, me ha traído la casualidad... Yo... yo... yo la amo a usted -dijo con voz tímida.

Lisa alzó lentamente sus ojos hacia él; parecía que al fin comprendía lo que sucedía y en dónde estaba. Trató de levantarse, pero no pudo, y se cubrió la cara con las manos.

-¡Lisa! -murmuró Lavretzky - ¡Lisa! -repitió.

Y se arrodilló a sus pies.

La joven sintió pasar por sus hombros un ligero estremecimiento, y apretó con más fuerza la mano contra la cara.

-¿Qué tiene usted? -dijo Lavretzky.

Notó que lloraba y comprendió el sentido de aquellas lágrimas.

-¿Me amaría usted realmente? - preguntó muy bajo rozando sus rodillas.

-¡Levántese usted, levántese usted, Teodoro Ivanowitch! -exclamó la joven. - ¿Qué es lo que hacemos?

El se levantó y se sentó en el banco al lado de ella. Lisa no lloraba ya, y lo miraba atentamente con los ojos humedecidos.

-Tengo miedo. ¿Qué es lo que hacemos? -repitió.

-La amo a usted, y estoy dispuesto a dar por usted mi vida.

La joven se estremeció otra vez, como si hubiera sido herida en el corazón, y alzó los ojos al cielo.

-Todo está en las manos de Dios -dijo.

-¿Pero me ama usted, Lisa? Seremos muy ,dichosos.

Ella bajó los ojos; él la atrajo hacia si dulcemente, y la frente de la joven se apoyó en su hombro... Fedor le alzó la cabeza y buscó sus labios...

Media hora después, Lavretzky estaba en la puerta del jardín. La encontró cerrada y se vio obligado a saltar por encima, de la empalizada. Entró en la ciudad y atravesó las calles dormidas. Un sentimiento de alegría indecible é inmensa llenaba su alma; habían muerto todas sus dudas.

«¡Desaparece, oh pasado, sombría visión! pensaba.- Me ama y es mía.»

De pronto creyó oír en los aires por encima de su cabeza una oleada de sonidos mágicos y triunfantes. Se detuvo: los sonidos resonaron aún más armoniosos, y le parecía que cantaban y contaban su dicha. Volvióse: la música salía de dos ventanas de una casita.

-¡Lemm! -exclamó Lavretzky precipitándose hacia la casa.- ¡Lemm, Lemm! -repitió a gritos.

Cesaron los sonidos y apareció en una de las ventanas la figura del viejo músico, vestido con una bata, los cabellos en desorden y el pecho descubierto.

-¡Ah! -dijo.- ¿Es usted?

-Cristóbal Federowitch, ¿qué maravillosa música es esa? ¡Por favor, déjeme entrar!

El viejo, sin pronunciar una palabra, le echó con un gesto de dignidad exaltada la llave de la puerta, Lavretzky se precipitó en la casa y quiso, al entrar, arrojarle en los brazos de Lemm; pero éste lo contuvo con un gesto imperioso, y señalándole una silla.

-¡Siéntese usted y escuche! -exclamó. en ruso, con acento imperioso.

Se puso al piano, lanzó en derredor suyo una mirada orgullosa y grave, y comenzó.

Hacia tiempo que Lavretzky no había oído nada semejante. Desde el primer acorde invadía el alma una melodía dulce y apasionada; brotaba llena de calor, de belleza, de embriaguez; se abría, despertando todo lo que hay de tierno, de misterioso, de santo, en la naturaleza humana; respiraba tina tristeza inmortal, y se extinguía en los cielos. Lavretzky se irguió; se puso en pie, pálido y estremecido de entusiasmo. Aquellos sonidos penetraban en su alma, conmovida todavía con las felicidades del amor.

-¡Otra vez! ¡Otra vez! -exclamó con voz desfallecida después del último acorde.

El viejo le lanzó una mirada de águila, se golpeó el pecho, y le dijo lentamente en su lengua materna:

-¡Yo soy quien ha hecho esto, porque, yo soy un gran músico!

Tocó otra vez su magnífica composición. En la habitación no había luz; la claridad de la luna, que acababa de alzarse, entraba oblicua por la ventana abierta, el aire vibraba armoniosamente. Aquella pobre pieza oscura parecía llena de rayos, y la cabeza del viejo erguiase alta e inspirada en la argentada penumbra a Lavretzky se acercó y lo estrechó en sus brazos Lemm no contestó a aquellos abrazos; hasta trató de rechazarlo con el codo. Durante mucho tiempo lo miró, inmóvil, con aire severo, casi amenazador.

-¡Ah! ¡Ah! -dijo por dos veces.

Al fin se serenó su frente, recobró la calma y contestó con una sonrisa a las calurosas felicitaciones de Lavretzky; luego se echó a llorar sollozando como un niño.

-Es extraño -dijo, -que haya usted venido precisamente en este momento; pero lo sé, lo sé todo.

-¿Lo sabe usted todo? -dijo Lavretzky con asombro.

-Me ha oído usted -respondió Lemm. -¿No ha comprendido usted que lo sé todo?

Lavretzky no pudo cerrar los ojos en toda la noche, y la pasó sentado en la cama. Lisa tampoco dormía: rezaba.

XXXIV

El lector sabe de qué modo creció y se desarrolló Lavretzky; digamos algunas palabras de la educación de Lisa. No tenía más que diez años cuando murió su padre, que apenas se había ocupado de ella. Abrumado de negocios, completamente dedicado al cuidado de aumentar sus rentas, de un temperamento bilioso, vivo y arrebatado, no economizaba el dinero para pagar maestros y ayas y para vestir a sus hijos; pero no podía sufrir, como él decía, tener que divertir a sus monigotes. Por lo demás, no tenía tiempo para hacerlo. Trabajaba, se absorbía en sus negocios, dormía poco, jugaba raramente a la baraja, y trabajaba siempre; se comparaba a sí mismo a un caballo enganchado a una noria. «Mi vida ha pasado bien pronto,» decía con amarga sonrisa en su lecho de muerte. María Dmitrievna no se ocupó en realidad tampoco de ello, aunque se alababa con Lavretzky de haber educado ella sola a sus hijos; vestía a su hija como una muñeca, la acariciaba delante de gente, le daba los nombres más cariñosos, y nada más. Toda preocupación sostenida fatigaba a aquella indolente naturaleza. En vida de su padre, Lisa estaba confiada a un aya, la señorita Moreau, de París; después de su muerte, quedó al cuidado de Marpha Timofeevna. El lector la conoce. La señorita Moreau era una mujercita pequeña con cerebro de pájaro. En su juventud había tenido una vida muy disipada, y en su vejez no la quedaban más que dos pasiones, la glotonería y la baraja. Cuando estaba saciada, y no jugaba ni charlaba, su rostro parecía en cierto modo la imagen de la nada; respiraba y sus ojos miraban, pero era fácil ver que por aquel cerebro no pasaba ninguna idea. Ni siquiera se lo podía llamar buena; no se puede decir que sean buenos los pájaros. ¿Era esto efecto de una juventud tormentosa, o bien del aire de París que había respirado desde su infancia? Estaba inmunbunda del escepticismo corriente, que se mostraba en ella por estas palabras: *Todo es una tontería*. Hablaba incorrectamente la vieja jerga, parisién; no era chismosa y no tenía caprichos. ¿Qué más se podía pedir a un aya? Ejercía poca influencia sobre Lisa; mayor era la de la criada Agafea Vlassievna.

Era muy extraña la suerte de esta mujer. Había nacido de una familia de labradores. La casaron a los dieciséis años con un campesino; pero se diferenciaba de un modo notable de sus iguales. Su padre, que habla sido *starosta* durante una veintena de años y hecho algunos ahorros, la mimó mucho. Había sido mujer de gran belleza y de una gran elegancia, famosa en los alrededores, llena de ingenio, y hablaba muy bien y muy segura de sí misma. Su señor Pestoff, padre de María Dmitrievna, la vio un día acechando, le habló y se enamoró perdidamente de ella. Quedo, viuda muy pronto; Pestoff, aunque estaba casado, no era muy escrupuloso; la llevó consigo y la vistió como a las gentes de la casa. Agafea se puso en seguida a la altura de su nueva posición; se habría dicho que nunca había vivido de otro modo. Su piel se puso blanca, engruesó, y sus manos se hermosearon bajo las mangas de muselina, como las de una burguesa; en su mesa jamás faltaba el *samovar*; no quiso usar ya más que terciopelo y seda y dormía en almohadones de pluma. Esta vida regalada duró cerca de cinco años. Dmitri Pestoff murió, y su viuda, una excelente mujer, por respeto a su memoria, tuvo con ella algunas consideraciones, y esto le fue tanto más fácil cuanto que Agafea nunca le había faltado al respeto; sin embargo, la casó con un pastor y la despidió de la casa. Pasaron tres años. Un caluroso día de verano, la señora tuvo el capricho de entrar en su granja; Agafea le ofreció una crema deliciosamente fresca; su aspecto era tan humilde, estaba tan cuidada, parecía tan serena, tan satisfecha con su suerte, que su ama le otorgó su perdón y le permitió la entrada en la casa; y seis meses después se había aficionado tanto a ella, que la hizo su mayordoma. Agafea volvió a entrar en el ejercicio de su poder y se puso otra vez gruesa y blanca; la confianza de su señora, no tuvo, por decirlo así, límites. De este modo pasaron otros cinco años. La desgracia cayó de nuevo sobre Agafea. Su marido, a quien ella había hecho ascender hasta la antecámara, se dio a la bebida, se ausentó de la casa señorial y acabó por robar cucharas de plata, que ocultó, hasta buena ocasión, en el cofre de su mujer. Fue descubierto el robo, echaron al marido a sus bestias, y la mujer cayó en desgracia. De mayordoma fue descendida a bordadora, y se le prohibió llevar el gorro; tuvo que ponerse el pañuelo. Agafea soportó el golpe que la hirió con una humilde resignación que asombró a todo el mundo. Tenía entonces más de treinta años; habían muerto todos sus hijos, y su marido no vivió mucho tiempo. Era llegada la hora de volver, sobre sí misma. Se hizo taciturna y muy devota, se mostró asidua a los maitines y a misa, y repartió sus hermosos trajes. Pasó quince años en el silencio, humilde y formal, deferente con todo el mundo. Si alguien le hablaba con dureza, se inclinaba y daba las gracias por la lección. Su ama la había perdonado hacía mucho tiempo y le había vuelto su favor, poniéndole un día su propio gorro en la cabeza; pero Agafea no quiso cambiar

de tocado, y conservó su humilde traje de color oscuro; después de la muerte de su ama, aún se hizo más humilde y más dulce. El ruso obedece fácilmente, pero es difícil adquirir su estimación, que no se da a la ligera. Todo el mundo estimaba a Agafea en la casa; nadie pensaba en los errores del pasado; parecía que habían sido enterrados con el señor.

Al casarse con María Dmitrievna, Kalitine quiso confiar el cuidado de la casa a Agafea, pero ésta rehusó «á causa de las seducciones»; él alzó la voz, y ella le saludó y salió humildemente de la habitación. Kalitine, como hombre de talento, conocía a las gentes; conocía a Agafea, y no la olvidó. Al fijarse en la ciudad, la colocó, con su consentimiento, al lado de Lisa, que no tenía entonces más que cinco años. El aire serio y el severo rostro de la nueva aya intimidaron al pronto a la niña; pero no tardó en familiarizarse con ella, y acabó por quererla vivamente. Lisaveta era una niña seria. Sus rasgos tenían la vivacidad de los de su padre, pero nada de sus ojos; su mirada, al contrario, estaba llena de dulzura y de tranquilidad reflexiva, lo que no es común en los niños. No le gustaba jugar con las muñecas, jamás reía ruidosamente ni mucho tiempo. Era activa, no se abandonaba fácilmente a la contemplación, pero era naturalmente silenciosa. Cuando le ocurría reflexionar, era bajo la impresión de un pensamiento serio, que se manifestaba en las preguntas que dirigía entonces a las personas de más edad. Temía a su padre; el sentimiento que le inspiraba su madre no tenía nada de bien definido: con ésta no era ni temerosa ni zalamera: por lo demás, no era zalamera con nadie, ni siquiera con Agafea, aunque ésta fuese la única a quien amaba. Agafea no la abandonaba nunca, y era curioso verlas juntas: Agafea, erguida y severa, con su media en la mano, vestida de negro, tocada con un fichú de color oscuro, el rostro enflaquecido y transparente como la cera, pero los rasgos siempre bellos y expresivos; y la niña a sus pies, en un taburete, trabajando también, o bien con los ojos alzados, escuchando con aire serio los relatos de su aya. No eran cuentos lo que Agafea le contaba; le refería con voz grave y acompasada la historia de la Virgen, de los siervos de Dios y de los santos mártires. Contaba la vida de los santos en el desierto, cómo se santificaban sufriendo hambre y miseria y cómo, sin temer siquiera a los emperadores, enseñaban la ley de Cristo, y cómo las aves del cielo les traían el alimento y los escuchaban los animales feroces. Decíale que el suelo, regado con su sangre, se cubría de flores, y la niña, que amaba las flores, le preguntaba entonces si aquéllas eran las flores de la pasión. El acento de Agafea era dulce y serio, y compartía la impresión que producían sus piadosas palabras. Lisa escuchaba; la imagen de Dios presente y todopoderoso se grababa profundamente en su alma y la llenaba de un temor dulce y bendecido. Así llegó Cristo a ser para ella un huésped bien conocido, un ser familiar como un pariente. Agafea le había enseñado a rogar a Dios. A veces la despertaba de madrugada, la abrigaba con cuidado y la llevaba a los maitines. Lisa la seguía andando de puntillas y conteniendo el aliento. El frío y la media luz del amanecer, la frescura y la soledad de la iglesia, el secreto de que se rodeaban estas furtivas salidas, la vuelta misteriosa a la casa, para meterse otra vez en la cama, aquel conjunto de circunstancias en que la desobediencia y lo imprevisto se mezclaban a la piedad, todo hacía impresión en la niña y la conmovía hasta el fondo de su ser. Agafea no la reñía nunca; cuando estaba descontenta, se callaba, y Lisa comprendía su silencio; hasta notaba, con la penetración de la infancia, cuándo Agafea tenía motivos de queja de los demás, de María Dmitrievna, y aun de Kalitine. Durante tres años, Lisa estuvo confiada a sus cuidados. La reemplazó la señorita Moreau, pero la frívola francesa con sus palabras secas y su exclamación habitual: *Todo es una tontería*, no pudo borrar del corazón de Lisa la amada imagen del aya. La semilla tenía ya raíces muy profundas. Agafea, aunque ya no tuviera a su cuidado a la niña, había quedado en la casa, donde la veía con frecuencia, y ésta le demostraba siempre la misma confianza. Sin embargo, Agafea no siguió mucho tiempo en la casa, después que Marpha Timofeevna vino a habitarla. La severa importancia de la antigua sierva, no se podía acordar con el humor impaciente y voluntarioso de la anciana señora. Alejóse con pretexto de devoción, y corrió el rumor de que se había retirado a un convento. Pero las huellas que dejó en el alma de Lisa no se borraron. Lo mismo que antes, Lisa iba al servicio divino como a una fiesta; rogaba allí con una especie de embriaguez, con una exaltación contenida, y casi avergonzada de sí misma: de lo que María Dmitrievna no estaba poco asombrada. La misma Marpha Timofeevna, que no influía en nada sobre Lisa, trató de moderar aquella devoción, y quiso prohibirle que se prosternara con tanta frecuencia, diciendo que estos son gestos y no los rezos de un alma elevada. Lisa estudiaba bien y con asiduidad, pero Dios no la había dotado de grandes facultades ni de un talento brillante; no podía aprender nada sin trabajo. Tocaba bien el piano, pero sólo Lemm sabía lo que le había costado. Leía poco, tenía poca originalidad en la expresión, pero sus pensamientos eran muy suyos, y seguía

el camino que se había trazado. Y en esto se parecía a su padre, que tampoco preguntaba a nadie lo que debía hacer para obrar. Creció así apaciblemente, y llegó a los diecinueve años. Estaba llena de encantos sin que ella lo sospechara. Todos sus movimientos poseían una gracia ingenua y algo encogida. Su voz tenía el timbre argentino y puro de la juventud; el más ligero sentimiento de placer llamaba a sus labios una amable sonrisa y añadía un vivo brillo a sus dulces miradas. Atenta a no ofender a nadie, de un corazón bueno y virtuoso, amaba a todo el mundo, sin mostrar preferencia por nadie. Sólo a Dios había consagrado todos los ardores de su alma, todas sus afecciones, todo su amor. Lavretzky fue el primero que llegó a turbar la calma interior de aquella existencia.

Tal era Lisa.

XXXV

Al día siguiente, a mediodía, Lavretzky se dirigió a casa de los Kalitine. En el camino encontró a Panchine a caballo, que se le adelantó al galope, calándose el sombrero hasta los ojos. Lavretzky no fue recibido en casa de los Kalitine; era la primera vez que le ocurría esto desde que los conocía. María Dmitrievna dormitaba, dijo el criado, le dolía la cabeza. En cuanto a Marpha Timofeevna había salido con la joven. Lavretzky erró por los alrededores del jardín, con la vaga esperanza de encontrar a Lisa; pero no vio a nadie. Dos horas después volvió a la casa, y obtuvo la misma respuesta, que el criado acompañó con una mirada maliciosa. Parecióle inconveniente presentarse por tercera vez en el mismo día y se decidió a ir a Wassiliowskoe, donde de todos modos lo reclamaban sus ocupaciones. Por el camino formaba planes, unos más hermosos que otros; pero al llegar a la aldea apoderóse de él la tristeza. Se puso a hablar con Antonio, y quiso la desgracia que también el viejo tuviera aquel día ideas negras. Le contó que Glafyra Petrowna se había mordido una mano, antes de su muerte, y después de un momento de silencio añadió suspirando: «Todo hombre, mi querido amo, está condenado a devorarse a sí mismo.» Era ya tarde cuando Lavretzky emprendió otra vez el camino de la ciudad. Le vinieron a la memoria las melodías de la noche anterior; alzóse ante él la imagen de Lisa en toda su cándida gracia; llenábase de emoción el pensamiento de que era amado, y llegó al fin a su casa con el espíritu más tranquilo y dichoso.

Lo primero que notó con extrañeza, al entrar en la antecámara, fue un fuerte olor a patchouli, que detestaba; en el suelo había cajas de viaje, maletas. Parecióle muy singular la cara de su ayuda de cámara, que se había lanzado a su encuentro. Sin darse cuenta de sus impresiones, franqueó la puerta del salón... Del diván en que estaba sentada, una mujer vestida de negro se levantó lánguidamente para ir a su encuentro. Oprimía contra su pálido rostro un pañuelo elegantemente bordado; dio algunos pasos hacia adelante, e inclinándose con gracia su linda cabeza, se dejó caer de rodillas. Sólo entonces la reconoció: ¡era su mujer! Se quedó sin respiración, y no tuvo más que el tiempo de apoyarse contra la pared.

¡Teodoro, no me rechaces! - dijo ella en francés.

Y esta voz penetraba en su corazón como la fría hoja de un puñal. Mirábale sin comprender, y sin embargo, notó en seguida que tenía la tez más blanca y las mejillas más llenas que nunca.

-Teodoro -siguió ella, alzando de cuando en cuando los ojos y fingiendo retorcerse sus afilados dedos de uñas rosadas y pulidas -Teodoro, soy culpable: diré más. soy criminal; pero escúchame, me persigue el remordimiento. Soy una carga para mí misma, no puedo soportar por más tiempo mi situación. ¡Cuántas veces he pensado dirigirme a ti! Pero temía tu cólera. Me he decidido a romper con el pasado. Además, he estado muy enferma -añadió pasándose la mano por la frente y por las mejillas. He aprovechado el rumor que se esparció de mi muerte, y lo he dejado todo. No me he detenido ni un día, ni una noche, tenía prisa de estar aquí; durante mucho tiempo he vacilado antes de atreverme a presentarme ante tus ojos... Al fin me he resuelto, recordando tu inagotable bondad. He sabido en Moscú dónde vivías, y he venido. Créeme -continuó alzándose dulcemente y sentándose en el borde del sillón, -he pensado con frecuencia en la muerte, y habría tenido valor bastante para dármela, si el pensamiento de mi hija, de mi Adda, no me hubiera detenido. Ella está aquí, duerme en la habitación de al lado. ¡Pobre niña! Está muy fatigada, ya la verás... Ella, al menos, es inocente ante tus ojos... y yo, yo soy tan desgraciada, ¡tan desgraciada!. exclamó rompiendo a llorar.

Lavretzky volvió al fin en sí; se separó lentamente de la pared en que estaba apoyado y se dirigió hacia la puerta.

-¡Te vas -exclamó su mujer con desesperación, -te vas sin decirme una palabra, sin hacerme un reproche! Ese desprecio me aniquila. ¡Esto es horroroso!

Lavretzky se detuvo.

-¿Qué me quiere usted? -dijo con voz apagada.

-Nada, nada -dijo ella vivamente, -sé, lo sé, que no tengo derecho a exigir nada, no soy una insensata, no espero nada; no me atrevo a contar con tu perdón. Sólo me atrevo a suplicarte que me digas lo que debo hacer. ¿Debo vivir? Como una esclava cumplirá tus órdenes, sean las que sean.

No tengo órdenes que darle -respondió Lavretzky con el mismo tono; -ya sabe usted que todo está acabado entre nosotros, y ahora más que nunca. Puede usted vivir donde quiera, y si no tiene usted bastante con la pensión...

-¡Oh! No pronuncies palabras tan crueles; ten piedad de mí... al menos por este ángel.

Y al decir esto, se lanzó a la otra pieza y volvió llevando en sus brazos una niña muy bien vestida. Hermosos bucles rubios caían sobre su linda cara de rosa y sobre sus grandes ojos todavía dormidos; sonreía y entornaba los párpados al mirar la luz, y apoyaba la manita en el cuello de su madre.

-Adda, mira, ese es tu padre -dijo Varvara Pavlowna separando los bucles que cubrían la cara de la niña y besándola con fuerza, -ruégale conmigo.

-¿Es papá? -balbuceó la niña con su media lengua.

-Sí, hija mía; ¿verdad que lo quieres?

Lavretzky no pudo contenerse.

-¿En qué melodrama - dijo, -hay una escena parecida?

Y salió de la habitación.

Varvara Pavlowna se quedó algún tiempo inmóvil; luego, encogiéndose ligeramente de hombros, cogió a su hija, la llevó a otra habitación, la desnudó y la acostó. Después se sentó cerca de una lámpara, cogió un libro, esperó una hora y se acostó también.

-¿Y bien, señora? -le preguntó mientras la desnudaba su doncella, una lista parisién.

-Pues nada, Justina; ha envejecido mucho, pero parece tan bueno como antes. Deme usted mis guantes para la noche, prepare para mañana mi traje alto, el gris, y, sobre todo, no olvide las chuletas de carnero para Adda. Acaso será difícil encontrarlas aquí, pero, en fin, hay que procurar encontrarlas.

-¡En la guerra, como en la guerra! -dijo Justina.

Y apagó la bujía.

XXXVI

Lavretzky vagó durante más de dos horas por las calles de la ciudad de O... Se acordó de la noche en que había errado por los alrededores de París; oprimíasele el corazón y en su cerebro enfermo chocaban mil ideas siniestras y malas: «¡Vive! ¡Está aquí!» - murmuraba con acento de asombro cada vez más creciente. -Sentía que perdía a Lisa para siempre. Ahogábale la rabia; el golpe que le hería era demasiado repentino. ¿Cómo había podido dar fe tan ligeramente a los chismes de un periódico, de un pedazo de papel? «Pero, en fin -pensaba,- si yo no lo hubiera creído, ¿cuál sería ahora la diferencia? No sabría que Lisa me ama, y ella tampoco lo sospecharía..» No podía arrojar de su pensamiento la fisonomía de su mujer, y se maldecía a si mismo y al Universo entero.

Presa de una horrible tortura, fue a media noche a casa de Lemm. Durante mucho tiempo no pudo hacerse oír; al fin, apareció en la ventana la cabeza del viejo con gorro de dormir; su cara arrugada y grotesca ya no tenía nada de aquel rostro de artista, radiante de inspiración y de entusiasmo, que veinticuatro horas antes tuvo a Lavretzky bajo el imperio de su mirada soberana.

-¿Qué quiera usted? - preguntó -No puedo tocar todas las noches; acabo de tomar la tisana.

Sin embargo, el rostro de Lavretzky debía tener una expresión bien extraña, porque el viejo, colocando la mano encima de los ojos y después de haberlo mirado con atención, lo hizo entrar inmediatamente. Una vez en la habitación, Lavretzky se dejó caer en una silla; el viejo se puso delante de él, recogió los faldones de su vieja bata abigarrada y se encogió moviendo los labios.

-Mi mujer ha llegado -dijo Lavretzky alzando la cabeza.

Y súbitamente lanzó una carcajada.

En el rostro de Lemm se pintó la estupefacción, pero no se movió; se contentó con ceñirse más los pliegues de la bata.

-¿No sabe usted -continuó Lavretzky,- que me había figurado... qué había leído en los periódicos... que había muerto?

-¡Ah! ¿Había usted leído eso? ¿Y hace mucho tiempo?- preguntó Lemm.

-No, no hace mucho tiempo.

-¡Oh! -dijo el viejo enarcando las cejas. Y acaba de llegar?

-Sí. Está en mi casa... y yo... ¡yo soy muy desgraciado! - exclamó.

Y se echó de nuevo a reír.

-Sí. Es usted desgraciado -repitió lentamente Lemm.

-Señor Lemm - dijo de pronto Lavretzky: - ¿quiere usted encargarse de entregar una carta?

-¡Hum! ¿Y se puede saber a quién?

-A Lisa...

- ¡Ah, sí! ya comprendo. Bien. Y ¿cuándo habrá que entregarla?

-Mañana, lo más pronto posible.

-¡Hum! Se podría enviar a Catalina mi cocinera. No, iré yo mismo.

-¿Y me traerá usted la respuesta?

-Traeré la respuesta.

El viejo suspiró.

-Sí, pobre amigo mío - continuó, -dice usted la verdad: es muy desgraciado.

Lavretzky escribió algunas palabras a Lisa; le anunciaba la llegada de su mujer; le pedía una entrevista; después se echó en un sofá con la cara vuelta a la pared. El viejo se volvió a acostar. Moviéndose sin cesar en la cama, tosiendo y tomando algunos tragos de tisana.

Cuando fue de día, se miraron ambos con un aire singular. Lavretzky en aquel momento, habría querido matarse. Catalina le sirvió un café muy malo. Dieron las ocho en el reloj de pared. Lemm tomó el sombrero y salió, diciendo que hasta las diez no era la hora habitual de su lección en casa de los Kalitine, pero que encontraría un pretexto plausible para ir antes. Lavretzky volvió a echarse en el sofá, y de nuevo comenzó a reír amargamente. Pensaba en su mujer, que lo habla echado de su casa: se representaba la posición de Lisa, y cerraba los ojos, echándose con un gesto desesperado los brazos por detrás de la cabeza.

Lemm volvió al fin, trayendo un pedazo de, papel, en el que Lisa había escrito estas palabras: «Hoy no podemos vernos; acaso mañana por la noche. Adiós.» Lavretzky dio las gracias a Lemm de un modo distraído y volvió a su casa.

Encontró a su mujer almorzando; Adda, con los cabellos rizados y un delantal blanco

con lazos azules, comía una chuleta de carnero. Varvara Pavlowna se levantó inmediatamente y se acercó a él con aire sumiso. Lavretzky le rogó que lo siguiera a su despacho, cerró la puerta y comenzó a dar agitados paseos. En cuanto a ella, se sentó cruzó modestamente las manos y lo siguió con la vista. Tenía todavía los ojos muy hermosos, aunque llevase pintados los párpados. Por mucho tiempo Lavretzky no pudo proferir ni una palabra; sentía que no era dueño de sí; veía que su mujer no le temía de ningún modo, pero que se preparaba a representar un desmayo.

-Escúcheme usted, señora - dijo con voz ahogada y apretando convulsivamente los dientes: -no tenemos por qué fingir el uno ante el otro. No creo en su arrepentimiento; y aunque fuera sincero, me sería imposible volver a vivir con usted.

Varvara Pavlowna se mordió los labios y cerró los ojos.

-Le causo repugnancia -se dijo, -esto es cosa concluida; para él ni siquiera soy ya una mujer.

-Es imposible - continuó Lavretzky - No sé por qué me ha hecho usted el honor de venir aquí; probablemente no tiene usted dinero.

-¡Oh! Me ofendes -murmuró.

-En resumidas cuentas, señora, por mi desgracia sigue usted siendo mi mujer, y no puedo echarla de mi casa. He aquí lo que voy a proponerle: si quiere usted, puede irse hoy mismo a vivir a Lavriki. Ya sabe usted que la casa es preciosa; allí tendrá usted todo lo necesario, a más de la pensión acordada... ¿Le conviene?

Varvara Pavlowna, se llevó a los ojos el pañuelo bordado.

-Ya he dicho - dijo temblándole los labios que consiento en todo lo que quieras imponerme. Y permíteme que te dé las gracias por tu extrema generosidad.

-Nada de agradecimiento, se lo suplico -dijo él con impaciencia. -De modo - añadió dirigiéndose a la puerta - que puedo esperar...

-Desde mañana estaré en Lavriki -respondió Varvara Pavlowna levantándose respetuosamente de su sillón. -Pero Fedor Ivanowitch (ya no decía Teodoro), puesto que aún no he merecido el perdón, ¿podré esperar al menos que con el tiempo?...

-Mire. usted, Varvara Pavlowna; usted es una mujer de talento, pero yo no soy un imbécil. Ya sé que mi perdón le es completamente indiferente. La perdonó hace tiempo, pero entre nosotros hay un abismo.

-Sabré someterme -replicó ella bajando la cabeza -No he olvidado mi falta. Ni siquiera me sorprendería que la noticia de mi muerte te hubiera regocijado -dijo con dulzura, mostrando en la mano el número del periódico que Lavretzky había dejado encima de la mesa.

Lavretzky se estremeció: la noticia estaba marcada con lápiz. Varvara Pavlowna lo miró con aire aún más humilde. Estaba muy bella en aquel momento. La bata gris dibujaba admirablemente su flexible talle, un talle de niña; su garganta fina y delicada, encuadrada en un cuellecito muy blanco, su pecho que se levantaba con una respiración regular, tranquila, sus brazos sin pulseras, sus manos sin sortijas, toda su persona, en fin, desde los cabellos ondeados hasta la punta de la botina que dejaba ver, todo denunciaba un arte exquisito.

Lavretzky la envolvió en una mirada de odio, y costóle trabajo contenerse para no gritar ¡bravo! a aquella cómica. Se sentía capaz de matarla en aquel momento. Salió. Una hora después corría por el camino de Wassiliewskoe; y no habían pasado dos cuando Varvara Pavlowna, haciéndose traer el mejor carruaje de la ciudad, se puso un sencillo sombrero de paja con velo negro, una manteleta muy sencilla, confió Adda a los cuidados de Justina, y se hizo llevar a casa de los Kalitine.

Preguntando a los criados, había sabido que su marido iba allí todos los días.

XXXVII

El día de la llegada de Varvara Pavlovna a O... fue un día muy triste para su marido y muy penoso para Lisa. Antes de haber saludado a su madre, oyó el galope de un caballo y vio con secreto espanto entrar a Panchine en el patio.

«Viene tan temprano - pensó - para tener una explicación definitiva.» Y no se engañaba: después de haber estado algunos minutos en el salón, le propuso dar un paseo por el jardín, y allí le pidió una respuesta explícita. Lisa acudió a todo su valor y le declaró que no podía casarse con él. Panchine la escuchó hasta el fin, mirándola a hurtadillas, y calándose el sombrero hasta los ojos, le preguntó cortésmente, pero cambiando de tono, si era aquella una decisión irrevocable, y si él mismo no le había dado involuntariamente ocasión para un cambio semejante en sus ideas. Luego llevóse una mano a los ojos, y la retiró lanzando un suspiro.

-Yo no he querido seguir el camino trillado -dijo con voz sorda; -he querido buscar una compañera siguiendo los impulsos de mi corazón. ¡Pero parece que esto es imposible! ¡Adiós, mis sueños!

La saludó profundamente, y volvió a la casa.

Lisa creía que se marcharía en seguida, pero fue a visitar a María Dmitrievna, y estuvo cerca de una hora con ella. Al salir dijo a Lisa:

-La llama a usted su madre. ¡Adiós para siempre!

Saltó sobre el caballo, y partió a galope tendido. Lisa encontró a su madre llorando; Panchine le había dicho su desgracia.

-¿Quieres matarme? -dijo la pobre viuda para comenzar sus lamentaciones. -¿En qué piensas? ¿Por qué lo rechazas? ¿No es un excelente, partido para ti? Es gentilhomme de cámara; no es interesado: en Petersburgo podría casarse con una señorita de posición. ¡Y yo que esperaba con toda mi alma!... Pero dime, desde cuándo has cambiado respecto de él? ¡Esa siniestra nube no ha estallado por si misma! ¿Qué viento la ha traído? ¿Será por ventura ese tonto?... ¡Buen consejero has encontrado! Y él, el excelente joven, ¡qué respetuoso y qué delicado en su dolor! Ha prometido no abandonarme. ¡Ah! siento que no podré soportar esto. Comienza a dolerme la cabeza... Envíame la doncella. Si no cambias de parecer, me matarás, sábelo.

Después de haberle dicho dos o tres veces que era una ingrata, la despidió. Lisa volvió a su cuarto, pero no había tenido aún tiempo de reponerse de su explicación con Panchine con su madre, cuando estalló sobre su cabeza una nueva tempestad, y ésta venía del lado de donde menos la esperaba. Marpha Timofeevna entró en su habitación, cerrando tras sí la puerta. El rostro de la anciana estaba pálido; llevaba ladeado el gorro; sus ojos brillaban; sus manos y sus labios estaban temblorosos. Lisa se quedó aterrada; nunca había visto a su tía, a aquella mujer tan espiritual y tan razonable, en semejante estado.

-Muy bien, señorita -dijo con voz entrecortada y temblorosa; -muy bien, señorita. ¿Dónde has aprendido eso?... Dame agua, que no puedo hablar.

-Cálmese usted, tía. ¿Qué tiene? -le dijo Lisa presentándole un vaso de agua -¡Pero usted tampoco quería a Panchine! Marpha Timofeevna dejó el vaso.

- No puedo beber -dijo,- rompería mis últimos dientes. ¡No se trata de Panchine! ¿A qué hablar de Panchine?... Dime, ¿quién te ha enseñado a dar citas de noche?

Lisa palideció.

-No trates de negar; la traviesa Schourotschka lo vio todo y me lo ha contado. Le he prohibido que hable: pero no miente.

-No me defiendo, tía -respondió Lisa con voz apenas inteligible.

-¡Ah! ¿De modo que has dado una cita a ese vicioso, a ese hipócrita?

-¡No!

-¿Cómo no?

-Había bajado al salón para tomar un libro, él estaba en el jardín, y me llamó.

-¿Y tú fuiste? ¡Admirable! ¿Pero le amas?

-Sí -respondió Lisa con voz apagada.

-¡Dios mío; lo ama!

- Marpha Timofeevna se arrancó el gorro.

-¡Lo ama! ¡A un hombre casado! ¡Lo ama!

-Me había dicho... -comenzó Lisa.

-¿Qué te ha dicho ese caballero?

-Me dijo que su mujer había muerto.

Marpha Timofeevna se santiguó.

-¡Que Dios tenga piedad de su alma! -murmuró.- Era una mujer que valía poco. Pero no hablemos mal de ella. De modo que es viudo. Vamos, ya veo que es capaz de todo: hace morir a una mujer, y ya necesita otra: ¡con sus airecillos de santo! ¿Sabes, hija mía, que en el tiempo en que yo era joven esa conducta se pagaba muy cara? No te enfades conmigo, querida; sólo los imbéciles se enfadan contra la verdad. Hoy le he cerrado la puerta. Lo quiero, pero no le perdonaré nunca lo que ha hecho. ¡De modo que es viudo! Dame agua... Y en cuanto a haber despedido a Panchine, has hecho bien y te estimo más por ello; pero, te lo suplico, no hables de noche con ese pícaro. No trates de desarmarme, que no lo conseguirás; porque no sé sólo acariciar, sé también morder ¡De modo que es viudo!

Marpha Timofeevna salió, y Lisa se sentó en un rincón y se echó a llorar; su alma rebosaba de amargura; no merecía una humillación tan grande. El amor no se anunciaba para ella bajo alegres auspicios. Desde la víspera era ésta la segunda vez que lloraba. Apenas había tenido tiempo de florecer en su corazón aquel sentimiento nuevo, y ya lo había pagado caramente. Una mirada extraña había penetrado sin consideraciones en el misterio de su vida íntima. Sentía vergüenza, sufría amargamente, pero ni dudaba ni temía, y Lavretzky le era cada vez más querido. Antes estaba llena de vacilaciones en medio de las diversas ideas que la asaltaban, y ni siquiera se comprendía a sí misma. Pero después de aquella entrevista de la noche, después de aquel beso, ya no podía dudar; sentía que amaba, y se puso a amar con un corazón recto y serio; se entregó para toda su vida y con toda su alma. Ya no temía las amenazas; comprendía que ninguna violencia rompería los lazos que había formado.

XXXVIII

María Dmitrievna quedó muy turbada cuando le anunciaron la visita de la señora de Lavretzky. Ni siquiera sabía si debía recibirla; temía ofender a Fedor Ivanowitch. Al fin, se sobrepuso la curiosidad. «En último caso -dijo,- es parienta mía.» Y arrellanándose en su gran sillón, dijo al criado que le hiciese entrar. Algunos minutos después, abríase la puerta. Varvara Pavlowna se acercó a ella con paso rápido, y sin darle siquiera tiempo de levantarse del sillón se inclinó casi a sus pies.

-¡Gracias, gracias, tía mía -dijo en ruso con voz dulce y conmovida - gracias! No contaba con tanta indulgencia; es usted buena como un ángel.

Al pronunciar estas palabras, Varvara Pavlowna cogió la mano de María Dmitrievna, y estrechándola ligeramente entre los guantes Jouvin, gris perla, se la llevó a sus rojos labios. María Dmitrievna perdió completamente la cabeza al ver a sus pies una mujer tan bella y tan elegante. No sabía qué hacer, habría querido retirar la mano, habría querido hacerla sentar, habría querido decirle algunas palabras benévolas, y acabó por levantarse y besarle la frente perfumada. La mujer de Lavretzky se llenó de gozo a aquel beso.

-Bien venida, bien venida -dijo María Dmitrievna: -ciertamente que yo no esperaba... no creía... en fin, me alegro mucho de ver a usted; ya comprenderá... no puedo ser juez entre marido y mujer...

-Mi marido tiene razón en todo -interrumpió Varvara, yo sola soy la culpable.

-Esos son sentimientos muy loables, querida sobrina -dijo María Dmitrievna, -muy loables... ¿Hace mucho tiempo que ha llegado usted? ¿Lo ha visto? Pero siéntese, yo se lo ruego.

-Llegué ayer -respondió Varvara Pavlowna sentándose humildemente en el borde de la silla: -he visto a mi marido, le he hablado.

-¡Ah! ¿Le ha hablado usted?... ¿Y qué ha dicho?

-Temí que mi llegada imprevista despertara su cólera; pero no me ha rechazado... es decir... no ha...

-Ya comprendo - dijo en voz baja María Dmitrievna; -es algo áspero, pero tiene buen corazón...

-Fedor Ivanowitch no me ha perdonado; no ha querido oírme... pero ha sido bastante bueno para fijarme como residencia Lavriki.

-¡Ah! Hermosa posesión.

-Desde mañana voy a vivir allí para conformarme con su voluntad; pero he creído de mi deber, antes de todo, presentarme a usted.

-Se lo agradezco, hija mía, no se debe olvidar a los parientes... Me asombra lo bien que habla usted todavía el ruso... ¡Es asombroso!

Varvara Pavlowna lanzó un suspiro.

-He estado demasiado tiempo en el extranjero, lo sé; pero mi corazón, créalo usted, ha sido siempre ruso, jamás he olvidado mi patria.

-Eso está muy bien, muy bien... la patria es lo mejor que hay... Y crea a mi vieja experiencia, la patria ante todo... ¡Ah, qué mantilla tan hermosa lleva usted!... Hágame el favor de enseñármela.

-¿Le gusta a usted?

Y Varvara Pavlowna se la quitó en seguida de los hombros.

-Es muy sencilla; de casa de Baudran.

-¡En seguida se ve eso! ¡De casa de Baudran! ¡Qué bonita! ¡Qué gusto! Estoy segura de que trae usted una porción de cosas encantadoras; tendría placer en verlas.

-Todo está a la disposición de usted, querida tía, y si quiere, puedo enseñarle diferentes cosas nuevas a su doncella; la mía es de París, y excelente modista.

-Es usted muy buena, hija mía; pero verdaderamente tengo reparo.

-¡Reparo!... -repitió con tono de reproche Varvara Pavlowna -Si quiere hacerme dichosa, disponga de mí a su gusto.

María Dmitrievna no cabía en el cuerpo de gozo.

-Es usted muy amable - dijo,- ¿pero por qué no se quita usted los guantes y el sombrero?

-¿Qué? ¿Me lo permitiría usted? -exclamó juntando las manos.

-Ciertamente: espero que comerá usted con nosotros... Conocerá a mi hija...

María Dmitrievna dijo esto algo turbada. Después tomó su partido, y añadió:

-Pero la excusará usted... no se encuentra hoy muy bien.

-¡Oh, tía, qué buena es usted! -y se llevó el pañuelo a los ojos.

Un lacayo cosaco anunció al señor Guedeonofsky. El viejo parlanchín entró sonriendo y haciendo grandes saludos a derecha é izquierda. María Dmitrievna le presentó a la señora de Lavretzky. Sintióse al pronto muy embarazado; pero Varvara Pavlowna tomó con él aires de coquetería respetuosa, que lo pusieron colorado hasta las orejas; desde entonces empezaron a correr los chismes y las habladurías. Varvara Pavlowna lo escuchaba conteniendo una sonrisa, y poco a poco tomó parte en la conversación. Habló modestamente de París, de sus viajes a Baden, hizo reír dos o tres veces a María Dmitrievna, e inmediatamente se rehacía suspirando como si se reprochase una alegría intempestiva. Pidió permiso para llevar a Adda, y habiéndose quitado los guantes, mostraba con sus afilados dedos dónde se estilaban ahora los volantes en las faldas, y otros adornos. Prometió llevar un frasco del perfume nuevo, *esencia Victoria*, y se regocijó como una niña cuando María Dmitrievna consintió en aceptar aquel regalo. Vertió algunas lágrimas al referir el delicioso sentimiento que había experimentado al oír el sonido de las campanas rusas, que la conmovieron hasta el fondo del corazón.

En este momento entró Lisa.

Desde por la mañana, desde el instante en que, helada de espanto, había leído la carta de Lavretzky, Lisa se preparaba para esta entrevista: presentía que debía verla; resolvió no evitarla, a fin de castigar sus esperanzas criminales, como ella las llamaba. Sentía que su vida estaba destrozada; en menos de dos horas su rostro había enflaquecido, pero no había derramado ni una lágrima. «Lo he merecido -pensaba, rechazando con esfuerzo sentimientos amargos y malos que te asustaban a ella misma. Es preciso que vaya»-se dijo así que supo la llegada de la mujer de Lavretzky. Estuvo mucho tiempo delante de la puerta del salón antes de decidirse a abrirla. Al fin, la franqueó, diciéndose:-«Soy culpable ante esa mujer.» Se esforzó en mirarla a la cara y en sonreírle. Varvara Pavlowna, así que la vio, se dirigió a su encuentro, y se inclinó ante ella con aire cortés pero con una especie de respeto.

-Permítame que me recomiende a usted - dijo con voz insinuante, -su mamá me ha tratado con tanta indulgencia, que espero que usted también será buena para mí.

La expresión del rostro de Varvara Pavlowna al pronunciar estas palabras, su falsa sonrisa, su mirada fría y dulzona, los movimientos de sus manos y de sus hombros, su traje mismo despertaron en Lisa tal sentimiento de repulsión que no pudo contestar nada, y tuvo que reunir todas sus fuerzas para tenderle la mano.

-«Esta bella señorita me desprecia»-se dijo la mujer de Lavretzky apretando con fuerza los dedos helados de Lisa.

Y volviéndose hacia María Dmitrievna, le dijo a media voz:

-¡Es verdaderamente deliciosa!

Lisa enrojeció ligeramente; comprendía la ironía y la insolencia de la alabanza, pero estaba decidida a resistir a sus impresiones; se acercó a la ventana, y cogió su bastidor de tapicería. Varvara Pavlowna estaba resuelta a no darle tregua; y acercóse a ella haciendo elogios de su gusto y de su habilidad. El corazón de Lisa latía fuerte y dolorosamente; pudo con trabajo dominarse y seguir en su sitio. Parecía, que Varvara lo sabía todo y la ponía burlonamente en ridículo. Felizmente, Guedeonofsky hizo una pregunta a Varvara y distrajo así la atención general. Lisa se inclinó sobre su labor, y se puso a observar a la mujer de Lavretzky a hurtadillas: «¡Y él ha amado a esa mujer!» -se decía.

Esforzóse, sin embargo en lanzar a Teodoro de su pensamiento. Temía perder el dominio que hasta entonces había tenido sobre si misma; sentía que su cabeza se extraviaba.

María Dmitrievna habló de música.

-He oído decir, mi querida sobrina, que es usted una verdadera artista.

-Hace tiempo que no he tocado nada -respondió Varvara Pavlowna, poniéndose en seguida al piano y recorriendo las teclas con sus ligeros dedos: -pero ¿si usted quiere?

-Se lo suplico.

Varvara Pavlowna tocó magistralmente un estudio brillante y difícil de Hertz. Tenía mucha fuerza y agilidad.

-¡Sílfide! -exclamó Guedeonofsky.

-¡Admirable, extraordinario! -añadió María Dmitrievna. -Se lo confieso a usted, Varvara Pavlowna -continuó, llamándola la primera vez por su nombre, -me asombra. Tenemos aquí un músico, un viejo alemán, un extravagante, pero un hombre muy instruido; da lecciones a Lisa. Se va a volver loco cuando la oiga a usted.

-¿La señorita Lisa es música?- preguntó Varvara volviendo ligeramente la cabeza hacia la joven.

-Sí, no toca mal, y le gusta la música; ¿pero qué es eso en comparación con el talento

de usted? También hay aquí un joven a quien es preciso que conozca. Es un artista de corazón; hasta compone cosas muy lindas. Este sabrá apreciarla a usted.

-¡Un joven, un artista! ¿Algún pobre músico, sin duda?

-¡Oh, no! Es uno de nuestros primeros elegantes, y no sólo en nuestra ciudad, sino también en Petersburgo; es gentilhombre de cámara y frecuenta la mejor sociedad... Tal vez habrá usted oído hablar de él. El señor Panchine está aquí en comisión del Gobierno. ¡Oh, es un ministro futuro!

-¿Es artista?

-Artista de corazón. ¡Y tan amable! Ya lo verá usted. Viene a casa con frecuencia. Lo he invitado para esta noche. ¡Ah, espero que vendrá! -añadió, acentuando la frase con un suspiro y una sonrisa llena de amargura.

Lisa comprendió el sentido de aquella sonrisa; pero estaba demasiado preocupada con otras cosas para prestarle grande atención.

-¿Es joven? -dijo Varvara Pavlowna modulando ligeramente.

-Veintiocho años y una figura encantadora; un joven completo.

-Se puede decir un hombre modelo -añadió Guedeonofski.

Varvara Pavlowna se puso a tocar de pronto un brillante vals de Strauss que comenzaba con un trino tan rápido, que Guedeonofski se estremeció. A la mitad del vals, pasó de repente a un motivo triste, melancólico acabó con el aria de *Lucía, Fra poco*; acababa de comprender que la música alegre no se avenía con su situación. El aria de *Lucía*, cuyas notas menores acentuaba vivamente, conmovió infinitamente a María Dmitrievna.

-¡Cuánta alma! -dijo por lo bajo a Guedeonofski.

-¡Sílfide, sílfide! -repitió éste alzando los ojos al cielo.

Llegó la hora de la comida. Marpha Timofeevna bajó cuando ya estaba servida la sopa. Recibió a la señora Lavretzky muy fríamente, no contestó más que con medias palabras a sus amabilidades, y ya no le prestó más atención. Varvara Pavlowna comprendió en seguida que no podría nada sobre aquella anciana y ya no se ocupó más de ella, María Dmitrievna, por el contrario, redobló sus atenciones con su sobrina; la descortesía de su tía le contrariaba. Por lo demás, Marpha Timofeevna no estaba seria sólo con Varvara Pavlowna; también lo estaba con Lisa. Animados los ojos, manteníase rígida como una piedra, pálida, amarilla, apretados los labios, y no comía. Lisa parecía tranquila: la había abandonado todo sentimiento; en su corazón había entrado la inercia del condenado.

En la comida, Varvara Pavlowna habló poco: conmovida, y sus rasgos respiraban una melancolía; sólo Guedeonofski animaba algo la conversación con sus anécdotas, aunque de cuando en cuando miraba con aire temeroso a María Dmitrievna, que tosía con aquella tos significativa que le daba, siempre que él se permitía en su presencia alguna mentira. Por esta vez lo dejaba decir. Después de la comida, se descubrió que a Varvara Pavlowna le gustaba apasionadamente jugar al *piquet*. Esta complació de tal modo a María Dmitrievna y la encantó tanto, que se dijo interiormente: «¡Qué imbécil debe ser ese Fedor Ivanowitch para no haber sabido apreciar una mujer como ésta!»

Fue, pues, a sentarse a la mesa de juego, donde ya estaba sentado Guedeonofski; y Marpha Timofeevna se llevó a Lisa a su cuarto, diciéndole que estaba muy pálida y que debía dolerle mucho la cabeza.

-Sí, sí, le duele la cabeza -dijo María Dmitrievna, volviéndose hacia la mujer de Lavretzky y cerrando los ojos; -yo también tengo horribles jaquecas, que...

-¡De veras! -exclamó Varvara Pavlowna.

Lisa entró en el cuarto de su tía, y, agotadas sus fuerzas, dejóse caer en una silla. Marpha Timofeevna la contempló mucho tiempo en silencio. Después se arrodilló ante ella, y se puso, siempre en silencio, a besarle alternativamente las dos manos. Lisa se inclinó hacia ella, enrojeció, y se echó a llorar. Pero no levantó a Marpha Timofeevna, no retiró sus manos; comprendía que no tenía el derecho de retirarlas, que no tenía derecho a impedir a la pobre anciana que expresase su arrepentimiento, su afección, y que le pidiera perdón por sus palabras de la víspera; y Marpha Timofeevna no se cansaba de besar aquellas manos tan pálidas y tan débiles. Ambas lloraban sin decir nada; el gato Matros roncaba en un ancho sillón, al lado de una media interrumpida; la larga llama de la lámpara que ardía delante de la imagen, oscilaba apenas, y, oculta detrás de la puerta de la pieza vecina, Nastasia Carpowna, teniendo en la mano un pañuelo de algodón a cuadros, hecho una pelota, se secaba los ojos a hurtadillas.

XXXIX

Durante aquel tiempo, abajo, en el salón, se jugaba al *piquet*. María Dmitrievna ganaba y estaba de muy buen humor. Entró un criado, y anunció a Panchine. María Dmitrievna dejó caer las cartas y se agitó en el sillón; Varvara Pavlovna la miró con aire burlón, y luego dirigió sus miradas hacia la puerta. Asomó Panchine; llevaba un frac negro abotonado hasta arriba y un gran cuello postizo inglés.

«Mucho me ha costado, pero ya ve usted cómo he venido». Esto era lo que expresaba su cara recién afeitada y sin la menor sombra de una sonrisa.

-¿Qué le sucede a usted, Valdemar? -le dijo María Dmitrievna. -Hasta ahora entraba sin hacerse anunciar.

Panchine no contestó más que con una sonrisa; le saludó respetuosamente, pero no le besó la mano. María le presentó a Varvara Pavlovna; él retrocedió un paso, saludó a ésta con igual cortesía, pero con un poco más de gracia y de respeto, y se sentó a la mesa de juego.

La partida terminó en seguida. Panchine preguntó por Lisaveta Michailovna; supo que estaba enferma; expresó su sentimiento, y se puso a hablar con Varvara Pavlovna, pesando diplomáticamente las frases y acentuando cada palabra, y escuchando con deferencia las respuestas hasta el fin.

Pero la gravedad de su tono diplomático no producía efecto en Varvara Pavlovna. Le miraba a la cara, alegremente atenta, y hablaba con facilidad, mientras que una risa contenida parecía estremecer su delicada nariz. María Dmitrievna comenzó por alzar hasta las nubes el talento de la joven. Panchine inclinó cortésmente la cabeza, tanto como se lo permitía su cuello muy almidonado, diciendo que «estaba convencido de antemano», y emprendió una conversación, donde llegó hasta a hablar de Metternich.

Varvara Pavlovna entornó sus aterciopelados ojos, y dijo en voz baja:

-Pero usted también es artista.

Y añadió más bajo todavía:

-¡Venga usted!

Y señaló al piano con un movimiento de cabeza. Esta sola frase caída de sus labios: «¡Venga usted!». cambió en un momento, como por magia, toda la manera de ser de Panchine. Desapareció su aire preocupado, sonrió, se animó y desabotonó el frac:

-¡Yo un artista, oh! -dijo- Usted es quien, a lo que se dice, es una verdadera artista..

Y siguió a Varvara Pavlovna al piano.

-¡Hágale usted cantar su romanza a la luna! -exclamó María Dmitrievna.

¿Canta usted? -preguntó Varvara Pavlovna, lanzándole una mirada luminosa y rápida.

Panchine quiso resistirse.

Siéntese usted -dijo ella golpeando imperiosamente en el respaldo de la silla.

Panchine se sentó, tosió, se separó el cuello y cantó su romanza.

- ¡Encantadora! - murmuró Varvara Pavlovna.- Canta usted muy bien: tiene usted estilo. Repítala.

Dio la vuelta al piano y se colocó enfrente de. Panchine. Este repitió la romanza, imprimiendo a su voz una vibración declamatoria. Varvara Pavlovna, apoyada de codos sobre el piano, y sus blancas manos a la altura de los labios, lo miraba fijamente. Panchine acabó de cantar.

¡Encantadora! ¡Encantadora idea! -dijo ella con la tranquila seguridad de un inteligente. Dígame usted: ¿ha escrito algo para voz de mujer, para mezzo-soprano?

-No escribo casi nada -respondió Panchine. -No lo hago más que de paso, en mis momentos perdidos... Pero, ¿usted canta?

-Sí, canto.

-¡Oh, cántenos algo! -exclamó María Dmitrievna.

Varvara Pavlovna echó atrás la cabeza, y con la mano separó sus cabellos de las mejillas, que se habían coloreado.

-Nuestras voces deben unir bien - dijo volviéndose hacia Panchine. -Cantemos un dúo. ¿Conoce usted *Son geloso, o La ci darem la mano, o Mira la bianca luna*?

-Hace tiempo cantaba *Mira la bianca luna*, pero hace ya mucho de esto, y la he olvidado.

-Eso no importa; la ensayaremos a media voz. Déjeme usted sentarme.

Varvara Pavlovna se puso al piano. Panchine se colocó al lado de ella. Cantaron el dúo en voz baja; Varvara lo comenzó en diferentes pasajes; luego lo cantaron en voz alta, y después lo repitieron aún dos veces: *Mira la bianca lu ... n ... na*. Varvara Pavlovna no tenía la voz fresca, pero sabía manejarla con mucho arte. Panchine parecía intimidado al

pronto; sus entonaciones eran falsas; pero pronto adquirió valor, y si no cantó de un modo irreprochable, al menos movía los hombros, balanceaba todo el cuerpo y alzaba de cuando en cuando la mano como un verdadero cantante. Varvara Pavlowna tocó dos o tres trozos de *Thalberg*-, y dijo con mucha coquetería una romanza francesa. María Dmitrievna no sabía cómo expresar su satisfacción: quiso más de una vez enviar a buscar a Lisa -, por su parte, Guedeonofski no encontraba palabras y se contentaba con mover la cabeza; pero de pronto se le escapó un bostezo, y apenas tuvo tiempo de taparse la boca con la mano. Aquel bostezo lo vio Varvara Pavlowna; volvió la espalda al piano, y añadió:

-Basta ya de música; hablemos.

Y cruzó las manos.

-Sí; basta de música -repitió alegremente Panchine.

Y emprendió con ella en francés una conversación animada y ligera.

-Se creería uno en un salón parisién escuchando su conversación fina é ingeniosa -se decía María Dmitrievna.

Panchine estaba muy contento; sus ojos brillaban, sus labios sonreían. Al principio, cuando encontraba la mirada de María Dmitrievna, se pasaba la mano por la cara, fruncía las cejas y lanzaba grandes suspiros; pero pronto olvidó por completo su papel y se abandonó sin reserva al placer de una charla, mitad mundana, mitad artística. Varvara Pavlowna se mostró filósofa completa; tenía respuestas para todo; nada la detenía, de nada dudaba; era fácil ver que había hablado mucho, y a menudo con hombres de ingenio de diferente naturaleza. París era el eje de todos sus pensamientos, de todos sus sentimientos. Panchine llevó la conversación sobre la literatura, y encontró que ella, lo mismo que él, no había leído más que obras francesas. Jorge Sand le inspiraba indignación; admiraba a Balzac; en Eugenio Sué y Scribe veía profundos conocedores del corazón humano; adoraba a Dumas y a Feval; en su fuero interno prefería a todos a Paul de Kock, pero no hay que decir que ni siquiera pronunció su nombre. A decir verdad, la literatura le interesaba poco. Varvara Pavlowna evitaba con cuidado todo lo que pudiera, aun de lejos, recordar su posición; para nada del mundo salió a relucir el amor en lo que decía; al contrario, sus discursos respiraban más bien cierto rigorismo con los arranques del corazón, y señalaban el desencanto y la modestia. Panchine la refutaba, ella le hacía frente... Pero, ¡cosa extraña!, mientras que dejaba caer de sus labios palabras de censura, con frecuencia implacables, el sonido mismo de su voz era acariciador y tierno, y sus ojos parecían decir... Lo que decían precisamente sus hermosos ojos, habría sido difícil definirlo; pero su lenguaje, dulce y volado, no tenía nada de severo. Panchine se esforzaba por penetrar su sentido íntimo; se esforzaba también por hacer hablar a sus miradas; pero sentía su impotencia; se daba cuenta de la ventaja que tenía sobre él Varvara Pavlowna, aquella *leona* llegada del extranjero, aquella cuasi-parisién, y ante ella no se sentía por completo dueño de sí mismo. Varvara Pavlowna tenía la costumbre al hablar de rozar ligeramente la manga de su interlocutor: estos contactos momentáneos turbaban mucho a Vladimiro Nicolaewitch. La joven poseía el arte de inspirar en seguida confianza a todo el mundo: no se habían pasado aún dos horas, y ya le parecía a Panchine que la conocía una eternidad; mientras que Lisa, aquella misma Lisa, a quien amaba, sin embargo, todavía, cuya mano había pedido la víspera, Lisa quedaba para él muy lejana, y parecía perderse en una niebla. Se sirvió el té. La conversación tomó un giro todavía más íntimo. María Dmitrievna ordenó -al lacayo cosaco que subiese a decir a Lisa que bajara al salón si se le había pasado la jaqueca. Al oír el nombre de Lisa, Panchine comenzó a disertar sobre la abnegación y el sacrificio, y a debatir esta cuestión: «¿Quién es más capaz de ellos, el hombre o la mujer?» María Dmitrievna entró en fuego en seguida; afirmó que la mujer era en ciertos casos más capaz: declaró que lo probaría en dos palabras; se enredó, y después de haber aventurado una comparación bastante desgraciada, acabó por callarse. Varvara Pavlowna tomó un cuaderno de música, se tapó a medias la cara, y volviéndose hacia Panchine, le dijo en voz baja, con una dulce sonrisa en los labios y en los ojos, mientras mordía un bizcocho:

-Me parece que esta buena señora no ha inventado la pólvora.

Panchine quedó sorprendido y asustado de la osadía, de Varvara Pavlowna; pero no comprendió cuánto desprecio hacia él mismo envolvía aquella reflexión inesperada; y, olvidando el cariño y las atenciones de María Dmitrievna, olvidando las comodidades que le había dado, el dinero que le había prestado en secreto, respondió ¡el desdichado! con un acento y una sonrisa semejante:

-«¡Tal creo!» Y hasta añadió: «¡Con seguridad!»

Varvara Pavlowna le echó una mirada amistosa y se levantó. Entró Lisa, Marpha Timofeevna había intentado en vano retenerla; la joven quería apurar la prueba hasta el fin. La mujer de Lavretzky fue a su encuentro, lo mismo que Panchine, cuyo rostro

recobró su expresión diplomática.

-¿Cómo se encuentra usted? -preguntó a Lisa.

-Estoy mejor, gracias.

-Nosotros hemos hecho un poco de música: siento que no haya oído a la señora de Lavretzky. Canta admirablemente, como una consumada artista.

-¡Venga usted aquí! -dijo María Dmitrievna.

Varvara se levantó en seguida con la sumisión de un niño, y se sentó a sus pies, en un taburete. María Dmitrievna no la llamaba más que para facilitar a Panchine una corta conversación con Lisa; esperaba todavía que su hija cambiara de parecer. Ocurriósele una idea en seguida, y quiso ponerla en práctica inmediatamente.

-¿Sabe usted -dijo muy bajo a Varvara Pavlowna -que voy a intentar reconciliarla con su marido? No respondo del éxito, pero lo intentaré. Sabrá usted que él me estima mucho.

Varvara Pavlowna alzó los ojos lentamente hacia María Dmitrievna y cruzó los brazos con gracia.

-Usted es mi salvadora, tía mía -dijo con voz triste, -no sé cómo agradecerle tantas bondades; pero soy muy culpable respecto de Teodoro Ivanowitch, y no puede perdonarme.

-¿Pero... es que en efecto?... -comenzó a decir María Dmitrievna con curiosidad.

No me pregunte usted nada -interrumpió Varvara Pavlowna bajando los ojos. -He sido joven, inconsiderada... Por lo demás, no quiero justificarme.

-Sin embargo, ¿por qué no intentarlo? No se desespere usted.

Y quiso acariciarle las mejillas; pero al mirarla a la cara quedó intimidada. «Por modesta que sea, pensó, siempre es una *leona*.»

-¿Está usted enferma? -decía al mismo tiempo Panchine a Lisa.

-Sí, no me encuentro bien.

-Lo comprendo -dijo él después de un largo silencio -Sí; lo comprendo.

-¿Qué quiere usted decir?

-Lo comprendo -replicó con énfasis Panchine, que no sabía qué decir.

Lisa se turbó un momento, pero no tardó en tomar valerosamente su partido.

Panchine afectaba un aire misterioso; se calló, volviéndose y adoptando un grave continente.

-Creo que son ya las once -observó María Dmitrievna.

La reunión comprendió y comenzó a despedirse.

Varvara Pavlowna se vio obligada a prometer que volvería a comer al día siguiente y que llevaría con ella a Adda; Guedeonofsky que estaba muerto de sueño, sentado en un rincón, se ofreció a acompañarla a su casa.

Panchine saludó a todo el mundo con maneras muy solemnes. Al encontrarse en el vestíbulo con Varvara Pavlowna y ayudarla a subir al carruaje, le estrechó la mano y le dijo de nuevo:

-Hasta la vista.

Guedeonofsky se sentó al lado de Varvara, que durante todo el camino se divirtió en poner, como por casualidad, la punta de su piececito sobre el de su vecino; él se turbaba, se deshacía en excusas: ella sonreía coquetamente y lo acariciaba con la mirada cuando el reflejo de un reverbero de la calle entraba en el carruaje.

El vals que había tocado giraba todavía en su cabeza y, la preocupaba. En cualquier sitio que se encontrase, bastábale representarse un salón de baile, las arañas, un rápido torbellino al son de la música, para que se encendiese en seguida en su alma una agitación febril; sus ojos brillaban con un fuego interior, por sus labios vagaba una sonrisa, y por toda su persona parecía esparcirse una gracia lasciva.

Al llegar a su casa, Varvara Pavlowna, saltó ligeramente del carruaje -sólo las *leonas* saben saltar así, -se volvió hacia Guedeonofsky y se echó a reír en sus narices.

«Es una encantadora criatura», pensaba el consejero de Estado, al dirigirse a su casa, donde lo esperaba su criado con un frasco de bálsamo de Opodeldoch; «es una fortuna que yo sea un hombre formal; pero ¿por qué se ha echado a reír?»

Marpha Timofeevna pasó toda la noche a la cabecera de Lisa.

XL

Lavretzky estuvo día y medio en Wassiliewskoe, y paso casi todo este tiempo vagando sin objeto por los alrededores. No podía estarse en el mismo sitio; le roía la pena; experimentaba todos los tormentos de una pasión fogosa y sin salida. Se acordó del sentimiento que se había apoderado de su alma al día siguiente de su llegada; recordó sus resoluciones de entonces, y se acusó; ¿qué es lo que había podido apartarlo de la vía del deber y del único objeto permitido en adelante a su existencia? Entonces y siempre era la sed de dicha. «Tú has querido de nuevo gustar la dicha de aquí abajo -se decía hablándose a sí mismo; -has olvidado que esa dicha es un lujo en la vida, un favor inmerecido, cuando por casualidad visita al hombre una vez. Pero mi dicha ha sido incompleta, engañadora, dirás tú. Pues bien; ¿cuáles son tus derechos a una dicha completa y real? ¡Mira alrededor tuyo! ¿Quién goza de la dicha perfecta? Mira ese campesino que va a segar... ¿Acaso está satisfecho de su suerte?... ¿Querías tú cambiar tu posición por la suya? ... Acuérdate de tu madre: ¡cuán modestos eran sus deseos, y qué destino, sin embargo, le cupo en suerte! ¿No has venido aquí más que para hacerte valer ante Panchine, cuando le decías que no habías vuelto a Rusia más que para labrar la tierra? Tú has vuelto para correr, al declinar de tu vida, detrás de las jóvenes; apenas te has creído libre y lo has olvidado todo; te has puesto a perseguir tu sueño como un niño persigue a una mariposa...»

En medio de estas reflexiones, se presentaba constantemente a su espíritu la imagen de Lisa, y se esforzaba por apartarla; rechazaba al mismo tiempo otro recuerdo sin cesar presente en su memoria con sus rasgos detestados, un recuerdo en el que la imagen de la belleza ocultaba un corazón falso y cruel. El viejo Antonio notó que su amo estaba disgustado; durante algún tiempo se limitó a suspirar detrás de la puerta: al fin se atrevió, y acercándose a él, le propuso que tomara algo caliente. Lavretzky se encolerizó contra el viejo, lo echó fuera de la habitación, y luego le dio sus excusas. La aflicción de Antonio no hizo más que aumentar. Lavretzky se sentía incapaz de permanecer mucho tiempo en el salón; le parecía que su abuelo Andrés, desde el fondo de su cuadro, miraba con desprecio a su débil descendiente. «¡Ah, ah! Tú nadas en la superficie», parecían decirle sus labios gesticulantes. «¿Será posible, pensó, que yo no pudiera domarme, que me dejase dominar por semejante quimera? En la guerra, los heridos se, imaginan siempre que sus heridas no tienen ninguna gravedad. No nos hagamos ilusiones. Ya no soy un niño; después de todo, he visto la dicha de cerca, la he podido creer posible... y se, ha desvanecido. Que dé una vuelta más la rueda de la fortuna, y el mendigo puede llegar a ser rico; pero cuando una cosa no debe ser, no hay que volver sobre ella. Volveré a emprender mi camino, clavándome los labios; sabré constreñirme al silencio. Por lo demás, no será la primera vez que haya intentado dominarme. ¿Y por qué he huido? ¿Por qué estoy aquí tapándome la cabeza como un avestruz? Se dice que es duro hacer frente a una desdicha ¡Vamos allá!

-Antonio -dijo en voz alta, -haz enganchar en seguida el *tarantass*. Si -pensó de nuevo hay que saber imponerse silencio, hay que hacerse dueño de su corazón.

Lavretzky trataba de disipar su pena con parecidos razonamientos, pero esta pena era grande y profunda, hasta el punto de que Apraxi a, que había perdido ya todo sentimiento, sino toda inteligencia, movió tristemente la cabeza y le acompañó con la mirada cuando lo vio subir al *tarantass* para regresar a la ciudad. Los caballos corrían rápidamente; él se mantenía inmóvil y erguido, mirando hacia adelante en el camino.

XLI

La víspera había escrito Lisa a Lavretzky que fuese por la noche. Se dirigió primero a su casa. No encontró ni a su mujer ni a su hija. Los criados le dijeron que estaban en casa de los Kalitine. A esta noticia, estalló su furor.

-¡Esa mujer ha jurado emponzoñar mi vida! -se dijo con el corazón lleno de cólera.

Comenzó a pasear furiosamente por la habitación empujándolo todo, juguetes de niño, libros, chucherías de mujer. Llamó a Justina, y le dio la orden de llevarse todos aquellos objetos fútiles.

-Sí, señor -contestó ella con zalamería.

Comenzó a arreglar la pieza con aire gracioso; pero cada uno de sus movimientos hacía claramente sentir a Lavretzky que él no era a sus ojos más que un oso mal enseñado. Miraba, con rabia en el corazón, aquella figurilla parisién, burlona y provocativa, aunque ajena, con sus mangas blancas, su delantal de seda y su gorrito. Al fin la despidió, y después de muchas vacilaciones, y como su mujer no hubiera vuelto, se decidió a dirigirse a casa de los Kalitine. No quería entrar en las habitaciones de María Dmitrievna (por nada del mundo habría consentido en poner el pie en un salón donde estaba su mujer), sino en las de Marpha Timofeevna. Recordó que la escalera de servicio de las doncellas conducía todo derecho a aquéllas. La casualidad vino en su ayuda; encontró a Schourotschka en el patio, y ésta lo condujo adonde estaba la anciana. La encontró sola, contra su costumbre, desnuda la cabeza, encorvada, con las manos cruzadas sobre el pecho. Al ver a Lavretzky, se sintió presa de una viva agitación; se levantó bruscamente y comenzó a andar por la habitación, como si buscara su gorro.

-¡Ah, ya estás aquí! -dijo muy de prisa evitando su mirada -¿Y bien, qué? ¿Qué hacer? ¿Dónde estuviste ayer? Bueno, ha llegado... Bien, sí... Es preciso, de un modo o de otro...

Lavretzky se dejó caer sobre una silla.

-Sí, sí, siéntate -continuó la anciana -.Has subido todo derecho; sí, si, naturalmente. ¿Has, venido a ver qué cara pongo? Gracias.

La anciana se calló. Lavretzky no sabía que decirla, pero ella lo comprendía.

-¡Lisa! Sí, Lisa ha estado aquí hace un momento -siguió anudando y desanudando los cordones de su bolsa de labor -No se encuentra muy bien... Schourotschka ¿dónde estás? Ven aquí, pequeña. No puedes estar quieta en ningún sitio. Yo también tengo mala la cabeza. Ese canto, esa música, sin duda.

-¿De qué cantos habla usted, tía?

-¡Cómo! Ya han comenzado... ¿cómo llamáis eso?... creo que dúos... y siempre en italiano chi, chi, cha, cha... verdaderos gritos de cornejas... Cantan hasta romperse el alma. ¡Ese Panchine!... ¡Y luego la tuya! Y qué pronto se ha arreglado eso, sin ceremonia, como si fueran parientes. ¡Pero después de esto, el perro busca un refugio! Se hacen esfuerzos por tener buena cara, en tanto que no se os pone a la puerta.

-Confieso, sin embargo, que no me esperaba eso -dijo Lavretzky. -Se necesita un gran atrevimiento.

-No, hijo mío, eso no es atrevimiento, es cálculo. ¡Pero que Dios la perdone! Se dice que la envías a Lavriki; ¿es verdad?

-Sí, pongo esa finca a su disposición.

-¿Te ha pedido dinero?

-Todavía no.

-No tardará. ¿Y tú, cómo te encuentras? ¿Estás bien?

-Sí.

-¡Schourotschka! -dijo de pronto la anciana -ve a decir a la señorita Lisa... es decir, no... pregúntale... ¿Está abajo, verdad?

-Está abajo.

-Eso es: pregúntale dónde ha puesto mi libro... Ella sabe, sin duda...

-Entiendo.

La anciana comenzó de nuevo a moverse; sacaba uno a uno los cajones de la cómoda. Lavretzky seguía inmóvil en la silla. De pronto se oyeron pasos ligeros en la escalera. Entró Lisa. Lavretzky se levantó y la saludó. La joven se paró en la puerta.

-Lisa, Lisita mía -dijo la anciana con acento preocupado. --Dónde está mi libro? ¿Dónde lo has puesto?

-¿Qué libro, tía?

-Pues el libro... Dios mío... Por lo demás, no te he llamado; pero lo mismo da. ¿Qué hacéis abajo?... Mira a Fedor Ivanowitch que ha venido. ¿Y tu cabeza?

-Esto no es nada.

-Siempre dice que no es nada. ¿Y qué es lo que hacen en tu casa? ¿Todavía música?

-No, juegan a la baraja.

-Sí, sí, sirve para todo. Schourotschka, veo que tienes gana de correr por el jardín; ve a jugar.

-Si no tengo gana.

-No contestes. Mira, Nastasia Carpowna está sola en el jardín. Vete a acompañarla. Hay que tener consideraciones con las personas mayores.

Schourotschka salió.

-¿Pero dónde está mi gorro? ¿Dónde lo he puesto? No te levantes; todavía están fuertes mis piernas... Debe estar en mi alcoba.

Y mirando a hurtadillas a Lavretzky, Marpha Timofeevna se alejó. Había dejado abierta la puerta; pero de pronto volvió sobre sus pasos y la cerró. Lisa se apoyó en el respaldo de un sillón y se llevó lentamente la mano al rostro. Lavretzky no se movió.

-He aquí cómo debíamos volver a vernos dijo al fin.

Lisa separó las manos.

-Sí -dijo con voz sorda, -hemos sido castigados de pronto.

-¡Castigados! -repitió Lavretzky, -pero usted, ¿por qué había de ser castigada?

Lisa alzó los ojos. No expresaba ni dolor, ni turbación; sólo parecían menos claros y menos grandes. Su rostro estaba pálido; sus labios, ligeramente entreabiertos, también habían palidecido. El corazón de Lavretzky se estremeció de piedad y de amor.

-Me ha escrito usted: «Todo ha concluido»- murmuró - Tiene usted razón, todo, ha concluido antes de comenzar.

-Hay que olvidar eso -dijo Lisa, -estoy contenta con que haya usted venido. Quería escribirle, pero mejor es esto. No tenemos tiempo que perder; los dos tenemos deberes que cumplir; usted, Fedor Ivanowitch, usted debe reconciliarse con su mujer.

-¡Lisa!

-Yo soy quien se lo pide. Esta es la única manera de expiar todo lo que ha pasado. Usted reflexionará y no me lo negará.

-¡Lisa! ¡En el nombre de Dios! Exige usted un imposible. Estoy dispuesto a hacer todo lo que me ordene; pero eso, reconciliarme con ella... Consiento en todo, lo he olvidado todo; no puedo, sin embargo, forzar mi corazón... ¡Tenga usted piedad! Eso es demasiado cruel.

-Yo no le exijo... eso que usted dice. No viva con ella si no puede, pero reconcíliese con ella -añadió Lisa volviendo a taparse los ojos. Acuérdesse usted de su hija; hágalo por ella.

-Está bien -dijo entre dientes Lavretzky: -supongamos que lo haga; eso será cumplir con mi deber. Pero el deber de usted, ¿en qué puede consistir?

-Eso es Lavretzky se estremeció.

-¿Está usted decidida a casarse con Panchine? -preguntó.

Lisa sonrió imperceptiblemente.

-¡Oh, no! -dijo.

-¡Ah, Lisa, Lisa!- exclamó Lavretzky. ¡Qué dichosos hubiéramos podido ser!

Lisa lo miró otra vez.

-Ahora ya ve usted mismo, Fedor Ivanowitch, que la dicha no depende de nosotros, sino de Dios.

-Pero es porque... sí, porque...

La puerta de la habitación se abrió bruscamente, y apareció Marpha Timofeevna con el gorro en la mano.

- Bastante trabajo me ha costado encontrarlo -dijo colocándose entre Lavretzky y Lisa. - Lo había metido yo misma en un rincón. ¡Ah, qué desgracia ser vieja! Pero no vale más la juventud. ¿Llevarás tú mismo tu mujer a Lavriki?

-¡Yo con ella, a Lavriki! No sé -contestó Fedor Ivanowitch, después de un momento de silencio.

-¿No bajas?

-Hoy no.

-Está bien, haz lo que quieras. Pero tú, Lisa, creo que deberías bajar. ¡Ah, Dios mío! se me ha olvidado poner comida al mirlo. Esperad un momento, vuelvo en seguida.

Y Marpha Timofeevna se lanzó fuera de la habitación sin ponerse el gorro. Lavretzky se aproximó vivamente a Lisa.

-Lisa -dijo con voz suplicante, -nos separamos para siempre; mi corazón se desgarró. Deme usted la mano en señal de adiós.

Lisa levantó la cabeza, y fijó en él su mirada fatigada, casi apagada.

-No -murmuró retirando la mano que ya había alargado. -No, Lavretzky (lo nombraba así por la primera vez), no le daré a usted la mano. ¿Para qué? Apártese, yo se lo suplico;

ya sabe usted que lo amo. Sí, lo amo - añadió con fuerza. pero no...

Y se llevó el pañuelo a la boca.

-Deme usted al menos ese pañuelo.

Rechinó la puerta.

-Tómelo usted -dijo rápidamente Lisa.

El pañuelo se deslizó por sus rodillas; Lavretzky tuvo tiempo de cogerlo antes de caer, y lo ocultó vivamente en su pecho. Al volverse encontró los ojos de Marpha Timofeevna.

-Lisita, me parece que te llama tu madre -dijo la anciana.

Lisa se levantó en seguida y salió. Marpha Timofeevna se volvió a sentar en su rincón. Lavretzky quiso despedirse de ella.

-Fedia -dijo la anciana de pronto.

-¿Qué quiere usted, tía?

-¿Eres un hombre honrado?

-¡Cómo!

-Te pregunto si eres un hombre honrado.

-Creo que sí.

-¡Hum! Dame tu palabra de honor de que, eres un hombre honrado.

-De buena gana; ¿pero por qué?

-Eso es cuenta mía. Y tú mismo, si piensas bien en ello y no eres un tonto, comprenderás por qué te pregunto eso. Y ahora, adiós, querido; gracias por haber venido a verme. Acuérdate de tu palabra, y abrázame. ¡Oh, hijo mío, todo esto es penoso para ti, pero todos tenemos nuestra pena! Mira, yo, antes, envidiaba a las moscas. He ahí, pensaba yo, una manera buena de vivir en este bajo mundo. Pero vi una vez cómo luchaba una mosca entre las patas de una araña. No, me dije; parece que también ellas tienen sus tormentos. ¿Qué hacer, hijo mío?... No olvides tu promesa... Anda, anda...

Lavretzky bajó la escalera de servicio, y se acercaba ya a la puerta cochera, cuando se le acercó un criado y le dijo:

-María Dmitrievna le ruega que pase a verla.

-Mire, amigo mío, que a esta hora...

-Le ruega que pase en seguida -continuó el lacayo. -Le envía a decir que está sola.

-¿Se han marchado las visitas?

- Sí, señor -dijo el lacayo, conteniendo las ganas de reír.

Lavretzky se encogió de hombros y lo siguió.

XLII

María Dmitrievna estaba sola en su gabinete, sentada en un sillón a la Voltaire. Respiraba agua de Colonia. A su lado, sobre una mesa, había un vaso con agua de azahar. Estaba agitada y turbada. Lavretzky entró.

-¿Deseaba usted verme? - dijo saludando fríamente.

-Sí -respondió María Dmitrievna, y bebió un trago. -He sabido que había usted subido directamente a casa de mi tía, y le he hecho rogar que pasara aquí. Tengo necesidad de hablar con usted. Hágame el favor de sentarse.

María Dmitrievna tomó aliento.

-¿Sabe usted que ha llegado su mujer?

-Lo sé.

-Sí, sí: es decir, ha venido a mi casa y la he recibido. Sobre esto quería yo hablar con usted. Puedo decir, gracias a Dios, que he merecido la estimación general, y por nada del mundo haría una cosa inconveniente. Aunque hubiera previsto que esto pudiera desagradarle, no he podido cerrarle mi puerta. Es parienta mía, gracias a usted; póngase usted en mi lugar. ¿Qué derecho tenía yo a cerrarle mi casa? Convenga en ello.

-Hace usted mal en inquietarse por eso dijo Lavretzky. -Ha hecho usted muy bien. No me he disgustado de ningún modo; no tengo la intención de impedir a Varvara Pavlowna que vea a sus conocimientos. Pero no he entrado hoy en su salón de usted, porque no quería encontrarme con ella. Esto es todo.

-¡Ah, cómo me satisface oírle hablar así! -exclamó María Dmitrievna -Por lo demás, no esperaba yo menos de la nobleza de sus sentimientos. En cuanto a mi inquietud, nada hay en ella que deba sorprender a usted: soy mujer y soy madre. Por lo que concierne a su mujer, no puedo ciertamente ser árbitro entre ustedes: esto mismo le he dicho a ella. ¡Es tan amable! Tiene una que complacerse en su sociedad.

Lavretzky se puso a reír con ironía y a dar vueltas a su sombrero.

-Y además, quería también decir a usted -añadió María Dmitrievna, acercándose un poco a él, -que si hubiera usted visto qué modesto y respetuoso es su continente... Es conmovedor. Si la oyera cómo habla de usted... « Yo soy completamente culpable respecto de él. No he sabido apreciarlo; no es un hombre, es un ángel.» Sí, sí, así es como habla: un ángel. ¡Está tan arrepentida! Mi palabra: nunca he visto un arrepentimiento semejante.

-A propósito, María Dmitrievna, tendría curiosidad de saber una cosa: se dice que Varvara Pavlowna ha cantado en su casa de usted; ¿era en el momento de su arrepentimiento, o bien?...

-¡Ah! ¿Y no le da a usted vergüenza hablar así? No ha cantado ni tocado el piano nada más que para complacerme, porque se lo he rogado mucho, porque, por decirlo así, se lo he ordenado. La veía de tal modo triste, que he querido distraerla; además, yo había oído decir que tenía mucho talento. Pero es una mujer completamente destrozada; pregúnteselo a Guedeonofski. Es una mujer acabada por completo. ¡Y usted la acusa!

Lavretzky se encogió de hombros.

-Y, además, ¡qué ángel es vuestra Adda! - siguió María Dmitrievna. -¡Qué niña más deliciosa y espiritual! ¡Cómo habla el francés! Y comprende también el ruso. Me ha llamado tía. Y no es tan arisca como los niños de su edad. ¡Se parece a usted de un modo increíble! Los ojos, las cejas de usted, por completo. Confieso que no me gustan mucho los niños de esa edad. pero he quedado prendada de su hija.

-María Dmitrievna -dijo de pronto Lavretzky -permítame usted que la pregunte: ¿Con qué objeto se toma el trabajo de decirme todo eso?

-¿Con qué objeto? -María Dmitrievna respiró el agua de Colonia y bebió otro trago de agua de azahar -Pues te digo todo esto... por... porque... soy pariente de usted: tomo el más vivo interés en todo lo que le concierne, y sé que tiene usted buen corazón. Escúcheme usted: al fin y al cabo, soy una mujer de experiencia, y no hablo por hablar; perdone usted, perdone a su mujer.

Los ojos de María Dmitrievna se llenaron súbitamente de lágrimas.

-Piense usted en ello -añadió, -la juventud, la inexperiencia, acaso también el mal ejemplo, la falta de madre para mantenerla en el buen camino... Perdónela usted, Fedor Ivanowitch, ya ha sido bastante castigada.

Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de María Dmitrievna, que no las secó, tanto le gustaba llorar. Lavretzky estaba sobre ascuas. «:Dios mío, pensaba, qué suplicio, qué día el de hoy!»

-No contesta usted -continuó María Dmitrievna -¿Qué debo pensar? ¿Es posible que sea

usted tan cruel?... No, no quiero creerlo... Siento que mis palabras lo han convencido, Fedor Ivanowitch. Dios lo recompensará por su bondad. Acepte usted de mis manos su mujer.

Lavretzky se levantó involuntariamente; María Dmitrievna se levantó también, y pasando rápidamente detrás del biombo, hizo aparecer a Varvara Pavlowna. Pálida, medio muerta, los ojos bajos, parecía haber abdicado de toda preocupación personal, y haberse puesto por completo en manos de María Dmitrievna. Lavretzky retrocedió un paso.

-¡Estaba usted ahí! -exclamó.

-No la acuse usted -se apresuró a decir María Dmitrievna. -No quería absolutamente quedarse; yo he sido quien la ha hecho sentarse detrás del biombo. Aseguraba ella que esto disgustaría a usted más todavía; pero yo no he querido escucharla; yo lo conozco a usted mejor que ella. Acepte usted de mis manos su mujer. Vaya, Varvara, no tema usted nada.

Échese a los pies de su marido (la sacaba de la mano), y que mi bendición...

-Espere usted, María Dmitrievna -interrumpió Lavretzky con voz sorda, pero vibrante. - A usted le gustan, probablemente, las escenas sentimentales (no se engañaba; María Dmitrievna había conservado del Instituto la afición a los efectos teatrales), le divierten a usted; pero hay personas a quienes no les gustan. Por lo demás, no es a usted a quien yo voy a hablar; usted no es, el personaje principal de esta comedia. -¿Qué desea usted de mí, señora? -añadió volviéndose hacia su mujer. -¿No he hecho por usted lo que he podido? No me diga que esta entrevista no ha sido preparada por usted; no lo creería; usted sabe que no puedo creerla. ¿Qué quiere usted? Usted tiene talento y no hace nada sin objeto. Debe usted comprender que vivir con usted, como en otro tiempo, me sería imposible, no porque la odie, sino porque soy otro hombre. Ya se lo dije al día siguiente de su vuelta, y usted misma me da la razón en este momento en el fondo de su corazón. Pero usted quiere rehabilitarse en la opinión pública, y no le basta vivir en mi casa; quiere que ambos vivamos bajo el mismo techo, ¿no es esto?

-Quiero que me perdone -murmuró Varvara Pavlowna sin alzar los ojos.

-Desea que la perdone usted -repitió María Dmitrievna.

-Y no por mí, sino por Adda -continuó a media voz Varvara Pavlowna.

-No es por ella, es por vuestra Adda -repitió también María Dmitrievna.

-Perfectamente. ¿Usted lo quiere? -dijo Lavretzky con esfuerzo. - Pues bien, sea; hasta consiento en eso.

Varvara Pavlowna le echó una mirada rápida.

-¡Alabado sea Dios! -exclamó María Dmitrievna.

Y comenzó a tirar de la mano a Varvara Pavlowna.

-Ahora reciba usted de mí...

-Espere usted - interrumpió Lavretzky - Consiento en vivir con usted, Varvara Pavlowna -continuó; -es decir, la llevará a Lavriki y estaré allí todo el tiempo que pueda resistir; en seguida me iré, para volver de cuando en cuando. Ya ve usted que no quiero engañarla; pero no exija nada más. Usted misma se reiría si llenase los deseos de nuestra respetable parienta, si la estrechase contra mi corazón, asegurándole que... lo que ha pasado no ha sucedido jamás -, que el árbol cortado va a florecer de nuevo. Pero ya veo bien que hay que someterse. No es así como usted comprende estas palabras... ¡Qué importa! Lo repito, viviré con usted; no, no puedo prometerlo... Me reconciliaré con usted; la seguiré reconociendo por mi mujer.

-Dele usted al menos la mano, a fin de que no dude -dijo María Dmitrievna cuyas lágrimas se habían secado hacía tiempo.

-Nunca he engañado hasta ahora a Varvara Pavlowna -respondió Lavretzky; -sin necesidad de eso me creerá. La llevaré a Lavriki. Pero acuérdesse usted, Varvara Pavlowna, tan pronto como salga usted de allí quedará roto nuestro tratado. Y ahora, permítame que me aleje.

Saludó a las dos señoras y salió a toda prisa.

-¿No se la lleva usted, ahora? -exclamó todavía María Dmitrievna.

-Déjele usted -murmuró Varvara Pavlowna.

Después la abrazó y le dio las gracias y la besó las manos llamándola su ángel salvador.

María Dmitrievna recibía sus caricias con aire de condescendencia; pero en el fondo del corazón no estaba contenta ni de Lavretzky, ni de Varvara Pavlowna, ni de la escena que había preparado. No la encontraba bastante sentimental; Varvara Pavlowna, en su opinión, habría debido arrojarle a los pies de su marido.

-¿Cómo no me ha comprendido usted? -la decía sin cesar -Sin embargo, yo lo había dicho: Arrodílese usted.

-Mejor ha sido así, querida tía; tranquilícese, todo ha pasado perfectamente - respondió Varvara Pavlowna.

-¡Oh! El es más frío que el hielo -continuó María Dmitrievna; -usted no ha llorado; pero yo ¡cuántas lágrimas vertí delante de él! Quiere enclaustraros en Lavriki. ¿Y qué, no podrá usted venir a verme? Los hombres no tienen corazón -añadió moviendo la cabeza con aire significativo.

-En cambio, las mujeres saben apreciar la bondad y la generosidad -respondió Varvara Pavlowna.

Y dejándose caer dulcemente en las rodillas de María Dmitrievna, enlazó con sus brazos el redondo talle de la buena señora y apretó contra ella su cara. Esta cara sonreía a escondidas, mientras que volvían a caer las lágrimas de María Dmitrievna.

Durante aquel tiempo, Lavretzky había vuelto a su casa, se encerró en el cuarto de su criado, se echó sobre un diván, y permaneció acostado así hasta la mañana siguiente.

XLIII

Al día siguiente era domingo; el sonido de las campanas que anunciaban la primera misa no despertó a Lavretzky: no había cerrado los ojos en toda la noche: pero esto le recordó otro domingo, en que, por complacer a la joven, había ido a la iglesia. Se levantó de prisa; una voz misteriosa le decía que aún la vería aquel día. Salió de la casa sin ruido, hizo decir a Varvara Pavlovna, que aún no se había levantado, que estaría de vuelta para la comida y se dirigió hacia el sitio adonde lo llamaba el tintineo triste y monótono. Llegó temprano; no había casi nadie en la iglesia; el sacristán, en pie en el coro, salmodiaba las horas; su voz, entrecortada de cuando en cuando por la tos, resonaba a compás, bajando y subiendo alternativamente. Lavretzky se quedó cerca de la puerta. Iban llegando los, fieles unos detrás de otros, se detenían, hacían la señal de la cruz y saludaban de todos lados; sus pasos resonaban bajo las bóvedas en el vacío y en el silencio. Una vieja impedida, vestida contra traje de capuchón, estaba de rodillas al lado de Lavretzky y rezaba con fervor; su cara amarilla y arrugada su boca sin dientes expresaban una viva emoción; sus encarnados ojos estaban fijos, inmóviles, en las imágenes del *iconostase*; su mano huesuda salía continuamente de debajo de la ropa y hacia lentamente y con un gesto brusco señales de la cruz. Un campesino de espesa barba y rostro rudo, los cabellos y los vestidos en desorden, entró en la iglesia, se echó de rodillas, multiplicando las señales de la cruz, sacudiendo la cabeza y echándola hacia atrás, después de haberse prosternado hasta la tierra. Pintábase en su rostro y en cada uno de sus movimientos un dolor tan amargo, que Lavretzky se acercó a él y le preguntó qué le pasaba. El campesino retrocedió con aire temeroso y feroz; después, mirándolo:

-Ha muerto mi hijo -dijo con voz cavernosa.

Y volvió a prosternarse.

«¿Qué es lo que podría reemplazar para ellos los consuelos de la iglesia?» -pensó Lavretzky. El mismo trató de rezar; pero su corazón estaba oprimido, endurecido, y sus pensamientos muy lejos. Seguía esperando a Lisa, pero Lisa no llegaba. -La iglesia se llenaba de gente, pero no la veía en ninguna parte. Comenzó la misa; el diácono había acabado ya la lectura del Evangelio, y tocaban para el ofertorio. Lavretzky se adelantó un poco, y de pronto vio a Lisa. Había llegado antes que él: pero no la había visto: pegada contra la pared y la verja del coro, estaba inmóvil, sin mirar en su derredor. Lavretzky no quitó los ojos de ella hasta el fin de la misa; le dirigía un último adiós. La multitud comenzaba a dispersarse, y ella seguía en su sitio; acaso esperaba a que se fuese Lavretzky. Persignóse al fin por última vez, y salió sin volverse; sólo la acompañaba su doncella. Lavretzky salió de la iglesia detrás de ella, y se le reunió en la calle; la joven andaba muy de prisa, con la cabeza inclinada y el velo caído.

-Buenos días, Lisaveta Michailovna -dijo él en alta voz y con una tranquilidad forzada.

-¿Me permite usted que la acompañe?

Ella no contestó; él siguió al lado suyo.

-¿Está usted contenta de mí? -le preguntó bajando la voz. -¿Sabe usted lo que pasó ayer?

-Sí, sí -murmuró. -Está muy bien.

Y anduvo más de prisa aún.

-¿Está usted contenta?

Lisa hizo una inclinación de cabeza.

-Fedor Ivanowitch -dijo con voz tranquila, pero débil, -tengo que dirigir a usted una suplica: no vaya usted más a mi casa; váyase lo más pronto posible; podremos vernos más tarde, un día, dentro de un año. Y ahora, aléjese usted; hágalo por mí; concédame esta gracia en nombre del cielo.

-Estoy dispuesto a obedecerla en todo, Lisaveta Michailovna. ¿Pero vamos a separarnos así? ¿No me dirá usted una palabra?

-Fedor Ivanowitch, en este momento va usted al lado mío... Y, sin embargo, está usted ya muy lejos, muy lejos de mí. Y no es esto sólo...

-Acabe usted, ¡se lo suplico! -exclamó Lavretzky -¿Qué quiero usted decir?

-Acaso lo sabrá usted... Pero suceda lo que quiera, olvide... No, no me olvide; acuérdeseme de mí.

-Y olvidarla...

-Basta; adiós. Déjeme...

-¡Lisa!...

-¡Adiós, adiós!

Bajó ella todavía más el velo, y siguió su camino casi corriendo.

Lavretzky la siguió con los ojos: luego, inclinando la frente, volvió sobre sus pasos. Tropezó con Lemm, que iba también con el sombrero calado hasta los ojos y las miradas fijas en el suelo.

Hubo un momento de silencio.

-Y bien, ¿qué me dice usted? -preguntó al fin Lavretzky.

-¿Que qué le digo! -contestó Lemm con tono de mal humor. -No tengo nada que decirle. Todo está muerto, y nosotros estamos muertos. Su camino de usted es por la derecha, ¿verdad?

-Sí, por la derecha.

-El mío por la izquierda. Adiós.

... Al día siguiente por la mañana, Fedor Ivanowitch partió con su mujer para Lavriki. Ella iba delante en un carruaje con Adda y Justina; él la seguía en *tarantass*. A todo lo largo del camino, la preciosa niña no se quitó de la portezuela; todo la asombraba, los campesinos, las campesinas, las *isbas*, los pozos, los *dougas* de caballos, las campanillas y el vuelo de los cuervos; Justina compartía su asombro; Varvara Pavlowna reía de sus observaciones y de sus exclamaciones.

Estaba de buen humor: antes de abandonar la ciudad de O... había tenido una explicación con su marido.

-Comprendo la posición de usted -le había dicho ella, y sus ojos expresivos le hicieron comprender que lo había adivinado todo. -Pero al menos me hará usted la justicia de convenir en que soy de fácil acomodo; no lo importunaré, no le estorbaré para nada; he querido asegurar el porvenir de Adda; esto es todo lo que necesito.

-Sí, ha alcanzado usted todos sus fines -respondió Fedor Ivanowitch.

-Ahora no pienso más que en una cosa: en enterrarme para siempre en la soledad; jamás olvidará sus beneficios...

-Basta -dijo él interrumpiéndola.

-Y sabré respetar su independencia y su tranquilidad -añadió para terminar la frase que tenía preparada.

Lavretzky le hizo un profundo saludo. Varvara Pavlowna comprendió que su marido le daba las gracias desde el fondo de su corazón.

Al día siguiente por la noche estaban en Lavriki; una semana más tarde partió Lavretzky para Moscú, dejando a su mujer cinco mil pesos para sus gastos, y al otro día de su marcha, llegaba Panchine, a quien Varvara Pavlowna había rogado que no la olvidase en su soledad. Ella lo recibió de la mejor manera, y hasta la caída de la noche los sonidos de la música, los cantos y las alegres conversaciones en francés, resonaron en la casa y en el jardín. Panchine pasó tres días en casa de Varvara Pavlowna, y al decir adiós estrechando con fuerza sus lindas manos, le prometió volver bien pronto, y cumplió su promesa.

XLIV

Lisa tenía en el segundo piso de la casa de su madre un cuartito suyo, limpio y claro, cuyo mueblaje consistía en una camita blanca, una mesa de escribir, macetas de flores en los ángulos y delante de las ventanas, un estante con libros y un crucifijo en la pared. Allí había nacido Lisa. Al volver de la iglesia, donde había visto a Lavretzky, lo arregló todo en su cuarto con un cuidado particular, limpió el polvo, examinó y ató cuidadosamente sus cuadernos y las cartas e sus amigas, cerró con llave todos los cajones, regó las flores y las tocó todas una a una. Hacía esto sin prisa y sin ruido; su rostro expresaba una preocupación dulce y conmovida. Se detuvo al fin en medio del cuarto, miró lentamente alrededor, se acercó a la mesa, encima de la cual estaba el crucifijo, cayó de rodillas, apoyó la cabeza contra las manos fuertemente cerradas, y quedó inmóvil en esta actitud.

Así la encontró Marpha Timofeevna, al entrar algunos minutos después. Lisa no la oyó entrar. La anciana salió de puntillas, y en la puerta tosió muchas veces. Lisa se levantó vivamente y secó sus ojos, en los cuales había algunas lágrimas.

-¡Ah! Ya veo que has arreglado de nuevo tu celdilla -observó Marpha Timofeevna inclinándose como para oler una rosa recién abierta. -¡Qué bien huele!

Lisa miró a su tía con aire pensativo.

-¡Qué palabra acaba usted de pronunciar, -murmuró.

-¡Cómo! ¿Qué palabra? -replicó vivamente la anciana. -¿Qué quieres decir? ¡Esto es horrible! -exclamó tirando al suelo su gorro y sentándose en la cama de Lisa. -Esto es superior a mis fuerzas; hace cuatro días que estoy como en un horno ardiendo; no puedo sufrir por más tiempo, no puedo verte palidecer, secarte, llorar; no puedo, no puedo.

-¿Pero qué le pasa a usted, tía mía? -balbuceó Lisa -Yo no tengo nada...

-¡Nada! -exclamó Marpha Timofeevna. -¡Eso cuéntaselo a otros! ¿Nada? ¿Y quién estaba arrodillada hace un momento? ¿Quién tiene todavía los ojos húmedos de lágrimas? ¡Nada! Pero ¡Mírate! ¿Qué has hecho de tu rostro y de tus ojos? ¡Nada! ¡Como si yo no lo supiera todo!

-Esto se pasará, tía; deje usted correr el tiempo.

-Eso pasará, ¿pero cuándo? Señor, Dios mío, ¿lo amas verdaderamente hasta ese punto? Pero si es un viejo, mi querida Lisita... No digo ninguna otra cosa contra él; es un hombre honrado, no muerde. Pero ¡qué! Todos somos buenas gentes; el mundo es grande, y siempre habrá gentes honradas como él.

-Se lo repito a usted; esto pasará, ya se ha pasado.

-Escucha, querida hija, lo que voy a decirte -exclamó de pronto Marpha Timofeevna haciendo sentar a Lisa en la cama al lado suyo, y arreglándose en tanto los cabellos, en tanto su fichú; -sólo en el primer momento te parecerá tu pena sin remedio. ¡Eh, sólo la muerte no tiene remedio! Di únicamente: «¡No quiero dejarme abatir, vaya!» Y te asombrarás al ver lo pronto y fácilmente que pasa eso. Ten paciencia.

-Tía mía, ya ha pasado, se ha pasado todo.

-¡Pasado! ¿Cómo pasado? Estás tan conmovida y dices que ha pasado todo. ¿Es así como pasa eso?

-Sí, tía mía, todo ha pasado. ¡Si quisiera usted sólo venir en mi ayuda! -exclamó Lisa con una animación súbita, y echándose al cuello de Marpha Timofeevna. -Querida tía, sea usted mi amiga, socórrame; no se incomode usted, trate de comprenderme...

-¿Pero qué hay, qué hay, hija mía? No me asustes, yo te lo suplico; no me vayas a gritar; no me mires así; habla, ¿qué hay?

-Yo... yo quiero...

Escondió el rostro en el seno de Marpha Timofeevna.

-Quiero entrar en un convento -murmuró con voz sorda.

La anciana dio un salto en la cama.

-Haz la señal de la cruz, Lisita mía; ¡reflexiona sobre lo que quieres hacer! ¡Dios sea contigo! -balbuceó la anciana. -Acuéstate, querida paloma, haz por dormir un poco; todo esto, alma mía, proviene del insomnio.

Lisa alzó la cabeza; sus mejillas abrasaban.

-No, tía mía - murmuró - no hable usted así, estoy decidida, he pedido consejo a Dios, todo ha acabado; no puedo permanecer aquí. Una prueba así debe producir sus frutos; no es la primera vez que pienso en ello. La felicidad no estaba hecha para mí; aun en los momentos en que parecía sonreírme la esperanza sentía oprimido el corazón. Lo sé todo, conozco mi falta y la de los demás, así como la manera cómo se enriqueció padre; lo sé todo. Es preciso expiar, expiar todo esto con la oración. Yo siento abandonar a usted, siento abandonar a mamá y a Lenotchka; pero aquí no hay nada que hacer; lo siento, no

es aquí donde debo vivir, ya lo he saludado todo en la casa por última vez; algo me llama, algo me dice que me encierre por toda la vida. No me retenga usted, no me disuada; venga en mi ayuda, o me iré sola...

Marpha Timofeevna escuchaba a su sobrina con espanto.

-Está enferma, delira -pensó. -Hay que enviar a buscar al médico; ¿pero a cuál? Guedeonofsky hablaba el otro día de un buen médico, pero siempre miente -¿Quién sabe?; acaso diga verdad esta vez.

Pero cuando se persuadió de que Lisa no deliraba, de que no estaba enferma, de que hasta respondía a todas sus objeciones, Marpha Timofeevna se asustó y se afligió seriamente.

-¿Pero sabes tú, paloma mía, cuál es la vida del convento? Te van a alimentar con aceite de cáñamo, completamente verde; a vestirte con lienzo muy grueso; te harán salir a pesar del frío, y tú no podrás soportar todo esto, Lisa mía. Obra sobre ti la influencia de Agafea; ella es la que te ha trastornado la cabeza. Pero ella había comenzado por gozar de la vida; comienza también por vivir. Déjame al menos morir tranquila, Y luego harás lo que quieras. ¿Se ha visto nunca que se entre en un convento por amor de un hombre? ¡Dios me perdone! por una barba de macho cabrio. Pues bien; si no puedes más, haz una peregrinación, ve a rezar a cualquier santo; pero no tomes el velo; vamos, hijita mía...

Y Marpha Timofeevna se echó a llorar amargamente.

Lisa la consolaba, secaba sus lágrimas, lloraba ella también, pero seguía inflexible. En su desesperación, Marpha Timofeevna ensayó la amenaza, prometió decirlo todo a su madre ...; ¡trabajo inútil! Sólo a fuerza de instancias obtuvo la anciana de Lisa que aplazase la ejecución de su proyecto durante seis meses; en cambio Marpha Timofeevna se comprometió a ayudarlo y a conseguir el consentimiento de su madre, si dentro de seis meses no había cambiado de resolución.

Apenas comenzaron los fríos, Varvara Pavlowna, provista de dinero y a despecho de su promesa, dejó el campo y fue a instalarse en Petersburgo, donde tomó un cuarto modesto, pero elegante, que le buscó Panchine. Este había dejado el gobierno de O... antes que ella. En los últimos tiempos de su estancia en O... había perdido enteramente el cariño de María Dmitrievna, dejó de pronto de verla y apenas salía de Lavriky. Varvara Pavlowna se había apoderado literalmente de él: no es posible emplear otra frase para expresar el poder absoluto y sin límites que ejercía sobre su voluntad.

Lavretzky pasó el invierno en Moscú, y en la primavera siguiente supo que Lisa había entrado en el convento de B*** en una de las regiones más lejanas de Rusia.

EPILOGO

Han pasado ocho años. Había llegado de nuevo la primavera. Digamos desde ahora en pocas palabras lo que ha sido de Panchine y de la mujer de Lavretzky, y ya no tendremos luego que ocuparnos más de ellos.

Panchine ha ascendido mucho y aspira ya a la plaza de director; anda un poco encorvado; probablemente lo que le hace inclinarse así hacia adelante es la cruz de San Vladimiro que le han colgado al cuello. El *tchinovnik* domina decididamente en él sobre el artista; su rostro, joven todavía, se ha puesto amarillo, sus cabellos se han aclarado; ni canta, ni dibuja ya; pero se ocupa en secreto de literatura: ha escrito una comedia en el género del proverbio, y, a ejemplo de todos los escritores de hoy que toman por tipos las figuras que les caen bajo la mano, también ha puesto en escena una coqueta; y lee su comedia en secreto a dos o tres señoras que son muy bondadosas con él. No se ha casado, a pesar de las hermosas ocasiones que ha tenido; Varvara Pavlowna tiene la culpa. En cuanto a ésta, habita constantemente en París, como en otro tiempo; Fedor Ivanowitch le ha constituido una renta a su nombre; así se ha librado de ella y se ha puesto al abrigo de una segunda vuelta imprevista. Ha envejecido y está más gruesa; pero siempre es agradable y seductora. Cada persona tiene su ideal; Varvara Pavlowna ha encontrado el suyo en las producciones dramáticas de Dumas, hijo. Se la ve con frecuencia en los teatros donde se representan Camelias tísicas y sensibles; hacer el papel de la señora Doche la parece el grado supremo de la dicha terrestre, y ha declarado un día que no deseaba para su hija mejor porvenir. Hay que esperar que el destino libraré a la señorita Adda de semejante dicha. La niña colorada y regordeta, se ha hecho una jovencita pálida y de pecho débil. Sus nervios andan ya desarreglados. El número de los adoradores de Varvara Pavlowna ha disminuido, pero todavía los tiene; conservará algunos probablemente hasta el fin de su vida. El más ardiente de entra ellos ha sido en estos últimos tiempos un tal Lakourdalo-Skoubirnikof, antiguo oficial de la Guardia, retirado, hombre de treinta y ocho años y de vigorosa constitución. Los asiduos franceses del salón de la señora Lavretzky lo llaman el *gran toro de la Ucrania*; Varvara Pavlowna no lo invita jamás a sus reuniones elegantes, pero él goza completamente de todo su afecto.

Así han pasado ocho años. La primavera, radiante de dicha, sonreía de nuevo a la Naturaleza y al hombre; bajo la influencia de sus dulces caricias todo volvía a florecer, a amar, a cantar. La ciudad de O... había cambiado poco en el espacio de estos años; pero la casa de María Dmitrievna parecía haberse rejuvenecido; sus muros, recién blanqueados, le daban un aspecto riente, y los cristales de las ventanas abiertas, se coloraban y chispeaban a los rayos del sol poniente; de aquellas ventanas se escapaban risas continuas y los sonidos alegres y ligeros de las voces jóvenes y argentinas; toda la casa parecía hervir de vida y de animación y desbordar de alegría.

La dueña de la casa hacia mucho tiempo no bajó a la tumba; María Dmitrievna murió los años después de tomar Lisa el velo, y Marpha Timofeevna no sobrevivió mucho tiempo a su sobrina: reposan la una junto a la otra en el cementerio de la ciudad. Nastasia Carpowna las ha seguido; fiel en sus afecciones, no había dejado durante muchos años de ir, regularmente todas las semanas, a rezar sobre la tumba de su amiga.. Sonó su hora, y sus restos fueron depositados también en la tierra húmeda y fría; pero la casa de María Dmitrievna no pasó a manos extrañas, no salió de la familia, el nido no fue destruido. Lenotchka, transformada en una esbelta y linda joven, y su novio, joven oficial de húsares; el hijo de María Dmitrievna, recientemente casado en Petersburgo, que ha venido con su mujer a pasar la primavera en O ... ; la hermana de ésta, colegiala de dieciséis años,, de encarnadas mejillas y ojos brillantes; la traviesa Schouraotschka igualmente crecida y embellecida: tal era la juventud, cuya ruidosa alegría hacía resonar los muros de la casa Kalitine. Todo estaba cambiado allí; todo había sido, puesto en armonía con sus nuevos huéspedes. Jóvenes criados imberbes, y siempre dispuestos a reír, habían reemplazado a los viejos y graves servidores de otro tiempo; allí donde Roska se había paseado con paso majestuoso, dos perros de caza se movían ruidosamente y saltaban sobre los muebles; la cuadra estaba poblado de caballos briosos, animales robustos de silla o de tiro, caballos de carrera, ardientes, de trenzadas crines, caballos de mano del Don. Las horas del almuerzo, de la comida y de la cena, estaban mezcladas y confundidas; según la expresión de los vecinos, se había establecido un orden de cosas extraordinario.

En la tarde de que hablamos, los habitantes de la casa Kalitine (el mayor de todos, el novio de Lenotchka, tenía veinticuatro años) jugaban a un juego bastante complicado,

pero que parecía divertirles mucho, a juzgar por las risas que estallaban por todas partes; corrían por las habitaciones y se atrapaban unos a otros; los perros corrían también y ladraban, mientras que los canarios, desde lo alto de sus jaulas colgadas en las ventanas, cantaban a más y mejor, aumentando con sus gorjeos, agudos o incesantes, el estrépito general. En lo mejor de estos juegos, un *tarantass* salpicado de barro se detuvo en la puerta cochera; bajó de él un hombre de cuarenta y cinco años, en traje de viaje, y se detuvo lleno de sorpresa. Mantúvose inmóvil durante unos cuantos momentos, examinó la casa, con mirada atenta, entró en el patio y subió dulcemente la escalinata. En la antecámara no había nadie que lo recibiera; pero de repente se abrió de par en par con estrépito, la puerta del comedor: y salió escapada Schourotschka, muy encarnada y tras ella toda la alegre banda, lanzando penetrantes gritos. Detuviéronse de pronto y se callaron a la vista de un extraño; pero sus ojos límpidos, fijos en él, conservaron su expresión cariñosa; los frescos rostros no cesaron de reír. El hijo de María Dmitrievna se acercó al forastero y le preguntó cortésmente qué deseaba.

-Soy Lavretzky -murmuró.

Un grito amistoso respondió a estas palabras.

Y no es que toda aquella juventud se regocijase mucho por la llegada de un pariente lejano y casi olvidado, sino que aprovechaba con ardor la menor ocasión de agitarse y de mostrar su alegría. Hicieron círculo alrededor de Lavretzky; Lenotchka, en calidad de antigua conocida, se nombró la primera; aseguró que lo había reconocido perfectamente; después le presentó el resto de su sociedad, llamando a todos, hasta a su novio, por el nombre de pila. Toda la banda atravesó el comedor y se dirigió al salón. Los papeles de estas dos piezas habían sido cambiados, pero los muebles eran los mismos de otro tiempo; Lavretzky reconoció el piano; el bastidor de bordar, junto a la ventana, era también el mismo y no había cambiado de sitio; acaso se encontraba allí todavía el bordado que quedó sin concluir ocho años antes. Lavretzky se sentó en un gran sillón y todo el mundo colocóse gravemente alrededor suyo. Las preguntas, las exclamaciones, los relatos se sucedieron rápidamente.

-Hace ya mucho tiempo que no hemos visto a usted -observó cándidamente Lenotchka, ni a Varvara Pavlovna.

-Ya lo creo -dijo su hermano. -Como que te llevó a San Petersburgo, mientras que Fedor Ivanowitch ha estado todo ese tiempo en el campo.

-Sí, y mamá ha muerto después.

-Y Marpha Timofeevna -murmuró Schourotschka.

-Y Nastasia Carpowna -añadió Lenotchka -y el señor Lemm.

-¡Cómo! ¿También ha muerto Lemm? -preguntó Lavretzky.

-Sí -respondió el joven Kalitine; -partió de aquí para Odessa. Se dice que fue atraído por alguno, y allí murió.

-¿No sabéis si dejó música compuesta por él?

-No lo sé; lo dudo.

Todo el mundo se calló y se miró. Sobre aquellos jóvenes rostros pasó una nube de tristeza.

-Matroska vive todavía -dijo de pronto Lenotchka.

-Y también Guedeonofsky -añadió su hermano.

El nombre de Guedeonofski excitó la hilaridad general.

-Sí, vive y miente como antes -continuó el hijo de Marra Dmitrievna; e imaginaos que esta loquilla (y señaló a la joven colegiala, la hermana de su mujer), le puso ayer pimienta en la tabaquera.

-¡Cómo estornudaba! -añadió Lenotchka.

Y a aquel recuerdo estalló la misma risa irresistible.

-Hemos tenido noticias de Lisa hace poco -murmuró el joven Kalitine. Y todo el mundo se calló. -Está bien, su salud se repone poco a poco.

-¿Sigue en el mismo convento? -preguntó Lavretzky con esfuerzo.

-Sí.

-¿Y os escribe?

-Nunca; siempre tenemos noticias tuyas por otros.

Reinó un profundo silencio. «He aquí el ángel del silencio que pasa.» Tal fue el pensamiento de todos.

-¿No quiere usted dar una vuelta por el jardín? -dijo Kalitine dirigiéndose a Lavretzky. -Está muy hermoso en estos momentos, aunque lo hemos descuidado algo.

Lavretzky bajó al jardín, y la primera cosa en que tropezó su vista fue el banco en donde pasó con Lisa algunos instantes de dicha, que ya no volvió a encontrar. Aquel banco estaba ennegrecido y doblado; pero lo reconoció, y su alma experimentó ese

sentimiento que nada iguala, ni en su dulzura, ni en su tristeza, ese sentimiento de viva pena que inspira la juventud perdida, la dicha que se gozó en otro tiempo. Se paseó por las calles de árboles con toda aquella juventud; los tilos habían crecido algo y envejecido durante aquellos ocho años; su sombra era más espesa; las chaparras se habían desarrollado; se habían multiplicado los frambuesos; los nogales estaban más copudos, y por todas partes se exhalaba un fresco olor de verdura, de hierba, de lilas.

-¡He aquí donde se podría jugar muy bien a las cuatro esquinas! -exclamó de pronto Lenotchka corriendo hacia un cuadro de verde césped, rodeado de tilos. -Somos precisamente cinco.

-Te has olvidado de Fedor Ivanowitch -observó su hermano, -a no ser que no te hayas contado tú.

Lenotchka enrojeció ligeramente.

-Pero Fedor Ivanowitch, a su edad... ¿puede?... -comenzó la joven.

-Jugad, yo os lo suplico -respondió Lavretzky, -no hagáis caso de mí. Me será más agradable saber que no os estorbo. No penséis en distraerme; nosotros, los viejos, tenemos una ocupación. que no conocéis aún, y que ninguna distracción puede reemplazar para nosotros: los recuerdos.

-Los jóvenes escuchaban a Lavretzky con una atención respetuosa y algo irónica, como habrían escuchado la lección de un profesor; después lo dejaron corriendo. Cuatro de ellos se colocaron cada uno junto a un árbol, el quinto en medio, y comenzó el juego.

En cuanto a Lavretzky, volvió a la casa, entró en el comedor, se acercó al piano y puso el dedo en una de las teclas; un sonido débil, pero claro, se escapó, despertando una vibración secreta en su corazón. Es que con aquella nota comenzaba la melodiosa inspiración de Lemm que embriagó a Lavretzky aquella venturosa noche. Pasó después al salón, y allí estuvo mucho tiempo: en aquella pieza donde había visto a Lisa tan frecuentemente, aún se presentaba más viva todavía a su espíritu la imagen de la joven; parecía sentir en derredor suyo las huellas de su presencia; su dolor lo oprimía, lo abrumaba; este dolor no tenía nada de la calma que inspira la muerte. Lisa vivía aún, pero lejos, perdida en el olvido; pensaba en ella como en una persona viva, y no reconocía a la que había amado en otro tiempo en aquella habitación, en la aparición pálida y triste, envuelta en vestiduras religiosas y rodeada de nubes de incienso. Lavretzky no se habría podido reconocer él mismo, si hubiera podido verse de la misma manera como se representaba Lisa. En aquellos ocho años había atravesado esa crisis que no todos conocen, pero sin cuya prueba nadie se puede vanagloriar de ser hombre honrado hasta el fin. Había cesado verdaderamente de pensar en su dicha, en su interés. La calma había entrado en su espíritu, y, ¿por qué ocultarlo? había envejecido no sólo de rostro y de cuerpo, sino también envejeció su alma; conservar hasta la vejez un corazón joven, es, se dice, cosa difícil y hasta ridícula. ¡Dichoso el que no ha perdido la creencia en el bien, la perseverancia en la voluntad, el amor al trabajo! Lavretzky tenía derecho a estar satisfecho: había llegado a ser verdaderamente un buen agricultor y aprendido a labrar la tierra, y, no trabajaba para él solo; había mejorado y asegurado en lo posible la suerte de sus campesinos.

Lavretzky volvió al jardín, se sentó en aquel banco que le era tan conocido, y en aquel sitio querido, enfrente de aquella casa hacia la cual en vano tendió las manos por última vez, con la esperanza de apurar aquella copa prohibida donde chispeaba el dorado vino del encantamiento. El solitario viajero, al sonido de las alegres voces de una nueva generación que lo había reemplazado ya, lanzó una mirada sobre su pasada vida. Su corazón se llenó de tristeza, pero no se sintió abrumado; tenía recuerdos tristes, pero no tenía remordimientos. «Jugad, divertios, creced, jóvenes -pensaba sin amargura. -Tenéis ante vosotros la vida, y ésta os será más fácil; vosotros no tendréis, como nosotros, que buscar el camino, que luchar, que caer y levantarnos en las tinieblas; nosotros no pensábamos más que en escapar, ¡y qué pocos de entre nosotros lo consiguieron! Vosotros debéis obrar, trabajar y nuestra bendición, la de los viejos, caerá sobre vosotros. En cuanto a mi, después de este día, después de estas impresiones, ya no me queda más que saludaros por la última vez, y decir con tristeza, pero con el corazón libre de envidia y de amargura, en presencia de la muerte y del juicio de Dios: «¡Yo te saludo, vejez solitaria! »¡Vida inútil, acaba de consumirte!»

Lavretzky se levantó y se alejó dulcemente; nadie notó su marcha, nadie lo retuvo; los alegres gritos resonaban cada vez más fuertes detrás del muro espeso y verdeante, formado por los grandes tilos. Subió a su *tarantass*, y dijo al cochero que volviera a su casa sin apresurar los caballos.

-¿Y el fin? -preguntará acaso el curioso lector. - ¿Qué sucedió después a Lavretzky y a Lisa?

¿Qué decir de personas que viven todavía pero que han desaparecido ya de la escena del mundo? ¿Por qué volver a ellas? Se dice que Lavretzky ha visitado el convento donde se retiró Lisa, y que la ha vuelto a ver. Dirigiase ella al coro; pasó muy cerca de él con un paso igual, rápido y modesto, con el andar especial de las religiosas; y no lo miró; pero sus párpados se estremecieron ligeramente; pero su rostro enflaquecido se inclinó más todavía; pero sus manos, juntas y enlazadas por rosarios, se apretaron con más fuerza. ¿Qué pensaron? ¿Qué sintieron los dos? ¿Quién lo sabe? ¿Quién podrá decirlo? Hay en la vida momentos emociones... de los cuales apenas si se puede hablar...

Detenerse en ellos es imposible.